



LA GUERRA CIVIL DE 1841 Y LA TRAGEDIA DE ACHA

(A PROPÓSITO DEL LIBRO DE JUAN W. GEZ: LA TRADICIÓN PUNTANA.
— BUENOS AIRES, 1916)

El señor Juan W. Gez — investigador histórico conocido y respetado en nuestros círculos intelectuales, — cuya reciente *Historia de la provincia de San Luis* (B. A., 1916, 2 vols.) ha llamado la atención de los entendidos, por lo completo de su información y lo novedoso de sus noticias, acaba de publicar *La Tradición Puntana* (B. A., 1916), que es una tercera edición, corregida y aumentada, de un libro apreciado en nuestra bibliografía. Este volumen se compone de bocetos biográficos y de recuerdos, y uno de sus capítulos se titula: *La cabeza de Acha*.

En dicho capítulo se lee lo siguiente, relativo a quien escribe estas páginas, aun cuando no se le designe allí por su nombre: "Uno de nuestros más eruditos y fecundos escritores ha publicado un estudio tendiente a demostrar que es injusto atribuir al general Pacheco la ejecución de Acha. Entre otros documentos, se funda en la tan conocida carta del fraile Aldao a Rosas, en la cual, refiriéndose al general Lamadrid, le dice: "si hubiera caído en mis manos, hubiese corrido la misma suerte que el salvaje unitario Acha, a quien mandé decapitar en el Desaguadero y clavar su cabeza en un palo". El coronel Díaz, autor de la *Historia política y militar del Río de la Plata*, terció en el debate, declarando: "no dudo de la autenticidad de la carta ni de que aquella especie de bestia feroz se haya producido en estos términos; lo que no vacilaría en afirmar, es que el fraile se excedió jactanciosamente y que eso no rebaja en un ápice la participación directa del general Pacheco en el hecho". En seguida hace notar que el general llegó al Desaguadero el 15 de septiembre por la mañana, donde tenían su campamento Aldao y Benavides, y que

sin pérdida de tiempo ordenó a éstos marcharan al encuentro del general Lamadrid, que venía de Mendoza. Esa misma noche se pusieron en marcha Aldao y Benavides, quedándose él en el campamento. Al día siguiente por la mañana se presentó un oficial en la guardia de prevención, en busca del infortunado Acha, y lo hizo fusilar. El general Pacheco dió cuenta a Rosas de este suceso, en la forma que dejo dicho en estas páginas. Nadie puede negar los grandes servicios que el general Pacheco prestó a la patria en las gloriosas campañas de la independencia, pero también es verdad que fué un celoso y eficaz servidor de la tiranía. Mientras Oribe se dirigía al norte de la república, en persecución del general Lavalle, Pacheco marchó sobre Cuyo contra los unitarios y asumió el mando de jefe del ejército federal y la dirección suprema de la campaña. Hay un antecedente que se debe tener presente. El comandante Acha había sublevado en la campaña de Buenos Aires, el año 1828, al regimiento comandado por el entonces coronel Pacheco y tomado prisionero a Dorrego, a quien Lavalle hizo fusilar en Navarro. El general Pacheco no podía olvidar ese hecho, tan luego en aquellos momentos que la guerra era a muerte. Supongamos que hubiera cedido a las sugerencias de Aldao, aun así no queda exento de toda responsabilidad. Se pueden explicar los hechos para atenuar o distribuir las responsabilidades ante la historia, tarea que en este caso ha acometido piadosa e inteligentemente el referido escritor; pero no obstante haber releído su hermoso estudio y con toda la admiración que tengo por su talento, no he podido convencerme de mi error ni de la injusticia que me supone al responsabilizar al general Pacheco de la muerte del bizarro Acha" (1).

Se reabre, pues, con esta reciente manifestación, un debate histórico que parecía clausurado. En efecto, en 1893 publiqué un libro dedicado exclusivamente a dilucidar esa cuestión: *La decapitación de Acha* (B. A., 1893), insertando allí una terminante documentación que

(1) Este párrafo ha sido agregado por el autor en la edición de 1916, porque en la anterior, de 1910, ese capítulo no contenía tal juicio; de ahí la necesidad de tomarlo ahora en consideración, tanto más cuanto que casi todos los que han escrito sobre ese episodio después de la publicación de mi libro de 1893, han acatado la verdad que se desprende de los documentos que publiqué, atribuyendo el fusilamiento de Acha a su verdadero autor, el general Aldao. Ahora aparece el libro de Gez, reaccionando sobre esa comprobación y volviendo a renovar la vieja imputación, pero sin aducir prueba nueva, sino a base de su personal impresión. El argumento de Díaz sobre haber estado solo Pacheco cuando tuvo lugar el hecho, ha sido pulverizado con los documentos publicados demostrando que llegó después: ¿cómo se insiste ahora nuevamente? ¿Para qué sirve, entonces, publicar documentos y discutir argumentos, si una posterior opinión impresionista, destituida de todo fundamento, ha de volver a poner de nuevo todo en tela de juicio, simplemente *porque sí?*...

probaba concluyentemente que dicha ejecución había sido llevada a cabo por orden del gobernador de Mendoza, general José Félix Aldao. ¿Cómo es que un cuarto de siglo después se vuelve a poner en tela de juicio aquel incidente histórico? Realmente resulta la historia una verdadera roca de Sisifo: cuando se dilucida un punto dado y se le considera al abrigo de la crítica, torna a discutirse de nuevo — pero, en tal caso, se requiere nuevos documentos — y es menester volver sobre él...

Malgrado la circunstancia, para mí desfavorable, de encontrarme actualmente tan sobrecargado de tareas que casi no sé dónde hallar un minuto de reposo — con la atención de mis tareas judiciales, la de mis dos cátedras universitarias, la de mi reciente libro sobre *El nuevo pan-americanismo y el congreso científico de Wáshington* y la preparación de mi próximo curso de historia constitucional argentina en la universidad de Harvard, — me ha parecido que no debía silenciar ante la reapertura del debate histórico sobre la tragedia de Acha, y que era conveniente, una vez por todas, dilucidar de nuevo la controversia histórica y dejar para siempre solucionado este incidente. Es notorio que me he ocupado en años anteriores con verdadero amor del estudio de nuestra historia nacional, especializándome con la de la guerra civil durante la época de Rosas. Inoficioso me parece recordar los libros y monografías publicadas por mí sobre el particular, pues las colecciones de revistas argentinas contienen una serie de ellas, que forman otros tantos capítulos de mi *Historia de la guerra civil argentina*, cuyos tres volúmenes inéditos no he hallado aun tiempo de dar a luz, por requerir revisar algunas de sus páginas, con motivo de obras o trabajos aparecidos en los últimos tiempos. Haciendo, pues, un paréntesis a los estudios de otro género que hoy me absorben, trataré de escudriñar la cuestión provocada nuevamente por el señor Gez, con la debida amplitud y máxima ecuanimidad. Poco a poco nuestra historia se aclarará, gracias a la publicación de documentos inéditos, guardados hasta ahora celosamente en los archivos privados; sin embargo, es todavía difícil poder decir la última palabra en la mayoría de los casos: se presenta hoy la oportunidad de intentarlo respecto de un guerrero de nuestras luchas civiles, que se cubrió de gloria en la memorable campaña de San Juan, en 1841, y cuyo fin trágico ha sido uno de los puntos más discutidos de nuestros anales.

Arduo asunto es realizar el estudio de nuestras guerras civiles, y quizá convendría publicar sólo aquello que tuviera, en cierto modo, el carácter de lo definitivo; pero sobre que ello es empresa difícil de por sí,

probaba concluyentemente que dicha ejecución había sido llevada a cabo por orden del gobernador de Mendoza, general José Félix Aldao. ¿Cómo es que un cuarto de siglo después se vuelve a poner en tela de juicio aquel incidente histórico? Realmente resulta la historia una verdadera roca de Sisifo: cuando se dilucida un punto dado y se le considera al abrigo de la crítica, torna a discutirse de nuevo — pero, en tal caso, se requiere nuevos documentos — y es menester volver sobre él...

Malgrado la circunstancia, para mí desfavorable, de encontrarme actualmente tan sobrecargado de tareas que casi no sé dónde hallar un minuto de reposo — con la atención de mis tareas judiciales, la de mis dos cátedras universitarias, la de mi reciente libro sobre *El nuevo pan-americanismo y el congreso científico de Wáshington* y la preparación de mi próximo curso de historia constitucional argentina en la universidad de Harvard, — me ha parecido que no debía silenciar ante la reapertura del debate histórico sobre la tragedia de Acha, y que era conveniente, una vez por todas, dilucidar de nuevo la controversia histórica y dejar para siempre solucionado este incidente. Es notorio que me he ocupado en años anteriores con verdadero amor del estudio de nuestra historia nacional, especializándome con la de la guerra civil durante la época de Rosas. Inoficioso me parece recordar los libros y monografías publicadas por mí sobre el particular, pues las colecciones de revistas argentinas contienen una serie de ellas, que forman otros tantos capítulos de mi *Historia de la guerra civil argentina*, cuyos tres volúmenes inéditos no he hallado aun tiempo de dar a luz, por requerir revisar algunas de sus páginas, con motivo de obras o trabajos aparecidos en los últimos tiempos. Haciendo, pues, un paréntesis a los estudios de otro género que hoy me absorben, trataré de escudriñar la cuestión provocada nuevamente por el señor Gez, con la debida amplitud y máxima ecuanimidad. Poco a poco nuestra historia se aclarará, gracias a la publicación de documentos inéditos, guardados hasta ahora celosamente en los archivos privados; sin embargo, es todavía difícil poder decir la última palabra en la mayoría de los casos: se presenta hoy la oportunidad de intentarlo respecto de un guerrero de nuestras luchas civiles, que se cubrió de gloria en la memorable campaña de San Juan, en 1841, y cuyo fin trágico ha sido uno de los puntos más discutidos de nuestros anales.

Arduo asunto es realizar el estudio de nuestras guerras civiles, y quizá convendría publicar sólo aquello que tuviera, en cierto modo, el carácter de lo definitivo; pero sobre que ello es empresa difícil de por sí,

siempre he considerado que era preferible adoptar la forma de monografías sueltas, porque bien pudiera encontrarse entre los lectores más de uno que, poseyendo datos inéditos acerca de las cuestiones que abarca cada estudio, pueda verse tentado de prestar un servicio a la historia patria, utilizando aquéllos para completar o rectificar las conclusiones a que conduce el análisis de los elementos de juicio a nuestro alcance. Además de mi numeroso archivo referente a dicha época, me mueve a escribir la presente monografía, en respuesta a Gez, el hecho de haberse publicado posteriormente estudios completos al respecto, como el que se registra en el tomo I del *Diccionario biográfico argentino* (B. A., 1897), en análogo volumen del *Diccionario biográfico contemporáneo sudamericano* (B. A., 1898) y muy principalmente las importantes relaciones que al respecto contienen los *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, de Damián Hudson (B. A., 1898, t. II), que complementan las *Memorias del general Gregorio Aroaz de Lamadrid* (B. A., 1895, t. II), además de la curiosa documentación que encierra el libro que, con el título de *La liga del norte contra Rosas*, dió a luz Manuel Solá (Salta, 1898). Por mi parte, he estudiado diversas fases de este asunto en estudios publicados en años anteriores en diversas revistas. ¿Ha llegado, acaso, el momento de pronunciar la "última palabra" sobre este incidente de nuestra historia? Háse dicho con verdad, que el tiempo y ocasiones suelen ser y son siempre los mejores y más ciertos consejeros: por lo menos, en el caso presente, creo que se puede proceder a este estudio con la más sincera buena fe. ¿Tendré, acaso, que censurar las acciones de algunos que fueron, y podrá ello ser considerado como poco piadoso para su memoria? Contestaré con las palabras de un argentino ilustre (general Tomás Iriarte: *Ataque y defensa, y juicio sumario de las Memorias del general Paz* — Buenos Aires, 1855, p. 42): "No se deben remover las cenizas de los muertos. Ese precepto se refiere únicamente a la vida privada de los que han pasado a la región de los muertos, y no se necesita un gran poder de inteligencia y buen sentido para comprender que de ningún modo puede inhibir la censura de los que ya no existen, en su carácter de hombres públicos, ocupando los más altos puestos del estado. Claro es que de otro modo la historia sería trunca e imperfecta, porque en la relación íntima e inmediata de los hombres y las cosas, aquéllos y éstas se representarían desfiguradas en los anales de los pueblos, no pudiéndose estudiar los efectos por las causas, toda vez que se echase un denso velo sobre éstas, por respeto a las cenizas de los actores principales del gran drama, ausentes ya de este mundo sublunar. No, esto no es así, ni puede

serlo, ni a nadie que tenga medianas nociones de lo justo y de lo injusto, se le habrá ocurrido jamás que a la memoria de un solo hombre, por elevado que haya sido su puesto en la gran escena del mundo, deba sacrificarse el interés, mucho más elevado, de las tradiciones históricas, que sirven de lección y modelo a las generaciones futuras y de registro perdurable de las glorias nacionales”.

Posible es, por otra parte, que más de uno critique el detalle o la minuciosidad de estas disquisiciones históricas, pretendiendo que interesa solo a la posteridad el conocimiento de los grandes hechos o de las cosas públicas que han ejercido una influencia innegable en la marcha de los acontecimientos. Ciertamente es que la mayor parte de los historiadores parece conformarse a ese criterio, y por ende que, de siglos enteros, no tenemos sino la relación de las batallas o de los actos más memorables de esas épocas. Pero, para mí tiene idéntica, o quizá mayor, importancia el conocimiento de los móviles o de las tendencias que inspiran los actos públicos, que no son generalmente sino una consecuencia de causas imposibles de apreciar con exactitud, a no ser sorprendiendo su secreto en la correspondencia privada de los coetáneos, o en las confesiones, a veces involuntarias, que los actores mismos suelen hacer a sus familias o amigos, creyendo que jamás transpirarán aquéllas al público. Es así como puede, a la larga, apreciarse mejor el carácter y la actitud de los hombres que en su época han ejercido influencia más o menos decisiva; es así como cabe juzgar la importancia relativa de los hechos que directa o indirectamente han inclinado en una dirección dada la marcha de los pueblos. No debe, pues, desdeñarse el escudriñar las cosas pequeñas, pues a veces en ellas está el secreto de las cosas grandes. De ahí que haya creído no deber omitir detalle de importancia cuando arroja sobre él alguna luz sincera un documento inédito, procedimiento tanto más indicado, cuanto que estudiase una época virgen para la historia; vale decir, se indaga de primera mano en el cúmulo contradictorio de testimonios públicos o privados, para lograr desenterrar la verdad. Los historiadores posteriores, terminado que sea este trabajo preliminar, podrán omitir la fatiga de examinar los detalles, porque de su estudio deducirán ya el criterio exacto para apreciar los hombres y las cosas.

Me propongo, pues, revisar definitivamente el incidente, quizá nimio, de Acha y su odisea, ya que se poseen, puede decirse, todas las piezas del proceso histórico; y, al hacerlo, seguiré el sistema de guiarme sólo por la máxima ecuanimidad y la más completa tolerancia. Un notable

pensador ha dicho, con profunda verdad: “La tolerancia no es la indiferencia, ni el diletantismo, ni la pereza. Muy por el contrario. Exige un gran esfuerzo, una perpetua vigilancia de sí mismo. Concuerta muy bien con las convicciones fuertes, y es porque conoce su precio, que no consiente nunca en odiarlas en los demás. Implica el respeto de la persona humana. La tolerancia, en fin, es realmente uno de los nombres del espíritu crítico, pero es también uno de los nombres de la modestia y de la caridad. Es la caridad de la inteligencia”.

Dividiré esta monografía en dos partes: I. **La odisea**, en la que estudiaré, previa una rapidísima introducción sobre la personalidad y carácter militar del general Mariano Acha, su memorable campaña de San Juan, la toma de aquella ciudad, su espléndida victoria de Angaco, la sorpresa infausta de la Chacarilla, el sitio de San Juan y la capitulación final; II. **La tragedia**, en la cual diseñaré la situación de los beligerantes en aquel instante, la suerte horrible de Acha, decapitado a pesar de su capitulación, y examinaré con la prolijidad necesaria sobre quién debe recaer la responsabilidad del hecho. La primera parte será una exposición histórica estricta, minuciosamente documentada; la segunda, más bien crítica y polémica, transcribiendo y comentando la argumentación en pro y en contra. El lector juzgará, en presencia de todo ello, de qué parte está la razón y cuál sea, en definitiva, la verdad histórica en este incidente de nuestra guerra civil. Debo tan solo agregar que, como me he ocupado en una serie de monografías de los sucesos de aquel período histórico, y en dichos estudios he publicado el texto íntegro de la mayor parte de los documentos inéditos que me han servido de fuente — provenientes, en su mayoría, del muy importante archivo del general Pacheco, — me concretaré ahora a referirme a los mismos, omitiendo transcripciones que serían redundantes, pues todos los que deseen conocer íntegramente aquéllos, pueden ocurrir a mis publicaciones anteriores: en cuanto a los que utilizaré por vez primera, serán incluidos en toda su integridad.

I

LA ODISEA

No es mi ánimo trazar la biografía del héroe de Angaco. Basta a mi propósito recordar que nació en Buenos Aires, en 1801, de modo que no le fué posible actuar en la gloriosa época de la independencia. En 1818 era alferez en el regimiento de dragones que mandaba el legendario Rauch, y pasó diez años llevando la vida de guarnición de fronteras, en lucha constante con los indios. En 1827, a las órdenes del coronel Isidoro Suárez, combatió a los caudillos Molina y Maza, distinguiéndose en la victoria de "Las Palmitas". En 1828 era segundo jefe del regimiento de húsares — que mandaba el coronel Escribano, por muerte de Rauch — y formaba parte de la división comandada por el entonces coronel Pacheco, cuando, al regreso del ejército nacional vencedor en Ituzaingó, sublevó Lavallo una mitad del mismo y derrocó al legítimo gobernador Dorrego.

El biógrafo más simpático a Acha, refiere su participación en aquellos sucesos en esta forma: "Alcanzado Dorrego en los campos de Navarro por el general Lavallo, fué pulverizado en pocos instantes por los vencedores de Ituzaingó, y fugó del campo de su derrota en dirección al norte, en demanda de las tropas de Pacheco, que suponía de regreso. A la noche siguiente (10 de diciembre) se presentaba en el campo volante de la división, en las cercanías de Areco. Momentos después, el regimiento de húsares número 5, acaudillado por los comandantes Escribano y Acha, se ponía sobre las armas. Conferenciaba Dorrego con

Pacheco en un rancho cercano, sin aperebirse de lo que en el exterior ocurría. Acha se presenta de pronto y les intima orden de prisión, por mandato de su jefe accidental, comandante Escribano. Dorrego quedó estupefacto, pero, reponiéndose prontamente, le dice: "Compadre, ¿se ha vuelto loco? No esperaba de usted semejante acción..." Rosas comunicó el hecho al gobernador de Santa Fe, don Estanislao López, en carta fechada en la hacienda de Rodríguez, a 12 de diciembre, en estos términos: "Al gobernador lo prendieron los húsares, siendo el autor de ello el oficial Acha, que es un malvado" (2). Es conocido el incidente histórico de la prisión, a bordo de un buque de guerra, a que fué sometido el entonces coronel Pacheco, porque a raíz de aquella sublevación y como la prensa porteña se expresara ambigüamente a su respecto, dirigió a los diarios una carta, en la que decía: "El teniente coronel Escribano lo hizo prender (a Dorrego) con una torpe perfidia; por mi parte no lo he podido evitar, pero siempre he mirado estos hechos como indignos de un oficial cuya divisa debe ser el honor y la generosidad" (3).

Tal fué la primera acción en que se distinguió Acha. Parece que, sin caer en una verdadera anfibología, es imposible calificarla de otro modo que como un motín, que tiene todos los ribetes de una absoluta felonía militar. Acha consumó su repugnante acción, entregando a Dorrego a su enemigo Lavalle, quien se apresuró a hacerlo fusilar sobre el tambor, sin forma de proceso: "por mi orden"...

(2) José Juan Biedma, en el tomo I del **Diccionario biográfico argentino**.

(3) Es curioso el destino de los que traicionaron a Dorrego, entregándolo a Lavalle. "El chasque Cienfuegos (dice A. J. Carranza: **El general Lavalle ante la justicia póstuma**—B. A., 1886), fué fusilado por Rosas en enero de 1839; Escribano y Acha habían sido promovidos por Dorrego, poco antes, a los empleos que tenían; el primero de estos dos jefes murió en Chile algunos años después, arrepentido de una deslealtad que no previó tuviera tan funestos resultados..."

— II —

Al poco tiempo fué sofocado el alzamiento de Lavalle. Acha no quiso emigrar como éste y fué a guerrear al interior, entre las huestes unitarias. Después de la batalla de la Ciudadela, en 1830, se distinguió en la acción de Miraflores, en la que derrotó a la vanguardia de Quiroga, y en la cual el valor prodigioso que mostró le conquistó la admiración de los tucumanos. Viendo triunfante por doquier al partido federal, no tuvo más remedio que emigrar, y se trasladó a Bolivia. No le hubiera alcanzado indulto o amnistía alguna, pues su acción de Areco con Dorrego y la entrega de éste a Lavalle para que lo fusilara, mereció la execración del partido federal; como mereció más tarde la execración del partido unitario análoga acción de Sandoval, cuando traicionó a Avellaneda y lo entregó a Oribe para que lo degollara. Ambas acciones fueron idénticas, y ambas han merecido igual y justificada reprobación. El valor personal y las cualidades militares de Acha, como jefe hábil, no borran esa mancha indeleble de su carrera. Más de diez años pasó éste obscuramente en las repúblicas vecinas, tratando de acallar el remordimiento que le causara la muerte de Dorrego, hasta que, avisado de la conflagración general que preparaba el partido unitario, volvió al país para tomar participación en la nueva lucha civil.

La larga evolución social y política que venía desenvolviéndose desde el comienzo del movimiento de mayo, en la lucha entre las tendencias de la sociedad colonial, aristocrática y unitaria, eminentemente urbana; y las masas sociales inferiores, democráticas y federales, principalmente rurales, había culminado en la crisis estupenda de 1820: los directoriales, representantes de la sociedad urbana, fueron allí positivamente vencidos, y los caudillos, personificando la avalancha rural, resultaron vencedores; pero, a pesar de que la época de Rosas representa el entronizamiento de la nueva sociedad democrática y la normalización del gobierno de los caudillos, la sociedad directorial, encarnada en

el partido unitario, luchaba denodada desde su ostracismo en el extranjero y desde su refugio dentro del país. La última y definitiva crisis tuvo lugar en la guerra civil de 1839-41: de ahí la importancia histórica extraordinaria que esa campaña tiene en nuestro pasado, pues sirve para aquilatar lo hondo y profundo de la evolución social que se realizaba.

... Cuando, en 1839, el cónclave unitario de Montevideo preparaba su nefanda alianza con los franceses, cuya escuadra bloqueaba las costas argentinas desde 1838 y cuyo pabellón flameaba en la isla nacional de Martín García, entró en su plan el sublevar la república entera, por sus extremidades, con el objeto de aniquilar al gobierno de Rosas (4). Por eso, en febrero de 1839 escribía Alberdi desde Montevideo a sus amigos de Tucumán: "El fin común y único es la tiranía de Rosas. Los elementos, los poderes reaccionarios que los hechos y la libertad han hecho aliados, son: el pueblo francés, el pueblo boliviano, el pueblo oriental, y el pueblo argentino también. Que, pues, ahora estos poderes aliados por los hechos se alien también por una manifestación auténtica y solemne. La Francia está dispuesta. El Estado Oriental está dispuesto. Importa sobremanera que las provincias del norte, y todas las de la República Argentina, retiren auténticamente de las manos de Rosas el poder de dirigir las relaciones exteriores de la república. Ustedes propon-

(4) Conf. E. Q.: El general Lamadrid y la campaña de 1841 (monografía publicada en los folletines de *El Tiempo*, junio de 1896); La invasión de 1840 y la retirada de Lavalle (en *La Quincena*, IV); La batalla del Quebracho Herrado (en *La Quincena*, IV); Lavalle y Lamadrid después del Quebracho Herrado (en *Revista Nacional*, XXIV); Lavalle y Aldao: primer campaña de Cuyo (en *Revista Nacional*, XXV); Lamadrid y Avellaneda: la entrevista de Catamarca (en *Revista Nacional*, XXVI); Lamadrid y Pacheco: última campaña de Cuyo (en *Revista Nacional*, t. IV, 2.ª serie); La batalla de Angaco (en *La Biblioteca*, III). Además, E. Q.: *Historia de la guerra civil argentina* (en *Revista del Club Militar*, I).

gan lo que gusten, pidan lo que quieran, en la inteligencia que saldrán en todo contentos" (5).

En consecuencia, apenas pasó Lavalle a Martín García, en julio de aquel año, las provincias del norte, principalmente Tucumán y Salta, comenzaron a inquietarse. Rosas, apercibido de aquella efervescencia, envía al general Lamadrid — que se encontraba a su servicio y devoción — con una escolta a Tucumán para que contenga el movimiento próximo a estallar. Lamadrid, con un desparpajo singular — que pinta "su temperamento impulsivo y voltario, como su vanidad y ligereza" (6), — traiciona a Rosas y se pone al frente de la insurrección tucumana, en marzo de 1840. "La máscara está ya en el suelo y es necesario obrar", escribe al gobernador de Salta y al de Tucumán (7). Salta, entonces, se pronuncia en abril 13, derroca al gobierno de Jujuy, para contar con esa provincia, y se pone en comunicación con los gobiernos, ya comprometidos, de Catamarca y Rioja. La "liga del norte" se ponía de pie...

En el acto principia una actividad febril en todo el norte. La trama revolucionaria había sido bien urdida, y habría sido quizá irresistible si desde el primer momento no hubieran asomado los estrechos celos localistas y las mezquindades de terruño. El gobernador de Salta se apercibió pronto de la gravedad del paso. "Estamos ya en la arena — escribía al día siguiente del pronunciamiento: — ayúdenos con sus esfuerzos, ayúdenos en la parte principal, en lo que es urgente; esta es la época decisiva; echemos el resto" (8).

Desgraciadamente, la falta de confianza recíproca entre los

(5) J. B. Alberdi a B. Silva, S. Zavalla, M. Avellaneda. Montevideo, febrero 28 de 1839.

(6) Juan B. Terán: Tucumán y el norte argentino (1820-1840). B. A., 1910.

(7) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, abril 8 de 1840.

(8) M. Solá a J. M. S. Zorrilla. Salta, abril 14 de 1840.

que encabezaron el movimiento, amenazaba esterilizarlo. El gobernador de Tucumán, Bernabé Piedrabuena, era considerado como hombre débil e irresoluto. “Su primo y amigo, el señor Piedrabuena, aunque mejorado en su salud — escribían de Tucumán al gobernador de Salta (9), — está con tal debilidad de cabeza, que para no hacerlo retrogradar en una convalecencia tan preciosa para nuestros negocios, me veo en la necesidad de llenar todas sus veces en ellos, sin comunicarle cosa que pueda afectar su espíritu, susceptible por naturaleza y aun más por su peligrosa enfermedad”. Y Lamadrid mismo hablaba sin ambages de “la falta de energía de nuestro primo Bernabé” (10), yendo hasta escribirle directamente estas significativas palabras: “Te aseguro, mi querido Bernabé, que si no te atas los calzones y obras con la firmeza que debes, o dejas el puesto si no te hallas capaz de lo primero. o nos llevan mil demonios” (11). Tal era la opinión reinante respecto del jefe civil del movimiento. ¿Qué se pensaba del jefe militar del mismo? “A muy poco de haber llegado — escribía al gobernador de Salta su enviado especial (12), — nos apercibimos del volcán que había en esta ciudad. El descontento y aun el odio contra Lamadrid se pronunciaban en todas partes, con el mayor desembarazo; las desconfianzas aumentaban diariamente y miraban perdida la expedición, habiéndola puesto en sus manos... Los hombres se dejaron llevar presos, antes que satisfacer la última contribución sancionada por la H. R. ¡Dios quiera conducirnos mejor! Nuestra organización va preparando escollos que no sé si podrán vencerse, cuando en el momento del peligro ya aparecen fuertes intereses personales y locales.” Esta opinión era unánime; los emigrados en Bolivia decían: “En la mala organización de la cabeza de Lamadrid puede entrar quizá la

(9) S. Zavallía a M. Solá. Tucumán, febrero 5 de 1839.

(10) G. A. de Lamadrid a M. Solá. Tucumán, mayo 4 de 1840.

(11) G. A. de Lamadrid a B. Piedrabuena. Monteros, julio 3 de 1840.

(12) J. A. de Moldes a M. Solá. Tucumán, julio 2 de 1840.

ambición de una gloria exclusiva, y esto importaría una verdadera fatalidad" (13); y en Jujuy no ocultaba nadie "la desconfianza que a todos inspira Lamadrid" (14). Los más conspicuos emigrados argentinos en Bolivia iban más allá: "La unión de todas las provincias pronunciadas y su acuerdo en uno de los gobiernos que dirija las relaciones externas — decía uno de los más notorios unitarios (15), — es de absoluta necesidad para sus ulteriores procedimientos, anticipándole que si, por colmo de infortunio, llegara a recaer el mando en Lamadrid, esto solo bastaría para desacreditar la causa de Jesucristo. Lamadrid es ya un mal agüero para toda empresa".

Añádase a esto que aquella emigración no miraba con buenos ojos la alianza francesa, propiciada por los emigrados argentinos en la Banda Oriental. Uno de los unitarios refugiados en Bolivia, decía, sin disfrazar sus palabras: "El gozo de que nuestro país arroje ese sucio tiranuelo que lo ha degradado se mezcla en mí, y creo que en todos los argentinos, con el más profundo pesar de ver aquella obra bajo los auspicios de un gobierno europeo, el más injusto respecto de los americanos, y con el temor del partido que querrá sacar de nuestra pobre patria, dilacerada en el interior y pérfidamente hostilizada en el exterior. Si, pues, los buenos argentinos no han podido evitar el mal de juntar sus esfuerzos a la injusta agresión de los franceses, es muy preciso, al menos, que hagan después ver a la América y al mundo todo que, recuperada su dignidad, sabrán sostenerla contra las injustas pretensiones del gobierno francés o sepultarse en sus ruinas. No quiera el cielo que algunos americanos lleguen algún día a echar de menos al feroz gobierno de Rosas, que, aunque con formas o con maneras salvajes, no ha cedido un punto a las injustas pretensiones de un poder sin más regulador que

(13) Rudecindo Alvarado a M. Solá. Sucre, agosto 9 de 1840.

(14) J. M. de Guerrico a M. Solá. Jujuy, agosto 13 de 1840.

(15) F. Zuviría a M. Solá. Chuquisaca, junio 5 de 1840.

la fuerza" (16). Y otro agregaba: "En ningún caso, nada de franceses ni que indique connivencia o unidad de causa con ellos. Lejos de esto, convendría una manifestación de lo contrario o un documento que salve a usted de esta nota, con que están manchados los orientales y muchos argentinos. Me ocuparé de presentar a esas provincias incólumes de toda nota y distantes de toda complicidad con franceses o sus colaboradores" (17).

Por otra parte, en la misma región sublevada la apatía era general. El gobernador de Salta escribía a su colega de Tucumán: "Amigo, conozco a mi tierra y a estos nuestros pueblos; es preciso que no nos engañemos y partamos de ideas falsas. Hombres del convencimiento que necesitamos, se encontrarán media docena en cada pueblo; los demás, aunque griten y proclamen, piensan de distinto modo a este respecto, y es tiempo perdido y cálculo errado contar con esfuerzos que el apuro ya manifiesto puede arrancarles. Para que fuesen útiles y no ocasionasen un pesar tanto a ellos mismos como a los demás por nuestro pronunciamiento, ni dar un motivo tan especioso a los que no les ha gustado nuestra resolución, obligando a los hombres a ser soldados, necesitamos del numerario solicitado en Bolivia" (18). Y aquél le contestaba: "No crea que los tucumanos valen mucho más que los salteños. Unos y otros esconden la bolsa. Quieren patria, pero la quieren a costa del prójimo y sin sudores ni sacrificios. Tienen el patriotismo en la boca, pero el egoísmo y la vileza en el corazón" (19). En otra oportunidad le agregaba: "Desengañese, para tener patria es menester no contemporizar mucho con los mezquinos cálculos de nuestros paisanos. He tenido y tengo que arrugar la frente y tornarme un Heredia a cada rato para tener soldados, y aun así apenas he podido reunir

(16) M. S. Zorrilla a M. Solá. Sucre, mayo 7 de 1840.

(17) F. Zuviría a M. Solá. Chuquisaca, junio 5 de 1840.

(18) M. Solá a B. Piedrabuena. Salta, mayo 5 de 1840.

(19) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, mayo 4 de 1840.

300 hombres, después de más de un mes que no me ocupó sino de hacer recluta... Nuestros pueblos son todavía muy poco ilustrados para hacer que anden el camino por solo el convencimiento... En el momento de su existencia, ningún gobierno ha sido enteramente popular, siendo enteramente bueno; para tener popularidad, en el momento en que se manda, es preciso lisonjear las pasiones de todos, obedecer a intereses del momento y andar el camino que trazan esos intereses" (20). No puede darse más auténtica y paladina confesión de la impopularidad del movimiento unitario, empeñado en hacer "la felicidad del país" a viva fuerza: no se daban cuenta de la evolución argentina y no comprendían el hondo significado de la lucha entre las tendencias en pugna, pues consideraban a los caudillos federales como la rémora del país y los culpables de que no hubiera constitución, atribuyendo su actitud a simples ambiciones bastardas y menaguadas; ellos, los "civilizados", continuadores de la política directorial, herederos de la tradición virreinal, sólo veían la salvación en el respeto a la organización gubernamental secular: se consideraban conservadores y tildaban a los otros de anarquistas... No acertaron a ver la realidad: pero eran, por lo menos, convencidos sinceros, pelucones natos, que no transigían con los pechoños ni con los rotos!

Mientras tanto, así que fué visible que se efectuaría el movimiento del norte, el coronel Mariano Acha pasó de Bolivia a Tucumán, con recomendaciones para el gobernador Piedrabuena. Al tener lugar el pronunciamiento de Tucumán y la correspondiente singular evolución de Lamadrid, quien, de enviado de Rosas, se transforma en general en jefe del ejército sublevado, fué reconocido Acha como jefe de coraceros (21). Los sucesos lo con-

(20) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, mayo 12 de 1840.

(21) Orden general del gobierno de Tucumán. Abril 9 de 1840: "Se reconoce como general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, al señor coronel mayor general don G. A. de Lamadrid,

virtieron en uno de los jefes de división que organizó Lamadrid, y que sufrió tan rudo contraste con la defección del coronel Celedonio Gutiérrez. Al mismo tiempo, la división que se organizaba en Salta tropezaba con la absoluta carencia de oficiales y jefes de línea. "Ocupado actualmente en la organización de una división de 300 infantes y 100 coraceros, falto de todo recurso, sin conocimientos ni brazos auxiliares capaces", según decía el mismo gobernador (22), tuvo que pedir a Tucumán que lo ayudaran en esto. En el acto se le enviaron algunos oficiales. "Los manda el general Lamadrid desde su división — escribía el gobernador de Tucumán — para que tomen colocación en las fuerzas de esa; esto sería muy conveniente, considerando la escasez de oficiales que usted me ha asegurado haber en esa" (23). A pesar de todo, la organización de la división salteña tropezaba con mil inconvenientes. Desesperado el gobierno de Tucumán, se resuelve a una medida decisiva. "Mando — escribe (24) — al mayor general Acha, con el sólo objeto de que los apure a ustedes y los haga marchar con la mayor velocidad. No hay otra infantería que la suya; ésta es inevitable que marche. No se detenga: los momentos son preciosos". Lamadrid había partido con su ejército a unirse con Brizuela en la Rioja. En esa emergencia, Solá se pone al frente de su división, a la que marchaba incorporado Acha; llega a Tucumán y allí se resuelve su expedición contra Ibarra, en Santiago del Estero. "La marcha de la división

y por jefe del E. M. al coronel Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros al coronel Mariano Acha". (Hoja suelta de mi colección).

(22) M. Solá al general Alvarado. Salta, julio 24 de 1840.

(23) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, julio 22 de 1840. Entre esos oficiales iba el coronel Lorenzo Alvarez, a quien Solá confió el mando del batallón Libertad, con el que tanto se distinguió después en Angaco.

(24) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, agosto 9 de 1840.



parece ya inexcusable — escribe el gobernador sustituto de Salta (25); — no estando en Tucumán Lamadrid, puede dar usted el mando de ella al coronel Acha”.

Acha, pues, vino a ser el jefe militar de la división salteña, a cuya cabeza continuó su gobernador Solá. Aquella división se componía de 500 hombres perfectamente equipados, armados y disciplinados; eran los mejores soldados de Salta. “Esta división — se le decía a Lavalle (26) — está dispuesta a lidiar para sostener los votos de estos pueblos, tan conformes con el de V. E. y Corrientes”.

La expedición contra Ibarra era tanto más necesaria, cuanto que no sólo hacía parte del plan de campaña unitario — *viz*: unir Lamadrid sus fuerzas a las de Brizuela en la Rioja, para jaquear a Aldao y Benavides, neutralizando las provincias de Cuyo, para lo cual era menester inutilizar a Ibarra en Santiago, a fin de apoderarse de la situación de Córdoba y dejar a Lavalle la campaña del litoral y a Paz la de Entre Ríos, — sino que la actitud de Ibarra constituía un gravísimo peligro para la coalición del norte, pues amenazaba invadir a Tucumán y Salta, y cortaba las comunicaciones entre el movimiento unitario del litoral y del norte.

En efecto, a raíz del pronunciamiento de las provincias coaligadas, la gran preocupación del norte fué Ibarra. El general Alvarado escribía al gobernador de Salta: “Juzgo muy difícil un triunfo en Santiago, por la clase de guerra a que están acostumbrados los habitantes de ese país. Ibarra es un hombre necesario en esta última provincia, y creo conveniente halagarlo mucho, aun cuando se le haga la guerra. Debe usted esforzarse a inspirarle confianza. Tengo experiencia que me ha probado que sólo la influencia de ese hombre une las opiniones de ese

(25) B. López a M. Solá. Salta, agosto 30 de 1840.

(26) M. Solá a J. Lavalle. Tucumán, septiembre de 1840.

país" (27). En consecuencia, Solá trató de atraerle a sus planes, y fueron tan empeñosos sus esfuerzos, que al fin contestó Ibarra: "Cuando usted dice que el fin de ese grito (el pronunciamiento) que han dado es la constitución del país, yo debo decirle que usted ha olvidado la historia de nuestro país y ha cerrado los ojos para no ver el estado actual de la república. Nadie es tan interesado como yo en obtener este bien inestimable, pero no quiero ni querré jamás que la constitución del país sea obra de las bayonetas y de la exaltación de los partidos, porque en este caso sólo tendremos un cuadernito de constitución, que hará derramar sangre a torrentes, como ha sucedido en otras épocas en nuestra república y en las demás de América. El Estado Oriental, Bolivia, Perú, Chile y Colombia, han tenido muchas constituciones, y yo quiero que me diga usted: ¿cuál de ellas ha preservado a su país de las calamidades de la guerra civil? La razón de esto es muy clara, pues nadie ignora que una constitución debe ser el fruto de la paz, de la calma de las pasiones, de la sabiduría y de una saludable experiencia. Juzgue usted ahora si las repúblicas americanas y principalmente la nuestra, se hallan en ese estado. ¿Quién creerá que se invoca con sinceridad la constitución en estas circunstancias, en que la Confederación Argentina está empeñada en una guerra desastrosa contra la Francia y el Estado Oriental? ¿Quién creerá que hablan de buena fe los que gritan: constitución, declarando primero la guerra a otros gobiernos argentinos, que están haciendo prodigios de valor y patriotismo para salvar el honor y la independencia nacional? ¿Se constituye el país haciendo causa común con los extranjeros, que están hostilizando injusta y vilmente a nuestros mismos pueblos? Este modo de hablar da vergüenza... No diga usted que sostenemos al gobernador de Buenos Aires ni a ningún otro; sostenemos únicamente la independencia nacional y la santa causa de la federación, por la que hemos derramado nuestra sangre en treinta

(27) R. Alvarado a M. Solá. Sucre, septiembre 9 de 1840.

años; si estamos unidos con el general Rosas, es porque él la está defendiendo con firme valentía, lo mismo que nosotros" (28). Esta carta expone, pues, el verdadero criterio de los hombres que personificaban la evolución social, democrática y federal, que se había ya impuesto al país, pero cuya normalización no había aun terminado: los hombres de la sociedad antigua, aristocrática y unitaria, consideraban que bastaba con formular una constitución centralista — dentro del molde virreinal y salvo las variantes de los tiempos — para que el país la aceptara, pues para ellos el país era la sociedad decente y urbana, de abolengo colonial; mientras que los caudillos habían venido resistiendo esas constituciones — los "cuadernitos" de 1812, 1815, 1819, 1826... — precisamente porque respondían al tipo social que el empuje democrático de las masas rurales y suburbanas resistía y venía venciendo por doquier: el triunfo de la evolución democrática era ya un hecho, pero aun no estaba del todo consolidado, ni lo suficiente para darle la organización constitucional definitiva; era menester, aun, pasar por la crisis de la que fué última guerra civil para que el país se encontrara maduro — como sucedió en 1853, a raíz de la caída de Rosas — para dictar una constitución que respondiese al nuevo orden de cosas: en 1841 eso habría sido un disparate, de todo punto de vista.

No había, pues, más remedio que la guerra, y, antes de ser invadida la coalición, prefirió invadir ella misma. Desgraciadamente, el ardor de la lucha era tal, que se creyó necesario preparar la invasión con el envío de amenazas tan increíbles, que ellas solas bastarían a demostrar que el bando unitario padecía de una ofuscación sanguinoleta, al lado de la cual los actos del partido federal aparecen como una pálida defensa. El gobierno de Tucumán, al cargo entonces del ilustre Marco Avellaneda, se excedió de tal modo en ese sentido, que los demás gobiernos insurrectos se estremecieron de horror. El de Salta no pudo menos

(28) F. Ibarra a M. Solá. Santiago, mayo 26 de 1840.

de decir: “La nota de ese gobierno (Tucumán) dirigida a Ibarra, es degradante a nuestra causa, y sólo puede servir para exaltar los ánimos y con justicia contra nosotros, en vez de darnos aliados o partidarios. La decencia y circunspección deben presidir en todas las comunicaciones oficiales; ese lenguaje de sangre y exterminio, debe proscribirse; siendo el menos a propósito para conquistar voluntades, es también contradictorio al objeto proclamado de la organización de la república: la sangre solo da sangre por fruto, y promoviendo continuas reacciones se radica la anarquía de los rencores personales y se radica de un modo terrible y espantoso. Acusamos a Rosas por haber empapado el suelo de la patria con sangre humana, ¿y es posible proclamar que se derramará aun más? ¿Y la sangre de los hijos y de los parientes, por delitos que nunca pudieron cometer? ¿Qué podrán juzgar de nosotros, si sentamos tales principios de pura barbarie? Juzgarán, y con razón, que atacamos a Rosas porque no podemos hacer lo que él hace, pero no porque aborrezcamos su proceder tiránico y anhelemos positivamente el reinado de la justicia y de la ley. Es mucho más torpe prometer una barbarie, y en comunicación oficial” (29).

Pero no había término medio. A la nota roja de sangre y sangre a todo trance, la coalición agregó la del despojo y confiscación de todo bien perteneciente al enemigo. El gobernador de Tucumán no conoce los paños calientes. “Me dirijo en el acto de oficio — dice al de Salta (30), — reclamando el embargo de las mulas de Carranza, socio de Ibarra. Le ruego como amigo, y como gobernador de Tucumán le reclamo, que no deje transportar esas mulas. Los bienes de Ibarra deben servirnos para reparar los daños que Ibarra les ocasione injustamente a nuestros paisanos. Sería lo más ridículo de este mundo, que usted contribuyese a que se salven los bienes de este bribón y queden

(29) B. López a M. Solá. Salta, octubre 28 de 1840.

(30) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, julio 29 de 1840.

impunes sus atentados". Y poco tiempo después insiste más terminantemente en esa doctrina: "Pienso — dice (31), — que los bienes de Ibarra y de todos aquellos a quienes se encuentre con las armas en la mano, deben servir para indemnizar a esta provincia y a la de Salta de los gastos hechos en una lucha que no hemos provocado. Las leyes de la guerra, los principios universalmente recibidos del derecho de gentes, nos autorizan para apoderarnos de esos bienes". Tal era, en su cruda desnudez, la doctrina y la práctica unitarias en materia de confiscaciones, como resultante de la guerra civil: Rosas, en su famoso decreto de embargo, de septiembre de aquel año — provocado, por lo tanto, por esas declaraciones, — fué mucho más moderado y prudente. Ese era el criterio de la época: unos y otros procedieron de igual manera, y por eso la posteridad ha cesado de repetir la fraseología unitaria de los hombres que, desde el extranjero, arrojaban sobre el partido federal todo el lodo posible, motejándolo de tiranía horrible, y presentándose a sí mismos como víctimas inocentes: verdadero cordero pascual perseguido por el lobo horrendo, que se llamaba Rosas... Hoy tal lenguaje de melodrama ha dejado de impresionar a los incautos: se estudia aquella época con criterio objetivo y se reconoce que, en esa lucha horrible, unos y otros echaron mano de toda clase de medios, de modo que no hay tales lobos ni tales corderos, sino hombres de ideales distintos que querían a todo trance imponer la convicción propia, siquiera — como decía Agüero — "a palos".

Verdad es que aquella ruidosa cruzada unitaria parecía encaminada sólo ostensiblemente contra Rosas y las autoridades federales, pues en el fondo podría creerse que era un malón dirigido contra las fortunas de los gobernadores enemigos, y, sobre todo, contra el tesoro de la rica y codiciada Buenos Aires, que los localistas arribeños consideraban como una "vaca lechera" inagotable. Véase sino lo que, al comienzo de la lucha,

(31) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, octubre 21 de 1840.

escribía a su colega de Salta, el gobernador de Tucumán: "He acordado mandar poderes a Frías, para que negocie un empréstito de Mr. Villanus, cónsul de Francia cerca del gobierno de Bolivia. No señalo las condiciones del empréstito: ninguna es onerosa en estas circunstancias. Una ventaja hay en hacer ejércitos con plata de un cónsul. La provincia de Buenos Aires ha de reconocer precisamente, como una deuda suya, todo lo que los franceses hayan dado a Lavalle, y se empeñarán en pagarlo con preferencia a toda otra deuda. En este caso, no podrán dejar de hacer otro tanto con lo que se nos haya prestado a nosotros, supuesto que lo hemos recibido con el mismo objeto. Lo contrario sería una chocante injusticia. Pero considero imposible el pago de los gastos que hagamos con nuestros propios recursos (32). Huelgan los comentarios.

Rotas las hostilidades con Santiago, la división salteña salió de Tucumán, donde estaba acantonada, el 26 de octubre, y el 31 penetraba en territorio santiagueño (33). Al mismo tiempo, por la frontera salteña, invadían dos divisiones volantes, a las órdenes de los coroneles Pereda y Toledo. Ibarra se encontraba así entre dos fuegos. Su táctica fué entonces muy sencilla: retroceder lentamente ante el enemigo, devastando el país que abandonaba y privando así de todo recurso al invasor, al que atraía hacia

(32) B. Piedrabuena a M. Solá. Tucumán, mayo 4 de 1840.

(33) La división constitucional, compuesta de 500 hombres, se formaba de los cuerpos siguientes: a) batallón Libertad, al mando del teniente coronel Lorenzo Alvarez; b) escuadrón coraceros, al mando del comandante Juan J. Wierna; c) compañía carabineros, al mando del secretario Elías Bedoya; d) batallón del coronel Manuel Reyes; e) un piquete de artilleros, con tres piezas volantes. El jefe de la división, graduado ad hoc de general, era el gobernador Manuel Solá. El segundo jefe, el coronel Francisco Zamudio. El coronel Mariano Acha, era jefe de estado mayor. Los edecanes del gobernador eran el comandante Santos de León y Mariano Brizuela.

las “travesías” desiertas y los páramos del centro de la provincia.

La población de Santiago era netamente federal y adicta a Ibarra; la invasión se encontró en un vacío horripilante a su derredor. “Nunca — decía el jefe invasor — se ha mostrado más enemigo este país de fuerzas que sólo venían a protegerlo; no pasan de tres hombres los que, en esta larga distancia a que hemos podido llegar con mil inconvenientes, se hayan atrevido a vernos la cara, hablarnos y darnos algunas noticias. Todo lo hemos encontrado exhausto y en retirada a los montes; las casas abandonadas, una que otra mujer lográbamos ver de distancia en distancia, sin tener de que valernos para un solo bombero, ni entre esas pocas mujeres, ofreciéndoles pagarlas bien, ni baqueanos, etc., cuando, al revés, cada algarrobo o juncal es un espía y bombero de Ibarra” (34).

El resultado tenía que ser previsto: las cabalgaduras se agotaron, las reses escasearon, nada se encontraba, por doquier el desierto, no se veía un alma; y el enemigo, invisible, hostilizando por doquier, sin prestarse a encuentro alguno. Casualmente ese año no había llovido en Santiago, y las penurias de los invasores rayaron en lo increíble. Por fortuna, Solá ocupó la capital de la provincia, el 4 de noviembre. “Yo he encontrado una ciudad en la acefalía más completa — decía el invasor en una proclama a los habitantes ausentes (35). — No he hallado entre vosotros categoría alguna pública, ni del más ínfimo orden. No hay un juez de barrio, no hay un átomo, una sombra de autoridad establecida: todo lo ha hecho desaparecer Ibarra”. Nadie respondió: la ciudad continuó abandonado... ¡e Ibarra, con sus fuerzas, siempre estaba a la vista!

Solá tomó una resolución heroica: “El coronel Acha será

(34) M. Solá a G. A. de Lamadrid. Salavina, noviembre 17 de 1840.

(35) Proclama fechada en Santiago, a 4 de noviembre de 1840.

el dador de ésta — le escribe a Lamadrid (36) — y él le instruirá de los pormenores de nuestra empresa sobre esta provincia y de la crítica posición en que nos hemos puesto hasta este punto, por lo que, no pudiendo por otro rumbo salvar la división y nuestras armas, he resuelto contramarchar a Tucumán”. Era la confesión palmaria del fracaso. Afortunadamente, le alcanzaron comunicaciones del nuevo gobierno de Córdoba, insurreccionada a su vez con el apoyo del ejército del propio Lamadrid “Es de la mayor importancia que V. E. concorra con esa división para cooperar con la eficacia que requiere al triunfo decisivo”, le escribía el último (37). “El gobierno de Córdoba se considera obligado a decir a V. E. que hoy son del mayor interés las operaciones de la división del mando de V. E. sobre la frontera de esta provincia”, le comunicaba el gobernador Alvarez (38). Y poco después, para resolverlo, le trasmitía, bajo la reserva del secreto, la famosa carta de Lavalle a Lamadrid, en que le daba a conocer su crítica situación y le conjuraba a esperarle en Romero (39): reunión que fracasó, lo que trajo como consecuencia la derrota del Quebracho Herrado. “Por todo esto — le avisaba el gobierno de Córdoba, — creo que usted debe vencer todos los obstáculos y dirigir su columna por el camino más corto al Tío. Parta usted, señor general: le aguarda con ansia el general Lavalle” (40). Solá no titubeó. “He resuelto seguir la marcha con mi división hasta la provincia de Córdoba — escribe al gobernador de su provincia (41), — seguro de que

(36) M. Solá a G. A. Lamadrid. Salavina, noviembre 18 de 1840.

(37) Lamadrid a Solá. Calchín, noviembre 7 de 1840.

(38) J. F. Alvarez a Solá. Córdoba, noviembre 8 de 1840.

(39) Lavalle a Lamadrid. Calchines, noviembre 12 de 1840. He publicado por vez primera esa carta, que se encuentra en mi archivo. Conf. *La batalla del Quebracho Herrado*, loc. cit.

(40) J. F. Alvarez a Solá. Córdoba, noviembre 22 de 1840.

(41) Solá al gobernador de Salta. Carabajal, noviembre 23 de 1840.

V. E. y la provincia toda aprobará una medida tan conforme y ajustada al espíritu del pronunciamiento del 13 de abril, y al objeto con que esta división arrancó de la provincia para acudir a donde las exigencias de la causa lo demandasen". A Lavalle le dice al mismo tiempo: "Recién salgo como del limbo, pues desde que pisé la provincia de Santiago no he recibido una sola letra de parte alguna, y he ignorado completísimamente lo que pasaba en nuestro país. He determinado seguir a marchas forzadas, si aun fuese tiempo de que, unida esta división a los valientes de su mando, pueda cooperar con ellos" (42).

Los momentos eran solemnes. Indudablemente, si se opera la reunión de Lavalle, Lamadrid y Solá, el ejército unitario habría vencido al federal, y Oribe y Pacheco no recogen los laureles del Quebracho; la guerra civil toma otro sesgo y quién sabe cuáles hubieran sido los resultados finales. Todo parecía conjurarse en ese sentido. Lavalle marchaba sin desviarse hacia el Tío. Lamadrid ya se encontraba allí, y, apenas llegado, escribía a Solá: "Acelere usted sus marchas; la presencia de usted y de esa respetable división va a ser de una influencia muy eficaz en los acontecimientos. Los sucesos se precipitan y la prontitud de nuestros esfuerzos es una necesidad imperiosa. Tomen ustedes el camino de las tropas, y vengán por Quebracho y Tacuruces a salir a este punto" (43). Y le agregaba: "Es muy importante desprenda al coronel Acha, con toda la caballería, para que vuelva a engrosar las filas de este ejército". Pero los dados estaban tirados. Lavalle no pudo llegar el 20 a la cita de Romero, donde le esperaba una división de Lamadrid; éste permaneció en el Tío hasta el 25, sin recibir aviso alguno de Lavalle, que se encontraba jadeante a pocas jornadas de allí. El 25 toma Lamadrid la fatal resolución que decide el éxito de la campaña. "Hoy — le dice a

(42) Solá a Lavalle. En marcha, noviembre 23 de 1840.

(43) Lamadrid a Solá. Tío, noviembre 24 de 1840.

Solá (44), — exigencias importantes me obligan a abandonar el Tío, para ocupar la Cruz Alta. El silencio del general Lavalle y los antecedentes que nos suministró la venida de Alico, del campo de dicho general, me inducen a invadir a los enemigos por la Cruz Alta, obligarlos a atender su retaguardia y a verificar una retirada peligrosa que favorecerá al ejército libertador”. Y, en consecuencia, da a Solá contraorden de marcha y lo aleja del punto de concentración de los tres ejércitos unitarios!

El desastre del Quebracho Herrado, consecuencia de aquella fatal desinteligencia, modificó la marcha de los sucesos. El entusiasmo se enfrió. “Nuestros soldados — escribe el jefe de la división salteña (45), — que tan valientes, decididos y contentos sufrían las fatigas de la campaña, han degenerado con un descontento y repugnancia a seguir, que llegó el caso de un motín por volverse; éste lo pude conseguir evitar fusilando a uno de los sargentos que se descubrieron cabeza, y fugando el otro. Pero la desertión que principió en seguida es increíble, a pesar de toda la vigilancia de los jefes y oficiales”. Al poco andar, agregaba: “La campaña que han hecho es penosísima en esta estación y no han descansado dos días. Apurar el sufrimiento de éstos y ya a ésta distancia de su país, es ponerlos en desesperación y riesgo más grande de la conservación de la disciplina de la división; yo, no acostumbrado a esta clase de fatigas y trabajos en esta edad, ya mi ánimo y naturaleza poco me ayudan” (46). En seguida, deja a la división en marcha y se adelanta a Córdoba, donde llega el 2 de diciembre.

La división salteña acampó en una quinta cerca de la ciudad. En el camino se le habían reunido cantidad de dispersos

(44) Lamadrid a Solá. Tío, noviembre 25 de 1840.

(45) Solá a Lamadrid. En marcha, noviembre de 1840.

(46) Solá a Lamadrid, sin fecha, contestando a otra de fecha noviembre.

de Lavalle. Solá resolvió pasar definitivamente el mando a Acha y lo envió a conferenciar con Lavalle, para poner a sus órdenes aquella división. Fué resuelto que quedase a la orden de Lavalle, y Solá partió para la Rioja, en misión cerca de Brizuela. Lavalle le escribió: “El coronel Acha me ha dicho que usted me había escrito una nota poniendo a mis órdenes la división de Salta. Esa nota no ha llegado a mis manos; lo único que he recibido es una comunicación del coronel Zamudio, en que me dice tener orden de usted para poner a mi disposición la división que usted condujo de Salta. Le he contestado que era conveniente, por ahora, que esa división permaneciera a las órdenes del general Lamadrid, que tiene el mando de toda la infantería y de parte de la caballería” (47).

...No es de este lugar el estudiar en detalle los sucesos militares de la época, ni los que trajeron la batalla del Quebracho Herrado, ni ésta misma, ni la situación subsiguiente; en otras ocasiones lo he hecho a la luz de una abundante documentación inédita (48). Mi objeto ahora, es seguir tan sólo las peripecias de Acha y de la división salteña, a la cual se encontró ya indis-

(47) Lavalle a Solá. Cuartel general, diciembre 26 de 1840. Después de la batalla del Quebracho Herrado, Lamadrid se retiró de la ciudad de Córdoba, siguiéndole las fuerzas de Salta, 500 cívicos cordobeses y muchos jóvenes de las principales familias, que formaron el escuadrón General Paz, con su ex gobernador, Francisco Alvarez, a la cabeza. Conf. Solá, loc. cit., p. 613.

(48) Conf. mi monografía: *La batalla del Quebracho Herrado*, publicada en *La Quincena* (t. IV); mi estudio *Lavalle y Lamadrid después de la batalla del Quebracho Herrado*, publicado en el tomo XXIV de la *Revista Nacional*; y el titulado *Lavalle y Aldao: primera campaña de Cuyo*, también publicado en la citada *Revista Nacional*, tomo XXV. A ellos remito a los lectores, habiendo allí publicado el texto íntegro de todos los documentos inéditos de mi archivo, en los cuales se basan dichos estudios.

liblemente unido, y con cuyos restos logró más tarde obtener el espléndido triunfo de Angaco. Básteme aquí decir que la anarquía reinante entre los "libertadores" desbarató todos los elementos poderosísimos que aun les quedaban en Córdoba, a raíz del desastre. Si en lugar de las menguadas rencillas de amor propio, que hacían absolutamente incompatibles a Lavalle y Lamadrid, aquellos jefes hubieran obedecido a los dictados de su patriotismo y sacrificado en aras del triunfo de su partido la vanagloria egoísta, la faz de la república habría sido quizá otra.

A pesar de los errores cometidos ya, la concurrencia de ambos ejércitos a una batalla contra el enemigo común, habría producido, según todas las probabilidades, una derrota completa del ejército de Oribe, que era entonces el único organizado al servicio del gobierno de Rosas. Dominado el norte, gracias a la coalición; el centro, merced a la revolución cordobesa; paralizado el oeste por las revueltas de Mendoza y San Luis; jaqueado Echagüe por el ejército de Paz, en Corrientes; esterilizado Aldao por las fuerzas de Brizuela, no quedaba a Rosas más que Buenos Aires — estremecida en el sur por la reciente revolución, — y Santa Fe, que era el tablero de ajedrez donde se movían los campeones principales de la lucha. Trunfante el ejército unido de Lavalle y Lamadrid, la situación era insostenible. La victoria habría decidido a los pusilánimes y habría contenido a los prudentes; los contingentes habrían afluído al ejército de reserva de Tucumán, e Ibarra no habría salido de las selvas chaqueñas. El avance conjunto de Lavalle y Lamadrid por un lado, de Paz por el otro, dejando a Acha al frente de las reservas que inutilizaban a Ibarra, y a Brizuela conteniendo a Aldao y Benavides, habría producido fatalmente la caída de Rosas, sin ejército, sin recursos, aislado.

El terrible esfuerzo unitario de la cruzada de 1839-1841 se había realizado, echando mano de todos los recursos y usando de todos los medios, agotando en la demanda todos los elementos que era humanamente posible emplear. No solo se conflagró

media república y se pudo iniciar una verdadera guerra civil de secesión, a fin de tumbar la confederación y el gobierno de Rosas, logrando que sucesivamente y por intervalos más o menos prolongados, todas las provincias — con excepción de Buenos Aires y Santiago del Estero — tuvieran gobiernos unitarios, si bien efímeros y nominales en su mayor parte, sino que se apeló desesperadamente al recurso extranjero en todas formas. La “Comisión Argentina” en Montevideo, fué resueltamente hasta la traición a la patria, en la alianza lamentable con la escuadra francesa, bloqueadora de las costas argentinas; la “Coalición del Norte” impetró la alianza del gobierno boliviano del general Velasco, de quien obtuvo subsidios y jefes militares. “Ha llegado a mis manos su apreciable del 26 pasado — escribía el presidente de Bolivia al gobernador de Salta (49), — y por ella quedo informado de la buena acogida que ha tenido el mayor Moreno y oficiales, en virtud de mi recomendación”; y esto a pesar de estar en guerra la confederación con Bolivia, por más que las operaciones bélicas estuvieran suspendidas desde la derrota que a Heredia infligió Braun; la “Comisión Argentina” en Chile usó de idéntico temperamento, pues he aquí cómo al respecto se expresa un coetáneo unitario: “Para mejor centralizar la unidad de acción de la emigración argentina en Chile, formóse un comité, a cuya energía se confiaba la dirección de tales trabajos. Este centro de revolución constante contra el conculcador de nuestras libertades, propagábase por medio de la prensa diaria y publicaciones de todo género, que llevaban a todos los puntos de la patria esclavizada y a los pueblos del exterior, que prestaban sus simpatías a la causa de los unitarios. También se hacía esa misma propaganda, valiéndose de agentes secretos, establecidos en cada cabeza de provincia y en las capitales de la Banda Oriental, de Bolivia y del Brasil, empeñando los intereses más valiosos de los buenos argentinos, en procurarse aliados que, unidos un día a la patria

(49) J. M. de Velasco a M. Solá. Sucre, agosto 9 de 1840.

en cadenas, levantada en masa, concurriesen a redimirla” (50).

Aquellos inmensos elementos y aquel esfuerzo colosal debieron decir de la contienda si hubiera habido unidad de miras en las cabezas dirigentes de tan tremenda conflagración, y si se hubiera ésta realizado simultáneamente y con verdadero patriotismo. Rosas debió sucumbir, por más que la mayoría del país lo sostuviera; y el partido unitario debió triunfar, por más que su victoria no hubiera sido sino momentánea, porque era imposible desconocer las razones históricas, geográficas y tradicionales, que imponían al país el régimen federal. Los hombres de la época no podían darse cuenta de que debatían — casi inconscientemente — un verdadero antagonismo de clases: de un lado la vieja sociedad colonial, empingorotada y tradicional, de abolengo aristocrático y de posición acomodada, eminentemente urbana y conservadora, y que gobernó al país desde el estallido de la revolución de 1810 hasta el advenimiento de Rosas, durante el largo período de predominio del partido directorial y unitario; del otro, la población rural y las masas suburbanas, que eran la inmensa mayoría del país, que vivía del día al día: asalariados constantes, peones en las campañas, artesanos en las ciudades, instintivamente democráticos y pudiendo arriesgar constantemente todo, porque casi nada tenían, utilizados siempre como carne de cañón, explotados por los “decentes” urbanos y cuyas aspiraciones vagas habían encarnado quienes se pusieron a su cabeza como caudillos, desde Artigas, pasando por Ramírez, López, Quiroga y tantos otros, hasta Rosas, el cual representa la culminación de la lucha político-social, con el triunfo de las aspiraciones democráticas sobre las aristocráticas, del régimen federal de gobierno sobre el unitario... En una palabra: el país, durante el largo cuarto de siglo que media entre el grito de mayo y la época de Rosas, verificó su profunda evolución social e implantó un nuevo

(50) D. Hudson: *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, t. II, p. 496.

tipo de sociedad democrática y federal, en reemplazo del tipo social de la colonia, eminentemente aristocrático y unitario. La época de Rosas no fué sino la paulatina normalización de esa estupenda evolución, que partió de causas económicas y se apoyó en el factor geográfico: las masas populares — encarecidos los medios fáciles de subsistencia de que antes gozaban; arruinadas sus industrias domésticas, sobre todo las textiles; con comercio precario y altísimo costo hasta de lo más insignificante, — comprendieron que sus intereses eran antagónicos a los de las clases urbanas acomodadas, que prosperaban o podían sostenerse a la sombra de los gobiernos salidos de su seno. Las diferentes regiones del país tenían, además, intereses económicos opuestos, y la tendencia librecambista de los gobiernos centralistas de Buenos Aires, era la muerte de la industria y el comercio del resto del país, que clamaba por protección, ahogado por el aislamiento y lo prohibitivo de los fletes de transporte, mientras que los porteños, a orillas de su gran río, llevaban vida fácil relativa (51). ¿Cómo, sin embargo, hubieran podido darse cuenta de esos hondos factores sociológicos los hombres de entonces? Sin embargo, muchos — como el correntino Ferré — vislumbraron claro ese antagonismo; pero los viejos unitarios únicamente sabían que su partido, o sea la transformación del directorial, estaba fuera del poder y en la emigración sus componentes: la patria era para ellos sólo su partido, y para volver al poder todo medio les fué bueno, hasta ponerse a sueldo de las naciones extranjeras que estaban en guerra con su patria! Todo lo cual no impide reconocer que, bien dirigido el movimiento de 1839-1841, el partido unitario habría debido dominar en toda la república e imponer a filo de sable — siquiera transitoriamente — su famosa constitución del año 26.

Eso era lo lógico... si el partido unitario hubiera sido un partido principista, y si sus miembros hubieran depuesto, en aras

(51) Conf. Juan Alvarez: **Estudio sobre las guerras civiles argentinas** (Buenos Aires, 1914).

del mismo, sus ambiciones de “gallos de aldea”. Pero sucedía todo lo contrario; el partido unitario en aquel entonces no era tal partido principista, sino una coalición de todos los elementos adversos a Rosas: antiguos unitarios *pur sang*, “lomos negros” despechados, gentes con ideales diversos y con ambiciones inconciliables, y que creyendo siempre, con una ceguera singular, que el triunfo era seguro, sólo se preocupaban de destruirse de antemano entre sí, anulando una facción a la otra, detestándose unos a los otros con tanta o mayor intensidad como odiaban al enemigo común. “Iba a jugarse la última partida de la reacción liberal... serán otra vez los mismos errores, las mismas variedades, las mismas fantasías, el mismo descalabro final...” (52). Los jefes unitarios no podían verse. Paz, Lavalle y Lamadrid eran incompatibles; jamás pudieron actuar juntos, cada uno desdeñaba al otro, lo consideraba en menos, ambicionaba para sí la gloria, y... aun miraba con secreto júbilo los desastres de sus émulos, porque tenía la jactancia de creer que solo cada uno bastaba y sobraba para triunfar y dominar! Lo mismo que con los generales, pasaba con los jefes secundarios unitarios: a cada momento se separaban de sus respectivos ejércitos — que no eran, en el fondo, sino típicas montoneras civiles, pues los uniformes escaseaban y todos, jefes y soldados, andaban forzosamente entreverados, de modo que la disciplina era laxa y todo reposaba en el prestigio personal de cada uno,—por no poder marchar en armonía con sus generales. La tropa, en medio de la indisciplina y en presencia de estas rencillas que se comentaban libremente en los fogones de los campamentos, de antemano se sentía derrotada, por la indecisión y vacilación continua en las órdenes. Las provincias, que presenciaban esas tristes discordias y esos ejemplos desalentadores, menos fe podían tener en tan singulares “libertadores”; de ahí que las masas populares fueran adversas a los gobiernos por aquéllos consti-

(52) J. B. Terán: Tucumán y el norte argentino, p. 157.

tuidos. A través de la fraseología de la época, los mismos jefes unitarios tenían que reconocer el hecho, por más que intentaran disfrazarlo con explicaciones especiosas. “El pueblo porteño aparece en extremo envilecido — confesaba Lamadrid (53); — la protección del general Lavalle no ha bastado a levantarlo de su abatimiento; profundamente aterrado, no se presenta sino como un instrumento ciego del tirano, como un idiota que no piensa, que no habla, que no escucha y que sólo está dispuesto a obedecer y aun a suicidarse, si así se lo exige su bárbaro opresor. Los resultados obtenidos por el general Lavalle lo comprueban”. La minoría ilustrada, sólo con tibieza, se incorporaba a esas “cruzadas” descabelladas que a lo mejor, como Lavalle en Merlo, salían disparando y abandonando fríamente a los que habían tenido la candidez de creer en las proclamas bombásticas y en las sempiternas ilusiones, alimentadas por las más pueriles tergiversaciones de los hechos reales (54). Lo peor es que las rencillas de los jefes que a la patria anteponian su partido y al partido su persona, ni siquiera en el desastre y en la desgracia tenían un momento siquiera de buen sentido.

Tal sucedió con Lavalle y Lamadrid en aquella campaña: así procedieron cuando aun se creían invencibles cada uno por

(53) G. A. Lamadrid a M. Solá. Tío, noviembre 24 de 1840.

(54) Conf. E. Q.: Lavalle y Rosas. La invasión. La retirada, en La Quincena. “La aparición de Lavalle en la provincia de Buenos Aires, fué rápida y funesta como la de un fantasma. A fines de agosto se retiraba, dejando más compacto que nunca el poder del tirano, cuya saña se encontró con las amenazas impotentes de sus rivales, arrastrando en la desgracia que le perseguía por todas partes una generosa juventud, que rindió la heroica vida en los campos del Quebracho, en Sancalá, en Angaco y, por último, en Famaila y Rodeo del Medio”. Juan María Gutiérrez. Obras completas de Esteban Echevarría (B. A. 1874, t. V, p. 72). Y agrega: “La desacordada aventura de aquel hombre a quien nuestro poeta llamó: “una espada sin cabeza”, “el veterano sin estrella”, venía a realizar un movimiento de hecho, visiblemente impotente”.

su lado. ¿Qué hicieron cuando la desgracia y el peligro los arrojó en brazos el uno del otro? Lavalle pretendió echar sobre Lamadrid la responsabilidad del desastre (55). Era necesario, en aquellos momentos supremos, adoptar un plan de campaña: Lamadrid opinaba por la instantánea reorganización de los restos del ejército, e incorporados al suyo y a la división salteña, caer en el acto sobre Oribe, que no sospecharía tal ataque, y dar una batalla desesperada. Lavalle rechazó la idea y optó por hacer la guerra de partidas sueltas en grande escala, o sea, con gruesas divisiones. Lamadrid entonces le propuso dirigirse él con sus fuerzas sobre la campaña de Buenos Aires y tentar una sorpresa sobre Rosas, dejando al ejército de Oribe entre él y Lavalle; tampoco aceptó esto. ¿Qué fuerzas contaban los ejércitos unitarios en aquel momento? A pesar de la derrota del Quebracho Herrado, el ejército de Lavalle todavía tenía 2000 hombres, Lamadrid 1800, Solá 500, Avellaneda en Tucumán 800, Brizuela en la Rioja 1200, sin contar con el ejército correntino de Paz, con la división catamarqueña de Cubas y las milicias cordobesas de Alvarez. Por de pronto, listos para emprender la ofensiva, había cerca de 6000 hombres reunidos, y en pocos días podían incorporarse los contingentes tucumano, catamarqueño y riojano (56). La coyuntura era, pues, favorable para una vigorosa ofensiva, sea sobre el ejército de Oribe, sea corriéndose audazmente por el sud sobre el mismo Rosas: lo único que podía objetársele era que se jugaba el todo por el todo, pues, derrotado el ejército unido, no quedaba al partido unitario esperanza alguna. Pero no sin razón

(55) G. F. Villafañe: *Reminiscencias*, 158. Elia: *Memoria histórica*, 287; Lamadrid: *Memorias*, II, 186; Díaz: *Historia política y militar*, V, 191; Paz: *Memorias*, II; Solá: *La liga del norte*, 592.

(56) Cf. mi artículo citado sobre La batalla del Quebracho Herrado, donde estudio en detalle estas cuestiones. V. F. López: *Manual de la historia argentina*, 575, difiere ligeramente de este cálculo, pues estima en 7000 hombres las fuerzas unitarias reunidas en Córdoba.

ha dicho el gran capitán, don Juan de Austria: “que aun en las cosas ordinarias se dice que quien no aventura, no ha ventura; pero esta verdad, tanto más poderosa y cierta es en las cosas de las armas: en éstas, donde no se conquista, sino se pelea”. La verdad desnuda, sin embargo, era que los generales unitarios no eran, del punto de vista estratégico, verdaderos militares de escuela, que tuvieran la vista genial de un Napoleón o de un Moltke; eran simples oficiales, más o menos sableadores, valientes, personalmente héroes, pero que no concebían sino el encuentro directo, el entrevero a lanza y sable. Sólo Paz fué el único general táctico y estratégico, de todo el partido unitario. En cuanto al simpático Lavalle, como al temerario Lamadrid, tan arrojados y tan fascinadores, sólo el empuje y el valor era lo principal: la táctica y la estrategia, probablemente, se les antojaban ser de una prudencia rayana en cobardía.

Lavalle se negó redondamente a todo, y desde aquel instante rompió en realidad con Lamadrid. El 3 de diciembre se separaron ambos generales: aquél marchó con sus tercios a Sinsacate, éste se replegó con sus huestes a Córdoba. El plan de campaña de Lavalle prevaleció. Los dados estaban tirados. Ese plan, militarmente considerado, era el golpe de gracia de la cruzada unitaria. En primer lugar, necesitaba jefes capaces, inteligentes y adecuados; en segundo lugar, requería cuerpos de tropas moralizadas, que no fuesen, con los excesos de la indisciplina, a concitar el odio popular; en tercer lugar, era preciso que hubiese en los pueblos o provincias que iban a ocupar, unas disposiciones tales, que se presentasen con facilidad a la impulsión que iban a darle los libertadores; finalmente, se imponía establecer un centro común de relaciones, o sea una autoridad general que diese dirección a esos cuerpos y a los distritos que levantasen (57). Fraccionar en partidas sueltas los restos de un ejército desmoralizado por una derrota reciente, era insensato: debilitaba su nervio, lo

(57) Paz: *Memorias póstumas*, II, 483.

disponía a la deserción en masa y renunciaba a la eficacia de una acción común.

En consecuencia del plan, Lamadrid se dirigió a Tucumán, Lavalle a Catamarca (58), Vilela a San Luis, Salas al norte de

(58) Derrotado el general Lavalle en el Quebracho, se reunió con el general Lamadrid, y marcharon juntos de la manera que lo indica este último en sus Memorias, hasta el borde de las salinas, en donde se separaron, tomando Lavalle, con los pocos que le siguieron, para Catamarca, mientras que Lamadrid continuó su marcha hacia Tucumán. Apenas llegó el primer jefe de la cruza libertadora a Catamarca y se aseguró de la situación de esa provincia, por medio de su gobernador Luis Cano, manifestó su intención de pasar a la Rioja, a fin de ponerse de acuerdo con el zarco Brizuela, caudillo que había heredado la influencia de Quiroga, aunque sin tener sus condiciones, y que era el titulado jefe de la coalición del norte. Sus enemigos previeron ese viaje y entonces el propietario de la posta de "Los Algarrobos", Alejandro Herrera, se ofreció a Oribe, que estaba en campaña siguiendo a Lamadrid, para ir a robarlo en Villa Prima y traerlo preso al campamento. "Los Algarrobos" es una finca situada en la provincia de Córdoba y casi al borde de las salinas, y de la que hoy se divisan desde el tren las ruinas de la casa y el grupo de árboles que le da nombre, entre las estaciones de Quilino y San José, del lado de San Antonio. Su propietario Herrera no era nuevo en la clase de aventura que se proponía realizar: ya en 1835 había secuestrado al gobernador de Córdoba, Andrés Aramburú; y, previo el consentimiento de Oribe, marchó rápidamente hacia la población designada, que está a ocho leguas de la ciudad de Catamarca, sobre el camino real que la une con la Rioja. En Catamarca conocía el asunto un federal neto, Pedro Segura, hombre respetable y respetado, aun en medio de las agitaciones políticas que allí pasaban; se trasladó a su estancia "El Retamito", a dos leguas de Villa Prima, y lo esperó a Herrera, para ampliarle los datos que tenía sobre el viaje del general Lavalle. Herrera llegó a ella en la noche, acompañado de tres o cuatro hombres resueltos, y en la madrugada salió a ejecutar su empresa: tomó a los caminantes y, asegurándolos en sus cabalgaduras, se alejó rápidamente, atravesando la distancia y los desiertos que le separaban del cuartel general. Temprano del mismo día se supo en Catamarca lo que había sucedido en

Córdoba, y Acha... volvió con sus salteños a Santiago, a renovar el disparate de su persecución a Ibarra!

¿Con qué ánimo tornaría a emprender Acha tan insensata campaña, cuando hacía pocos días que habían salido milagrosamente de aquella madriguera de la desolación? Al recibir la orden, "llamé a los jefes de los cuerpos — dice el coronel Zamudio (59) — para informarme de la disposición de sus tropas, a pesar de estar yo, como V. E., perfectamente impuesto del estado de ellas; pero, a la indicación sola de la contramarcha, estamos expuestos a perder la división. Las fatigas de la penosa y larga campaña; el contagio de la desmoralización que desde cierta época se introdujo en la división, y que, a pesar de los esfuerzos que se han hecho, no se ha podido contener; el mal estado de los caballos, pues la mitad de la tropa está a pie; el estado de la infantería es peor, y finalmente, la menor insinuación de contramarcha, es terrible en todos los aspectos. La división hoy no está en estado de emprender ninguna clase de movimiento". A pesar de todo, Acha invadió a Santiago por los Abipones...

No se concibe cómo se realizó aquéllo. El resultado no

Villa Prima, y que uno de los presos era Rafael Lavalle (a quien se confundió con su hermano el general), Jaujar, comandante Casacuberta, y algún otro: el general Lavalle se indignó, y, en un momento de ira, dijo que pasaría a cuchillo a los federales si Oribe fusilaba a los presos; y llegando hasta dudar de la lealtad política de Cano, exclamó: "No será el primer gobernador que yo fusile". Los federales se asustaron e inmediatamente despacharon chasques que, alcanzando a Herrera, le significasen su error y el peligro que los amenazaba; felizmente le alcanzaron y éste, comprendiendo que no debía insistir en su aventura, les puso en libertad para que se fuesen a la Rioja. Así se frustró una tentativa que, si se lleva a cabo con éxito, hubiera evitado otros nuevos dolores que siguieron, o quizás le abrevia sus días al jefe de la revolución de 1839.

(59) F. Zamudio a M. Solá. Los Vasquez, diciembre 3 de 1840.

podía ser dudoso. Ibarra se contentó con renovar su táctica anterior. La división, desmoralizada y casi a pie, se internó de nuevo en el desierto de las salinas santiagueñas, y de nuevo no encontró ni un hombre ni halló un animal; Ibarra, siempre adelante y a los costados, bien montado, le cortó las comunicaciones en todas direcciones, sin riesgo de que Acha pudiera hostilizarlo en lo más mínimo, por carecer de todo. El presuntuoso jefe unitario perdió todos sus caballos y sufrió las mayores miserias, además de una deserción constante. Cuando se resolvió a retirarse, apenas salvó la mitad de la división, montándola en burros y en mulas flacas, y su retirada precipitada se asemejó a una fuga. Llegó a Catamarca para incorporarse a Lavalle con los restos de la división que aquél le confiara, pues se le habían desertado hasta escuadrones enteros — como el correntino, mandado por Ramírez, — que se le había dado para engrosar la división.

Aquella expedición fué, pues, un fracaso absoluto. A su llegada a Catamarca se encuentra con la noticia de que Lavalle había emprendido la primer campaña de Cuyo, incorporado al ejército de Brizuela, pero que se encontraba en situación tan crítica, tanto por la vigorosa presión de Aldao cuanto por las desconfianzas de su aliado, que llamaba desesperadamente en su auxilio a su división, refugiándose, mientras ésta llegaba, en las sierras de Famatina. Acha, que sólo había podido salvar de su desastre 200 veteranos y dos cañones, les incorpora otros 200 milicianos y — sin titubear y con la misma ligereza con que volvió a meterse en las salinas santiagueñas a los pocos días de haber salido de ellas — se precipitó sobre la Rioja, sin darse cuenta de las posiciones del ejército federal de Aldao.

Decididamente, Acha resultaba ser un simple sableador, de cascos ligeros, y parecía no darse cuenta de la grave responsabilidad que pesaba entonces sobre los jefes unitarios. ¿Qué resultado podía tener esta nueva ligereza?

A pesar de que nuestro bardo nacional, abusando de la licencia poética, ha cantado que:

...Acha, con un grupo de valientes,
Sobre el cuyano ejército se arroja;
Lo aterra, lo deslumbra y, como un rayo,
Lo hiende con su lanza y su caballo... (60).

la verdad prosaica es que, interpuesto Aldao entre Lavalle y Acha, destacó su vanguardia, que la formaba la división veterana del coronel Flores — que le había facilitado el ejército de Pacheco — y ésta encontró, en marzo 20 de 1841, al incauto sableador en los campos de Machigasta, destrozándolo de una manera tan formidable, que su derrota es sólo comparable a la que acababa de infligir Pacheco a otro presuntuoso jefe unitario, el coronel Vilela, deshecho en Sancala. Tan espantosa fué la derrota, que “Acha — dice un testigo ocular (61) — con algunos hombres, salvó milagrosamente por los bosques... Este desastre dió por resultado la sublevación de los departamentos del poniente de Catamarca, y desde entonces la comunicación quedó cortada con el general Lamadrid”. Más aún: “Acha fué a dar a Catamarca en mangas de camisa, en cuyo traje iba marchando, y en cuanto a su equipaje, como su correspondencia, cayó en poder del enemigo” (62). Esto solo está demostrando cómo se hacía la guerra: sin observar la más elemental precaución militar, marchando descuidadamente, sin noción de la táctica; lo que se explica cuando se recuerda que ninguno de aquellos jefes había salido de una escuela militar, que no se preocupaba de disciplina ni organización, ni de estudiar las reglas de la guerra en otros países: en el bagaje de dichos jefes, es curioso que jamás se les encontrara ni el menor librito de estrategia ni de historia militar...

Catamarca se perdió para la revolución: el coronel federal

(60) Echeverría: *Canto a Avellaneda* (Obras completas, I, 327).

(61) P. Lacasa: *Vida militar de Lavalle*, 189.

(62) Díaz: *Historia política y militar*, V, 206.

Maza se encargó de sujetarla. Acha, en su fuga, llegó hasta Tucumán, donde Lamadrid había logrado rehacer un formidable ejército, siquiera por su número, porque, en cuanto a disciplina y adiestramiento táctico, no se preocupó nunca de ello aquel jefe. Lavalle, después de la derrota de Sañogasta, el 30 de junio de aquel año terrible, muerto su aliado Brizuela (63), logró escapar a duras penas del ejército de Aldao, y con un puñado de hombres se dirigió de nuevo a Catamarca. Lamadrid, destruido ya su rival, consideró llegada su hora; y, a la cabeza de sus tropas, se dirigió igualmente a Catamarca. Allí se celebró la entrevista histórica entre Lavalle y Lamadrid, en la cual se resolvió practicar la más curiosa de las contradanzas: Lavalle, que acababa de conducir y perder la campaña de la Rioja contra Aldao, cede

(63) Desgraciadamente, la cooperación de Lavalle y Brizuela fué laxa, debido a un incidente, explicable en aquel género de campañas. Cuando el primero se dirigía a incorporarse a las fuerzas de Brizuela, encuentra en la hacienda de Hualfin a una hermosísima riojana, que era la querida de aquél y la cual, al dirigirse a reunirse con él, había caído en poder de una de las partidas volantes de la división de Lavalle. Este, desgraciadamente, se enamora perdidamente de ella y se demora en Hualfin, obligándola a que se encerrará con él durante varios días, sin querer recibir a nadie ni ocuparse ni preocuparse de la guerra. En balde sus ayudantes — Pedernera y Félix Frías, entre otros — tratan de hacerle ver lo peligroso de su actitud y la trascendencia que tenía para la campaña, pues Brizuela, apenas supiera lo sucedido, no se lo perdonaría nunca: Lavalle se negó a oírlos; y cuéntase que Frías, paseándose nerviosamente con Pedernera por los corredores del caserío de la hacienda, le dijo: "General, las mujeres perderán a la patria; esto es concluído; nada bueno auguro..." Y fué profeta, si bien se conservó leal hasta lo último a su ídolo Lavalle, cuyas debilidades perdonaba y siempre hallaba como excusar, como cuando, poco antes en Catamarca, éste se entretiene en festejos, diciendo: "¿qué dirán del general Lavalle cuando sepan que ha perdido dos días para asistir a un baile?"; y, poco después, cuando vuelve derrotado al norte, su preocupación favorita era preguntar: "¿qué tales son las muchachas de Tucumán?" Siempre "impresionable e imperioso", como lo llama J. B. Terán, *loc. cit.*

su puesto a Lamadrid, quien se encarga de la segunda y definitiva campaña de Cuyo, mientras Lavalle reemplaza a Lamadrid en el mando militar de Tucumán e intenta imitarlo, formando a su vez un nuevo ejército para oponerlo a Oribe.

La marcha del ejército invasor se verificó de la siguiente manera: Lamadrid conservó el mando inmediato del grueso de las fuerzas y destacó su vanguardia — compuesta de la “legión Brizuela”, el “escuadrón general Paz”, el “batallón Libertad”, con dos piezas de artillería — al mando de Acha, quien marchaba a doce leguas de distancia. Acha había sido incorporado por Lamadrid a su ejército, confiándole el mando de su vanguardia, formada sobre la base de los cuerpos salteños, reorganizados con los dispersos y desertores.

Entro, pues, al verdadero objeto de este estudio: a narrar la campaña de Cuyo, cuyo momento decisivo la constituye la odisea sanjuanina de Acha. La entrevista de Catamarca es el punto culminante de la cruzada unitaria de 1841. La estrella de Lavalle se undía ya en el ocaso: su brillo iba apagándose, se acercaba la hora fatídica de Jujuy. Lamadrid, por el contrario, se agiganta, llena el escenario, asombra a sus enemigos, y juega con el general Pacheco aquella terrible partida de ajedrez que terminó con el jaque mate de Rodeo del Medio.

Estaba entonces Lamadrid en su apogeo. Su nombre, que había tenido eco mágico en la historia de la revolución argentina, durante la épica lucha de la independencia, resonaba ahora en todos los ámbitos de la república como la trompa de Rolando en Roncesvalles, agigantando su figura en medio de aquella cruenta y apasionada guerra civil. Era Lamadrid una figura legendaria, y sus proezas de valor fabuloso durante las campañas del Alto Perú, como sus combates durante el período de las convulsiones internas, le habían conquistado con justicia la fama de un héroe. No puede decirse de él que fuera político de alcances, ni militar genial; era sólo un Murat criollo, hombre que jamás conoció el miedo, soldado de un arrojo fantástico, guerrillero

incomparable, con su cuerpo acribillado de heridas y con su ánimo siempre fogoso, que lo lanzaba ciegamente al entrevero de un combate, sin calcular el número de sus enemigos y sin acordarse de las fuerzas que mandaba. Había nacido para la batalla, y sólo estaba en su elemento cuando peleaba cuerpo a cuerpo, como los semidioses mitológicos. Parecía un rezago de la edad media, un retoño de aquellos famosos varones del "reinado del puño", que fiaban todo a su brazo y a su audacia; nada calculaba, ni jamás preveía la posibilidad de ser vencido: hasta se asombraba ingenuamente de no resultar siempre vencedor; nada le arredraba, todo le parecía fácil, mientras blandiera una lanza y tuviera a su frente un adversario. En la batalla se transfiguraba: se olvidaba del mando, sólo veía la pelea, y se lanzaba bravío a derribar con su espada de sublime Quijote a los que osaban resistirle; mientras fué un simple oficial, nadie igualó sus méritos ni sobrepasó sus hazañas: era la encarnación misma del denuedo y del coraje; apenas tuvo mando, sus desaciertos fueron sin cuento, porque provenían de sus cualidades mismas: había nacido para combatir, no para dirigir. Cuando el andar del tiempo haya borrado el recuerdo de sus errores, su figura se agigantará y será, sin duda, el héroe por excelencia de las tradiciones populares, el paladín guerrero de una epopeya homérica, cuyas acciones parecerán increíbles, más exageradas todavía que las que puede inventar la exaltada fantasía de las leyendas nacionales; ninguno de nuestros guerreros puede comparársele, de ese punto de vista; ninguno le disputará el primer puesto en la fama; las generaciones venideras lo aclamarán como el prototipo del valor argentino. Indomable era su energía, y su coraje no conoció límites: los años no hicieron mella en él; soldado a la edad en que los niños están aun en el regazo materno, era siempre el mismo soldado cuando el peso de los años pudo solo disputarle a la vida, entregando a la muerte un cráneo tan cubierto de cicatrices que pasará a la historia como un fenómeno singular. No había tenido escuela, ni sabía de la táctica sino lo que su larga experiencia le impedía

ignorar: verdad es que no desconocía la eficacia de la artillería ni el poder de la infantería, pero para él el arma favorita era la lanza, y se arrojaba al frente de sus falanges históricas, arrojando todo a su paso, levantando con las picas a los infantes, clavando de a caballo los cañones y penetrando en los cuadros enemigos como el huracán impetuoso, que hiende y destroza los tupidos cañaverales: el paso de sus lanzas lo marcaba el tendal de cadáveres y la nube de los fugitivos. Y abandonado a la carrera desenfundada de los potros de la pampa, atravesaba las líneas enemigas, volvía y revolvía sus escuadrones sobre los batallones más o menos disciplinados del contrario, y pasaba por sobre el campo de batalla como un Atila moderno, no dejando crecer pasto donde pisaban los cascos de sus corceles. Su fisonomía misma era característica: nervioso hasta el extremo, ágil y vigoroso, poseía un físico de acero que desafiaba las fatigas y las privaciones: centauro incomparable, fatigaba a los gauchos más sufridos con sus marchas rápidas como el rayo, para sorprender al enemigo, que miraba sus apariciones temibles como un azote del cielo. El famoso rastreador Alico, el célebre baqueano que compartió con Lavalle (64), se asombraba ante el temple de

(64) Alico era un baqueano santiagueño, conocedor de todos los caminos, sendas y poblaciones del interior de la república. Nacido a fines del siglo XVIII, estaba entonces en el apogeo de sus cualidades: había servido, en sus mocedades, en el ejército del Alto Perú, pero en las guerras civiles estuvo siempre del lado unitario, y fué el baqueano favorito de Lamadrid en 1825, como de Paz en 1830-31, hasta que concluyó acompañando a Lavalle, 1840-41. Este último jefe lo conoció en 1840, en razón de habérselo mandado Lamadrid desde Tucumán, con importantes comunicaciones. "Encantado Alico con las dotes y carácter de aquel bizarro general — conf. J. A. Scotto: *Notas biográficas* (Buenos Aires, 1913), t. II, p. 115, — se unió a él y no le abandonó hasta acaecida su trágica muerte, y aun después de ella continuó dando pruebas de su fidelidad, pues, haciéndose cargo del cadáver del malogrado caudillo, lo condujo hasta Potosí, defendiéndolo valerosamente de los encarnizados enemigos que le perseguían". Tenía fama ya en vida: hoy pertenece a la

aquel guerrero para el cual no existían obstáculos ni en las cosas ni en los hombres; cuando se le creía en un extremo del país, aparecía de repente en el otro, con mucha o poca comitiva: eso

historia y pasará, sin duda, a la leyenda: era uno de los gauchos que tenía adoración por el general Lavalle. Ibarra tenía otro a su servicio, Josabán, tan rastreador como aquél, pero cuyas comisiones fueron de menor importancia y su acción no se dejó sentir tanto en los acontecimientos que se desarrollaron en las riberas del Plata. Alico fué elegido por los unitarios para hacer el servicio de correo, llevando las comunicaciones de los que sublevaban la república contra la dictadura, y corría, con velocidad y sin ser sentido, de un punto a otro del territorio: extraviaba caminos, pero él sabía a dónde podía hacer noche, alimentarse o mudar caballo. Voy a referir un incidente—oído a un coetáneo: el finado Adolfo E. Carranza, ex socio de Ibarra—y que es característico. Cuando Lavalle invadió la provincia de Buenos Aires, fué despachado a Tucumán, llevando cartas y noticias de los triunfos de la expedición libertadora y de los muchos elementos con que contaba. Llegó a aquella ciudad a casa de la familia Garmendia, y allí, rompiendo el cabo de su chicote, sacó las cartas en que se avisaba, por deudos de Buenos Aires a los de Tucumán, que el general Paz estaba triunfante en Buenos Aires, que Rosas había fugado a Córdoba y que, en algunos días más, los unitarios serían dueños de la situación del país. La señora Cruz Garmendia de Salvigny, apasionada patriota, creyó en la veracidad de los documentos y noticias y, en su entusiasmo, le cedió su cama a Alico para que se recostase a descansar. No tardó mucho en llegar a la ciudad—que lleva, con noble orgullo, el título de “sepulcro de los tiranos”—el general Oribe, que iba sembrando el terror, como medio de destruir a sus enemigos, y sólo encontró en ella ancianos, mujeres y niños: todos habían huído o formaban en los ejércitos que levantaban Lavalle y Lamadrid. Algunos de los oficiales orientales que acompañaban al “ex presidente constitucional” y que se distinguieron por su crueldad y fanatismo, se propusieron burlar a la señora de Garmendia, antes de flagelarla. Al efecto se presentaron en su casa, y haciendo el aparato de que estaban felicitándose por las buenas noticias que esperaban, hicieron entrar a un paisano, le saludaron y abrazaron como a Alico, rompieron su chicote, sacaron las cartas, las leyeron en medio de grande alborozo y concluyeron

era para él cuestión secundaria; pero caía sobre el adversario cuando éste menos se lo imaginaba, y así su nombre solo equivalía a un ejército entero.

En los momentos en que dejaba a Catamarca para internarse en la Rioja y emprender la ruidosa y última campaña de Cuyo, era sin duda el mismo Lamadrid de la acción incomparable de Tambo Nuevo, pero quizá no era el Lamadrid que pasará a la leyenda, que ha de amar representárselo joven, fogoso, vibrante, arremetiendo con un puñado de hombres á ejércitos enteros — y saliendo victorioso. Ese es el Lamadrid heroico, el soldado de la independencia, el luchador legendario, el patriota inspirado: ese es el Lamadrid que debe pasar a la posteridad, para orgullo de Tucumán y honra de la República Argentina! (65).

por decirle: "acostáte, Alico". El paisano se echó sobre la cama de la señora; y, después de esta farsa, les dieron de azotes a las personas que estaban en la casa, acompañándolos del dicho: "acostáte, Alico". Estos mismos oficiales, pocas noches después y en una reunión que se daba en casa de la familia de Silva, pretendieron poner moños colorados a las niñas y ofenderlas, conociendo que pertenecían al partido unitario; los oficiales argentinos que allí estaban se opusieron, y, afeándoles su conducta, salieron al patio con ánimo de cruzar sus espadas. Oribe, que estaba dentro del salón, oyó la bulla, se enteró de lo que sucedía, y saliendo precipitadamente se puso en medio, dando la orden de que fueran todos a sus cuarteles. Al día siguiente despachó a los provocadores para Buenos Aires, comprendiendo quizá que ya no era necesario verter más sangre, desde que el movimiento de la coalición del norte estaba ahogado: en efecto, habían de pasar diez años más para que cayera el gobierno de Rosas, después de sostenerse por los errores de los unos y la poderosa reacción de los otros, que rompió las vallas que la humanidad reclama, precipitando el país a una lucha bárbara, en que los hermanos se despedazaban tenaces e iracundos, y en lo cual tanta culpa tuvieron los unos como los otros.

(65) El ejército unitario, a cuyo frente salió Lamadrid de Tucumán el 24 de mayo de 1841 — y con el cual, contra lo acordado antes con

Se comprende, pues, sin esfuerzo que, al conocer el avance de Lamadrid, Aldao se sobrecogiera de temor y enviara a Oribe carta tras carta, solicitando ayuda, rogándole viniera él mismo y se lanzara a retaguardia del invasor (66).

El general Oribe se dió perfecta cuenta de la extraordinaria gravedad de la situación. Pero ambicionada medirse con Lavalle, y perseguir a Lamadrid habría sido abandonar a aquél. Escogió entonces el mejor de sus jefes, y envió á Cuyo al general Pacheco.

El "presidente" Oribe nunca miró con buenos ojos al general Pacheco; los laureles que éste le arrebatara en el Quebracho Herrado, decidiendo la batalla con su caballería, lo llevaron a Oribe a incomodar a Pacheco con hostilidades míseras que lo indujeron a éste a renunciar a su mando (67). Pero Rosas no

Lavalle en Angulí, se dirigió a Catamarca, — tenía más de 3000 hombres y se componía de las siguientes divisiones: a) infantería: batallón Libertad, comandante Lorenzo Alvarez; batallón Constitucional, comandante N. Organ; b) artillería: escuadrón artillería, con 10 piezas de varios calibres, coronel Fernando Rojas; c) caballería: legión Brizuela, coronel Crisóstomo Alvarez, y jefes de escuadrón los mayores Vicente Neiro y N. Sardina; regimiento Milicias de Salta, coronel Manuel Puch; escuadrón General Paz, comandante Francisco Alvarez, y jefes subalternos: comandante José Ignacio Igarzábal y mayor Severo Ortiz; escuadrón 9 de Julio, comandante Baldomero Sotelo; legión Avalos (milicias correntinas), coronel N. Avalos; escuadrón 25 de Mayo, comandante Agustín Acosta. Conf. N. Larrain, *El país de Cuyo* (Buenos Aires, 1906), p. 194.

(66) Véanse las cartas inéditas de Aldao a Oribe, sacadas del archivo Pacheco y publicadas en el artículo: *La batalla del Quebracho*.

(67) Pacheco a Rosas. Córdoba, marzo 23 de 1841. Conf. art. *La decapitación de Acha*, en *Revista Nacional*, t. XXIII. El texto de la renuncia fué publicado *ut supra*, el original se encuentra en el archivo Pacheco. "Me permito llamar la atención de V. E. sobre el estado miserable de las tropas de Buenos Aires, y esto se extiende hoy a los alimentos y raciones de entretenimiento. Ningún socorro han recibido desde nuestra partida de esa provincia, sin embargo de que la tropa cordobesa y oriental los reciben con más o menos regularidad, y aunque

podía tolerar semejante cosa, y fué necesario someterse a las exigencias de la situación y soportar en silencio los efectos de la malevolencia y de la encubierta envidia del "presidente" Oribe. Porque Pacheco era el primer oficial de la confederación, y Rosas lo sabía muy bien: era el único tal vez a quien este mandatario respetaba (68).

Pacheco era, ante todo, un oficial de escuela y de una disciplina férrea; procedía según su conciencia y estaba convencido de que, en esas circunstancias, su deber era sostener la autoridad y la patria; era soldado hasta la médula de los huesos, y de una de esas lealtades rayanas en lo quijotesco; conocedor profundo del país, anatematizó el crimen de los decembristas y la hoguera que encendiera el sacrificio inaudito de Dorrego; Rosas representaba a sus ojos el gobierno legal y constituido, aspiraba a la organización de la nación y veía que los continuos esfuerzos del bando unitario tendían a arruinar al país y que cometían actos de barbarie, fomentando represalias peores a su turno: sobre todo, a sus ojos tenían la mancha indeleble de la traición a la patria, por estar aliados a los franceses en su intervención militar al Río de la Plata y el bloqueo de sus puertos, aceptando su dinero y sus armas para combatir a los gobiernos argentinos existentes. Cuando la campaña de Cuyo, tenía el general Pacheco 49 años: se encontraba en todo el vigor de la edad. Era una figura singularmente severa, de estatura mediana, tieso el cuerpo, erguida la cabeza: siempre irreprochablemente vestido de uniforme, parecía como si éste hubiese sido cosido por el sastre sobre su persona misma, tal era la absoluta corrección y la ideal falta del más mínimo pliegue. Educado en la rígida disciplina de los famosos granaderos a caballo, oficial favorito de San Martín, había cimentado

no tengo intervención alguna en las tropas del ejército ni en sus distribuciones, me ha parecido oportuno hacerlo presente a V. E."

(68) A. Díaz: *Historia política y militar*, V, 81.

con su sangre en cien combates, en el Alto Perú, en Chile, en la inmortal jornada de Ituzaingó, en las márgenes del Río Negro, su pasión ferviente, dominante, absoluta, por la carrera militar; era la antítesis del caudillo y del jefe de milicianos: jamás habría descendido a la triste condición del desgraciado Lavalle, quien, habiendo sido un brillante oficial de línea, cometió el lastimoso error de transformarse en cabecilla de montoneras de ciudadanos, como se lo reprocha con una amargura singular aquel severo general Paz, que presenta tantas analogías con el general Pacheco, por su acendrado amor a la carrera militar y por su austero culto por la disciplina. Pacheco con nadie ni por nada transigía en ese punto delicado: toda su vida, en los campamentos como en su retiro privado, se conservó cuadrado, de una pieza, como digno discípulo del gran capitán argentino. “Fué clarísimo e infatigable en formar y mantener todas las clases del ejército fieles y escrupulosas observadoras de las ordenanzas, castigando inflexiblemente toda contravención, sin que entibiasen su celo jamás ni la amistad, ni los respetos humanos, ni los demás secretos que debilitan la justicia, menos recta e imparcial que la suya. Éste era el loable objeto de su vigilancia, de sus afanes y desvelos, y en virtud de él se le vió siempre incansable en el bufete, expidiendo las órdenes concernientes, las más veces de su propio puño, para dar a los negocios el mayor impulso; corría como el relámpago a toda hora por los cuarteles, por el campo de instrucción, por los hospitales, por los laboratorios y por las demás oficinas del ejército, hasta mirar por sus ojos el rancho y comida de los soldados; en una palabra, trató y consiguió con su ejemplo y doctrina formar de todo su ejército un modelo de subordinación, disciplina militar, honor, valor y amor al orden, que le eternizarán en la memoria de los pueblos respeto y gratitud” (69). De una educación esmerada, era cultísimo en su trato, y es proverbial su galantería para con las damas: siendo conocido su pro-

(69) *Revista del Club Naval y Militar*, Buenos Aires, 1884, I, 142.

fundo respeto por la mujer en general, calidad no muy común en aquellas épocas de campañas continuadas. Hombre de mundo en toda la acepción de la palabra, tenía el raro dón de que todos se sintieran bien con él, desde el más humilde hasta el más encoquetado personaje. Con Rosas, en sus mocedades, había estrechado una íntima y cordialísima amistad, tuteándose recíprocamente; pero así que Rosas subió al poder, Pacheco jamás volvió a tutearlo, ni en su correspondencia ni en su trato, y siempre lo llamaba “señor gobernador”; era en esto de una exigencia tiránica — exageraba el respeto de los demás, para tener el derecho de ser a su vez respetado, — lo que explica el raro fenómeno de que, durante la época de Rosas, la personalidad de Pacheco haya sido quizá la única que no fuera manoseada. Tenía el general Pacheco una fisonomía simpática, si bien severa; jamás empleaba circunloquios, iba recto a su objeto, mandaba para ser obedecido sin réplica y al instante, pero su espíritu era abierto y su corazón noble; los viajes que en su juventud había hecho a la Habana, centro entonces de brillante sociedad, habían ensanchado sus horizontes, y su larga y dolorosa experiencia durante la guerra de la independencia y después en luchas oscuras, pero terribles, contra los indios del desierto, y en las no menos terribles contra las facciones partidistas alzadas en armas, habían dado a su espíritu un sello de profunda ecuanimidad y cumplimiento de su deber — en cuyo punto jamás transigió, — con la mayor benevolencia y humanidad posibles. Esclavo de su deber, entendió que no debía escusar sus servicios al gobierno de la patria; fué casi el único oficial superior de la independencia que puso en la balanza de las luchas civiles su espada, su lealtad y su saber, del lado de la confederación (70). “Quesada (Juan Isidro) —

(70) Es típico en este sentido el soneto a Pacheco que Rosas hizo publicar en la *Gaceta Mercantil*.

ha dicho un militar argentino (71), — como Mansilla, Pacheco, Rolón, Ravelo, Corvalán y tantos otros que fueron bravos guerreros de la independencia, sirvió al gobierno de Rosas nada más que cumpliendo su deber como militar, sin que su nombre haya sufrido en lo más mínimo, siendo siempre el soldado caballeresco y honrado como lo fuera en los tiempos de la independencia, a cuyos grandes y gloriosos recuerdos asoció su nombre”. Esa es la característica de Pacheco; de ahí que fuera respetado por adversarios y correligionarios.

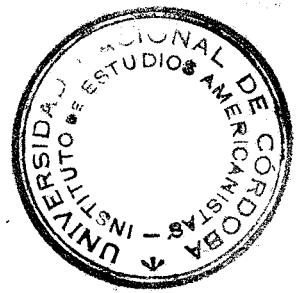
... Tal era el adversario con quien iba a medirse Lamadrid, y de cuyo encuentro dependía la suerte de la confederación, decidiendo finalmente si nuestro país sería unitario o federal.

El “presidente” Oribe, que mandaba en jefe el ejército nacional, por las razones de etiqueta internacional ya referidas (72),

Cual suele embravecido el Oceano
 Batir soberbio el escarpado muro,
 Que el hombre temeroso, y mal seguro,
 Oponer quiso a su poder en vano.
 Que al choque vigoroso y simultáneo
 De las olas contra el mármol duro,
 Destruye el edificio y en apuro
 Pone el discurso del ingenio humano.
 Así el bravo Pacheco, como Marte,
 Por doquier a la muerte va esparciendo,
 Hasta humillar el pérfido estandarte
 Que el salvaje unitario va siguiendo;
 Y el vencedor de anárquicas legiones,
 Hace inmortal su nombre y sus acciones.

(71) Juan M. Espora: El coronel Juan Isidro Quesada (Enciclopedia militar, III, 3).

(72) Pacheco a Rosas. Pabón, octubre 1 de 1840; J. Pablo López a Pacheco, octubre 14; Pacheco a Rosas: Monte de los Padres, octubre 21. (Cf. notas 32 a 34 cit., publ. en La Quincena, VI). Además: Rosas a Pacheco: Santos Lugares, octubre 18 de 1840; Pacheco a Rosas: Coronda, octubre 30 (Cf. nota 142, art.: El general Lamadrid y la campaña de 1841,



al recibo de las comunicaciones de Aldao pidiendo pronto auxilio, se dió cuenta de la gravedad de la situación.

En agosto se resuelve Oribe a dividir en dos su ejército y ordena a Pacheco marche contra Lamadrid, al frente de una división veterana (73). "No necesito ni debo hacer a V. E. —

publ. en *El Tiempo*). El texto de esos documentos, que explican la anomalía del mando del "presidente" Oribe, han sido publicados por vez primera, *ut supra*, y sus originales se encuentran en el archivo Pacheco.

(73) Los documentos oficiales inéditos que detallan los efectivos de esta división, se encuentran en el archivo Pacheco, vol. *Notas y documentos, 1841*, a foja 45. Están autorizados por el general Eugenio Garzón, jefe del estado mayor general del ejército unido de vanguardia de la Confederación Argentina, y llevan el V.º B.º del presidente Oribe. He aquí la composición del ejército confiado a Pacheco: a) plana mayor, general Pacheco; coronel, Francisco Lasala, jefe de E. M., y sus ayudantes; b) artillería: jefes y oficiales 6, tropa 108; c) infantería: 1.º batallón "Independencia": jefes 2, oficiales 16, tropa 400; 2.º batallón "Defensores": jefes 1, oficiales 21, tropa 356; 3.º batallón "Patricios": jefes 2, oficiales 25, tropa 302; 4.º batallón "Libres de Buenos Aires": jefes 2, oficiales 14, tropa 446; d) caballería: 1.º división del Sud: jefes 4, oficiales 43, tropa 700; 2.º escuadrón "Quiroga": jefes 9, oficiales 7, tropa 80; 3.º división "Flores": jefes 4, oficiales 32, tropa 452. Es decir, 15 jefes, 164 oficiales y 2844 soldados. La artillería se componía de 2 baterías: una de 3 piezas calibre de a 8, la otra de 4 piezas, calibre de a 4, provistas ambas de su atalaje y juego de armas; como munición para los cañones, se llevaban del calibre 8, 300 balas y 600 metrallas, y del de a 4, 298 balas y 60 metrallas; agréguese a eso 1440 estopines, 200 lanza-fuegos y 150 varas cuerda mecha. El parque mismo sólo llevaba 25 fusiles de repuesto y para el servicio de la infantería 2500 piedras de chispas y 80.000 tiros; para las tercerolas de la caballería, 2000 piedras y 24.000 tiros; es cierto que llevaba unos 400 pares completos de herraduras y otros objetos útiles de guerra. El sargento armero, Benigno Fernández, era mecánico hábil y llevaba a su disposición todas las herramientas necesarias y los juegos de armas y piezas de repuesto, abrazaderas, baquetas, tornillos, pasadores, etc. Tales fueron los elementos con que Pacheco se separó de Oribe, el 16 de agosto, en la Cruz del Eje.

decía Oribe a Pacheco (74) — más recomendaciones, sino manifestarle la esperanza fundada de que, bajo su dirección, aumentará esta tropa los días de gloria de la patria, y V. E. su nombre militar”. Y al general Aldao, le decía (75): que “Pacheco marchaba con órdenes terminantes para perseguir y destrozar a Lamadrid, donde quiera que lo encuentre”.

Pacheco se dió perfecta cuenta de la importancia de su misión. “El general en jefe — le escribía a Rosas — me ha autorizado para obrar con absoluta libertad, atendiendo a la distancia que debe separarnos y a los peligros que corren las comunicaciones; por primera vez me encuentro en esta campaña en actitud de responder a la confianza con que me honró V. E.” (76).

Llevaba a sus órdenes jefes prácticos: bastará citar, entre ellos, a Costa, Flores, Lasala, Granada, Rincón, Sosa y otros. En la división predominaba un pronunciado espíritu marcial, y las mismas canciones que se oían en el campamento, así lo demuestran (77). La marcha del ejército fué verdaderamente heroica.

(74) Oribe a Pacheco. Cruz del Eje, agosto 5 de 1841.

(75) Oribe a Aldao. Cruz del Eje, agosto 5 de 1841.

(76) Pacheco a Rosas. Ulape, agosto 30 de 1841.

(77) Son muchas las que existen publicadas en hoja suelta; otras hay inéditas. Entre éstas hay una (archivo Pacheco, vol. XIV), cuyos versos son bien malos, pero que parece fué la más en boga en el ejército. El coro comienza:

Federales, la patria o la tumba,
Es el grito que suena en la lid;
Pues que muera mil veces Lavalle,
Que perezca mil veces Madrid.

Se comprende fácilmente cuál es el temple de las estrofas. Hay una que tiene su interés, porque muestra cuáles eran los jefes más aclamados del ejército:

Estaban en tan mal estado las caballadas, que diariamente había que abandonar una cantidad de animales (78); las boyadas tenían tal flacura, que constantemente quedaba rezagado el parque (79); faltaba el ganado para la manutención del ejército (80); los baqueanos no servían, y sus cálculos eran tales, que no podía contarse de antemano con aguadas (81); era imposible reconocer el terreno y se marchaba a tientas (82), siendo así que se suponía que las fuerzas de Lamadrid dominaban en los llanos riojanos, y se temía un choque de un momento a otro.

El camino de la provincia de Córdoba a la Rioja lo obligaba a cruzar serranías y esos característicos eriales llamados "travesías". Era el desierto y los mil peligros de un país montañoso. Si hoy día son allí mismo desconocidas las carreteras, fácil es imaginarse lo que sería entonces, cuando no había caminos, sino senderos casi impracticables, que requerían "rastreadores" para

Con Pacheco, con Costa, con Flores,
 Con Lasala, Granada, Rincón,
 Quitaremos la vil opresión;
 Estos bravos guerreros, con Sosa,
 Y otros muchos de la división,
 A triunfar del salvaje nos llevan
 Y a dar lauro a la federación.

(78) Pacheco a Oribe. Soto, agosto 9: "En la primera jornada, han quedado más de 60 caballos cansados".

(79) Pacheco a Oribe. En marcha, agosto 9: "El parque, por la flacura de los bueyes y embarazos del camino, ahora que anochece aún no ha llegado a Soto".

(80) Pacheco a Etchegaray. En marcha, agosto 9.

(81) Pacheco a Flores. En marcha, agosto 9: "Necesito me diga con precisión la distancia que hay de la Tacanita a los Valdes del Milagro, porque unos me aseguran que no baja de 24 leguas, otros de 20." Mientras tanto, la verdadera distancia resulta ser de 8 a 9 leguas. Cf. Flores a Pacheco. Olta, agosto 11.

(82) Flores a Pacheco. Olta, agosto 9.

no extraviarse y perecer por la falta absoluta de agua. “La celeridad de mis marchas — dice Pacheco a Rosas — está en razón de seis cuabras por hora, por las dificultades de los desfiladeros montuosos y escabrosos de este país, que es preciso allanar y abrir a hacha con trabajadores, para facilitar el paso a las carretas y artillería”. Y agrega: “Mi caballería, en su mayor parte, va tirando los caballos, habiéndose dado otra dirección por el general Oribe a los 800 caballos gordos con que contaba, de las remesas de Buenos Aires”.

Pacheco no se arredró ante tantos inconvenientes: la intuición de que Oribe deseaba íntimamente su fracaso, le estimuló aun más. Los medios de conducción eran inadecuados, malos e insuficientes los de movilidad, los caminos eran desconocidos y resultaban impracticables por lo fragosos: la “impedimenta” del ejército era grande. En una palabra, la marcha era lentísima y, para un oficial como Pacheco, aquello era cometer una falta militar grave. Se decide entonces a sacrificar todo a la rapidez de su marcha, pues en acelerar ésta estribaba él la condición fundamental de la victoria: era sensible dejar a la tropa casi sin bagajes, pero las dificultades insuperables del transporte, por carretas de bueyes y arrias de mulas, imposibilitaban resolver el problema de otro modo, sobre todo en regiones que carecían en absoluto de caminos y, aun, de simples senderos...

“La morosidad de mi marcha — escribe a Oribe (83), — es debida: 1.º a los inconvenientes que han ofrecido los caminos a las carretas; 2.º a la falta de mulas, para llevar a lomo la carga...; pero a favor de haber distribuído parte de las municiones, dado dos raciones a la tropa; de cargar a lomo los armones y en carreta el resto de los artículos de entretenimiento — que tendré probablemente que abandonar — y devolviendo algo de lo pesado, he logrado aligerarme y poner la división en aptitud de poder marchar, aunque con medios mezquinos, sin tantos

(83) Pacheco a Oribe. Pichana, agosto 13.

embarazos". Esa actitud de Pacheco era diametralmente opuesta a la de Lamadrid en esos mismos días y, contra su costumbre, mientras Pacheco aligeraba su marcha, abandonando sin titubear lo pesado y llevando sólo lo indispensable, Lamadrid marchaba con una lentitud increíble, arreando a toda la población por delante y sin querer abandonar la carretas, los bagajes y mil cosas inútiles. El error de Lamadrid era evidente.

Sin perder un momento, Pacheco trazó su plan de campaña y se dirigió a Aldao — que mandaba en jefe el ejército de Cuyo, — diciéndole (84): "Si pudiese V. E. cerrarle (a Lamadrid) la entrada de las provincias de Cuyo, yo con mi columna, la de la provincia de Córdoba y las fuerzas que operan por la parte norte, que le obstruirán la salida para Tucumán y Catamarca, la posición de Lamadrid sería muy desastrosa, encerrado en un país estrecho y sin recursos de ningún género, ni la esperanza de obtenerlos, mientras, llegada la buena estación, nos pondríamos en una activa movilidad". Como se ve, Pacheco quería circunscribir la campaña a la provincia de la Rioja, acorralar allí a Lamadrid y deshacerlo en un combate final.

Las medidas adoptadas por Pacheco principiaron a dar sus frutos; pronto supo con precisión cuáles eran los movimientos y las fuerzas del enemigo (85), y las diversas fuerzas federales

(84) Pacheco a Aldao. **En marcha (Soto), agosto 10.**

(85) J. Patricio Llanos a Lucas Llanos. **Ambil, agosto 11:** "La fuerza de Madrid se halla en Nobeque, y Acha se ha marchado para San Juan, con 1000 hombres y dos cañones, siendo el día de hoy el plazo en que iba a entrar en San Juan. Peñaloza se encuentra en el potrero de Malanzán". Cf. L. Llanos a Flores: **Estancia, agosto 12.** Flores a Pacheco: **Olta, agosto 13,** etc. (Archivo cit., vol. correspondencia 1841, foja 65 adelante). Día a día se registran los partes de las avanzadas con noticias traídas por los hombres, y de la comparación entre las diversas versiones, podía deducirse lo exacto. No hay que olvidar que siempre ha sido difícil orientarse en la Rioja, durante las guerras civiles: "En los lla-

tomaron las posiciones señaladas, a saber: Aldao y Benavides, cerrando el paso de San Juan y Mendoza, al frente del ejército combinado de Cuyo; Lagos y Maza, con una división, impedían el regreso por Catamarca y, por lo tanto, la salida al norte; Pacheco avanzaba a su encuentro en plena Rioja (86).

¿Qué hacía entre tanto Lamadrid? Había emprendido su marcha llevando a Pacheco veinticinco días de ventaja, pues salió de Catamarca el 13 de julio. Su primer medida fué destacar con la vanguardia al general Acha, conocedor ya del terreno, y que ardía en deseos de vengar la derrota que allí mismo le había infligido, poco tiempo antes, “el fraile” Aldao. Con ese objeto, valiéndose de sus relaciones anteriores, Acha inundó a la Rioja de cartas, estimulando a los jefes influyentes de las pequeñas localidades a que se sublevaran e incorporaran a la invasión unitaria: esas cartas caían en poder de las partidas de Aldao, que seguían invisibles el avance de Acha y capturaban sus chasques; Aldao se apresuraba a remitirlas al gobierno de la confederación (87).

No era ya el Aldao tradicional: “la vejez — ha dicho un contemporáneo (88) — había gastado su energía y trocado aquel valor de probado granadero, que a todos espantaba en sus pri-

nos — dice Sarmiento: *Obras*, VII, pág. 325, — el patriotismo es como en el Sahara. El niño, la mujer, todos contestarán lo contrario de la verdad. ¿Por dónde va la división? Y le señalarán con la boca o con el pie: para allá. Se puede tomar a ciencia cierta el rumbo opuesto, si se quiere acertar”.

(86) Pacheco a Oribe. *Soto*, agosto 11.

(87) Aldao a Rosas. *Los Sauces*, julio 27. — Las cartas a que alude, son: Acha a Juan Ramón Roldán: *Rioja*, julio 11; Simeón Dávila al mismo: lugar y fecha *idem*.

(88) Vicente Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado* (Santiago, 1882, pág. 95).

meros tiempos, en la timidez de la más injustificable cobardía; temía le asesinasen y de todos a un tiempo desconfiaba". Pero a pesar de la decadencia que le producía su desgraciada embriaguez consuetudinaria, tenía sus momentos lúcidos, y en ellos recuperaba la famosa claridad de percepción y el buen sentido que lo caracterizaron en la guerra de la independencia, durante la campaña de la Sierra, en el Perú. Solo, frente a frente de un guerrillero audaz como Lamadrid, resolvió obrar con prudencia, hostigarlo sin cesar, retirarle los recursos así que avanzaba, para hacerlo alejar de su base de operaciones, cortar sus comunicaciones con la coalición del norte y atraerlo al corazón de la Rioja, para encerrarlo en un callejón sin salida. Lamadrid se enardecía persiguiendo a un enemigo que siempre se retiraba, y marchó de tal suerte, que a la semana de haber salido de Catamarca, entraba en la ciudad de la Rioja, evacuada por el siempre prudente Aldao.

A medida que avanzaba el ejército unitario, el pánico de las poblaciones aumentaba, al extremo de hacerle un completo vacío. "El ejército — ha dicho el general Paz — carecía de organización y disciplina; el desorden que hacía pesar sobre la provincia, podía al fin enagenarle voluntades y producir mayor explosión en sentido contrario al que debía desear. Algo de esto hubo, porque vimos pueblos en el interior que se habían levantado con unanimidad contra Rosas, vacilar después y hasta hostilizar a sus libertadores".

Lamadrid — como los demás jefes unitarios, con excepción del manco Paz, se había dado a imitar los procedimientos de los caudillos populares, creyendo hacerse así popular, — tenía por costumbre practicar el sistema de Artigas: vale decir, arrear por delante toda la población que encontraba, convirtiendo su campamento en un verdadero aduar. Las familias emigraban despaavoridas al sentir su aproximación. Con ese sistema pretendía el caudillo unitario proteger a las familias de sus partidarios y comprometer a las de sus adversarios, haciéndolas sospechosas; las hacía emigrar con haciendas y con todo, dejando el territorio

desierto (89). Sólo escapaban los que se refugiaban en lugares inaccesibles o se escondían en los montes.

Aldao había comprendido muy bien cuál era el lado débil de la cruzada unitaria, cuya impopularidad en las masas era evidente. Durante la primer campaña de la Rioja, llevada por Oribe de un lado y Aldao del otro, y que terminó por la fuga de Lavalle y la derrota y muerte de Brizuela, la deserción unitaria había sido, más que excesiva, escandalosa. Desde que se movió Lamadrid de Catamarca, el mismo fenómeno se produjo; la mejor táctica era, pues, evitar un encuentro formal y que las huestes unitarias se deshicieran solas. La masa de los cuerpos de Lamadrid se componían del paisanaje: y los gauchos siempre fueron federales, porque el partido unitario era el trasunto del viejo partido directorial, eminentemente urbano, exponente de las "clases decentes", de tradición aristocrática y conservadora, mientras que el partido federal se compuso de las poblaciones rurales y suburbanas, inconscientemente democráticas y siempre opuestas al régimen centralista de los gobiernos patrios de la primera época; los unitarios, sin embargo, nada aprendían ni olvidaban, parodiando una frase célebre, y creían, ilusos, que el país entero les respondía...

La deserción unitaria volvió a asumir proporciones estu-
pendas (90).

Sin embargo, Lamadrid no se desanima; envía al general Acha — que era su brazo derecho, y que había recibido sus despachos de general, extendidos por el gobierno de Tucumán — hasta la estancia del finado Brizuela, en Ampiza, con el batallón "Libertad", los coraceros de Alvarez y los escuadrones de Salta

(89) Llanos a Flores. Saladillo, agosto 15: "Las familias de todas estas costas las han hecho emigrar para San Juan, con haciendas y todo". Pacheco a Oribe. Catuna, agosto 19: "La fuerza de Madrid es como de 2000 y pico de hombres, entre viejos, niños y mujeres".

(90) Lamadrid: Memorias, II, 243.

y el Paz, junto con dos piezas de artillería. Su ejército quedaba así reducido a 1900 hombres, y con ellos se dedicó a rehacer y componer el material de transporte y el armamento.

Lamadrid se desesperaba. “Llegué el 22 a la Rioja — dice (91), — habiendo sufrido la desertión de treinta cívicos de Tucumán. El batallón “Libertad”, desde su llegada a Catamarca y en el camino a la Rioja, había sufrido ya una numerosa desertión; y los escuadrones de Salta, al mando del coronel Puch, habían experimentado alguna. Había ordenado al coronel Acha que desmontara dichos escuadrones y los destinara al “Libertad”, a consecuencia de haberse ido en una sola noche una partida crecida de salteños, y porque sería el único medio de evitar la desertión de aquéllos, pues de 300 hombres que salieron de Tucumán, no quedaban más que 140. La división jujeña se había disuelto de hecho”.

La situación, pues, se tornaba intolerable. La inacción en la ciudad de la Rioja aumentaba las pérdidas del ejército, y ni un solo hombre se les reunía. Los jefes subalternos principiaron a murmurar, y concluyeron por exigir a Lamadrid que regresase a Catamarca. Era, más que el fiasco, el ridículo. Duro trabajo costó al general unitario convencerlos que habían de continuar la campaña emprendida (92). “Retrocediendo — les dijo — somos perdidos, porque Aldao, que está a nuestra retaguardia con dobles fuerzas, conociendo nuestra debilidad, saldrá a estorbarnos el paso, dará aviso a Lagos y Maza y saldrán a esperarnos en la cumbre del Paclín. Oribe, que está a nuestra izquierda, se correrá también hacia Tucumán y no escapará ninguno de nosotros, porque no tenemos cómo ni a dónde: esto, contando con que nuestros soldados, después de conocer nuestra impotencia, quieran acompañarnos a retroceder, cuando no lo han hecho para

(91) Lamadrid: *Memorias*, II, 244.

(92) Lamadrid: *Memorias*, II, 245.

ir delante". El argumento era exacto; sólo una victoria podía salvar la imprudente cruzada unitaria.

Lamadrid decidió entonces jugar el todo por el todo. Ordenó resueltamente el avance sobre San Juan, fiando a su buena estrella el salir triunfante de un encuentro con el formidable ejército que mandaban Aldao y Benavides. En la terrible partida de ajedrez que jugaba, arriesgaba la reina — la flor y nata de su ejército, confiado a Acha, — amagando con ella un jaque audaz, al atacar de improviso el corazón mismo del contrario, a fin de desconcertarlo. Verdad es que no tenía elección: su juego era forzado.

La posición de Lamadrid era, en efecto, insostenible. Tenía cortadas sus comunicaciones con el norte: a un costado venían las fuerzas de Pacheco; al otro costado y a su frente, las de Aldao y Benavides. Se resuelve, pues, a invadir a Cuyo, como un recurso desesperado, para salir de aquella aventura a que se había lanzado con su habitual ligereza. Todavía no se convencía de que las ilusiones generosas, la sempiterna tergiversación de los hechos y las proclamas ampulosas, de poco servían ante la fría realidad. "La Rioja en estos momentos — ha confesado el mismo Lamadrid (93) — nada podía prometer, era un cadáver; la lucha desastrosa que acababa de sostener y las depredaciones de un enemigo irritado, habían convertido su suelo en un desierto, y este desierto mismo no era todavía libre. Su parte occidental es-

(93) Circular dirigida por Lamadrid, como "director de la coalición argentina del norte, general en jefe del 2.º ejército libertador", y refrendada por su secretario general Benjamín Villafañe, desde el Cuartel General (Pocito), agosto 28 de 1841. Es una nota oficial a todos los gobernadores de provincia, dándoles cuenta de su campaña hasta entonces, aprovechando de una imprenta tomada en San Juan; la circular fué impresa y acompañada sólo de una nota manuscrita de remisión. Hoja suelta de mi biblioteca, ejemplar rarísimo. Fué publicada además en Chile, en el número 579 de *El Araucano*.

taba toda ella sometida a la influencia de un ejército enemigo, el del general Aldao, que permanecía inmóvil en “Los Sauces”. En los llanos teníamos la amistad, los esfuerzos de los jefes veteranos Peñalosa y Baltar; pero ese departamento aun se hallaba oprimido por fuerzas enemigas. No hacía muchos días que el ejército de Pacheco lo había ocupado, y aun se veía amenazado por el retroceso de otra fuerte división. En la Rioja, en fin, todo se había disuelto, y hasta la fuerza moral estaba adormecida. La invasión a Cuyo sobre este cuadro de circunstancias, parecía un pensamiento quimérico; pero si se entreveían peligros de tanta gravedad, no eran menos serias las consideraciones que, retrocediendo, teníamos que arrostrar”.

Lamadrid había comprendido, aunque tarde, que se había aturdidamente metido en una ratonera. Con la soberbia audacia que lo caracterizaba, esperó salvar, sin darse cuenta clara de cómo; ideó atropellar las fuerzas que consideró más débiles, ocupar las ricas ciudades de San Juan y Mendoza, proveerse allí de todos los elementos de que carecía, sublevar las indiadas del sud — para lo cual contaba con el famoso cacique Baigorria — y entonces: o batir el ejército de Pacheco y volver triunfante sobre Córdoba, amenazando la retaguardia de Oribe; o correrse por el sur, para reaparecer en Buenos Aires y sorprender, por un audaz golpe de mano, al mismo Rosas, en el centro de sus recursos.

Y debe decirse que si Lamadrid hubiera sido el mismo de la famosa lucha con Quiroga, el plan habría tenido grandes probabilidades de éxito: *Audaces fortuna juvat*, dice el proverbio antiguo, y en este caso se cumplió de tal manera, que el éxito más inesperado coronó los primeros pasos del intrépido guerrillero unitario.

En efecto, el 29 de julio ordena Lamadrid al general Acha que, al mando de su división — la “legión Brizuela”, el “escuadrón General Paz” y el “batallón Libertad”, — se destaque rápidamente sobre la ciudad de San Juan, acelerando su marcha, tome

aquella plaza y aproveche el desconcierto del enemigo — al que tenía orden de flanquear, rehuendo cualquier encuentro — para remitir al grueso del ejército los elementos de movilidad, equipo y subsistencia, de que tanto carecía. Todavía el 1.º de agosto, al llegar a Tuscún, Lamadrid — desesperado por la falta de medios de movilidad adecuados — vuelve a reiterar a Acha la orden de acelerar sus marchas, a fin de munirse en San Juan de aquellos elementos de que carecía: “el ejército empezaba a sentir hambre — dice un riojano (94) — y la necesidad de ser auxiliado, era cada día más apremiadora”. La división Acha fué montada requiriendo los mejores caballos del ejército entero, y éste quedó inmovilizado, a la expectativa de aquella embestida audaz. Lamadrid quedó con 1500 y Acha llevó 900 hombres.

La desertión seguía haciendo sus estragos en las filas unitarias. Al poco andar, y antes de haber abandonado el territorio riojano, Acha había perdido un tercio de su efectivo. En tales circunstancias tuvo lugar su primer refriega con las fuerzas del “combinado” ejército de Aldao: la vanguardia de la división Acha se componía de 100 hombres de caballería y 50 infantes montados, a las órdenes del comandante Crisóstomo Alvarez, y al llegar al parage “Bajo del Gallo”, a más de 100 kilómetros al sur de la ciudad de Rioja, recibió de improviso una descarga a quemarropa, que puso en confusión a la caballería, haciéndola retroceder en desorden, aunque sin pronunciarse en derrota; “el oficial que mandaba los infantes y que, como buen riojano, conocía el terreno en que se encontraba—dice un coetáneo (95)— mandó echar pie a tierra y comenzó dentro del monte un fuego a discreción bien sostenido, lo que hizo reaccionar a la caballería: los comandantes Alvarez y Sardina ordenan el ataque y el enemigo lo inicia también, pero antes de cruzar lanzas, como sucede

(94) Reyes: *Bosquejo histórico de la Rioja*, pág. 613.

(95) Marcelino Reyes: *Bosquejo histórico de la provincia de la Rioja* (Buenos Aires, 1913), pág. 108.

por lo general en los combates de arma blanca, vino el desorden en sus filas y huyeron, quedando de ambas partes más de veinte muertos”.

Esa escaramuza no tenía importancia militar ni hizo detener el avance de los restantes 600 hombres de Acha, quien siguió a marchas forzadas en dirección a San Juan.

El gobierno de San Juan, al conocer el movimiento de aproximación de la vanguardia unitaria, destaca el 4 de agosto, con la caballería disponible, al coronel José María Oyuela, porteño, avencinado allí después de la campaña de Heredia contra Santa Cruz. Pero Oyuela, atemorizado ante el avance de Acha, corre a encerrarse con sus milicianos en Jachal, interponiendo cinco leguas entre él y la ciudad amenazada, que se convierte así en fácil presa. La resistencia no era posible; se le avisó a Benavides lo que pasaba, y se resolvió la evacuación de la ciudad. “Tan luego como el general Acha pisó los primeros departamentos de la campaña de San Juan — dice un testigo ocular (96), — una emigración en masa de los vecinos de la ciudad se internó dentro de los cordones exteriores de los Andes, temerosos unos de comprometerse en esa guerra de exterminio entre ambos partidos, y otros por su decidida adhesión a la santa causa de la federación, mientras que, al mismo tiempo, el gauchaje numeroso de esa misma campaña, muy devoto del caudillaje, alzabase en grupos en todas direcciones, guardándose de hallarse a regular distancia de la división de los invasores”. Este procedimiento fué el usual durante el cuarto de siglo de nuestras guerras civiles: las clases urbanas decentes, conservadoras, de abolengo aristocrático colonial, fueron así arruinándose poco a poco, perdiendo su influencia y arraigo, cuando no preferían emigrar al extranjero, cansadas de aquella existencia de constantes angustias: mientras tanto, las clases rurales y suburbanas, habituadas a perpetua movilidad, iban paulatinamente substituyéndose a las urbanas, rea-

(96) D. Hudson: *Recuerdos históricos*, II, 418.

lizándose así esa singularísima y afortunada evolución social que reemplazó el tipo aristocrático y unitario de la época colonial por el democrático y federal de la época subsiguiente.

La impopularidad de la causa unitaria era evidente para Acha, pero procedía como si se encontrara en país enemigo, pues el vacío a su derredor tenía que advertirle que Aldao había sido oportunamente avisado de su movimiento.

Efectivamente, Aldao vigilaba. Adivinó el movimiento unitario y comprendió que el éxito de la campaña dependía únicamente de cortar a Acha del resto del ejército y destruirlo. Por medio de un hábil movimiento de flanco, opera su incorporación con Benavides y marchan ambos sobre Acha.

Pero éste, corriéndose a su izquierda con suma rapidez, evita el temido encuentro, y aparece súbitamente en el Caucete, a siete leguas de la ciudad, el día 12 de agosto. En el acto envía una intimación en forma al gobernador provisorio Oyuela, en la que le dice estas proféticas palabras: “La guerra, si se dispara un solo tiro después de recibir ésta, es declarada por mí a muerte” (97). Oyuela prefiere retirarse, y entonces Acha, obedeciendo sus instrucciones y evitado el temido encuentro con Aldao, no perdió un instante: el 13 de agosto, a las 3 p. m., penetraba con felicidad en la ciudad de San Juan. Su entrada triunfal en la ciudad casi solitaria fué singularísima: “el sepulcral silencio, cerradas las puertas y ventanas, daba — al decir de un coetáneo — a ese pequeño grupo, estenuado por las forzadas marchas que había hecho, atravesando caminos enteramente desiertos,

(97) Acha a J. M. Oyuela. **Caucete, agosto 12.** Y le agrega: “Si Vd. quiere tener una entrevista conmigo, será mañana, cada uno al frente de sus fuerzas; pero es preciso que sea a inmediación de ese pueblo”. Esa carta — dice Larrain, **El país de Cuyo**, 197, — “cuyo tema, concepto y precisión de estilo, demostraba una resolución inquebrantable de vencer o morir, no dejaba lugar a juicios equívocos” ni a dilaciones que pudieran mejorar la situación extrema del gobierno de San Juan.

de extenso trayecto, sin auxilio ni recursos de ningún género, descalzo, hambriento, un aspecto verdaderamente desolador". Acha procedió como si se tratara de una ciudad conquistada, organizando un servicio militar estricto, con partes continuos de toda la línea; se encontraba, en efecto, sólo seguro del terreno que pisaba, porque las montoneras que lo perseguían sitiaban la ciudad, viéndolas aumentar constantemente y sin poderlas disolver ni impedir que saquearan las quintas, para alejar todos los recursos de subsistencia y movilidad. No se acobarda por esto el jefe invasor: cambia el gobierno, nombra gobernador al coronel Burgoa; reúne febrilmente caballos y haciendas, levanta contribuciones, acopia víveres y pareció prepararse a efectuar su reincorporación con Lamadrid. Hasta aquí, el éxito más feliz había coronado aquella atrevida operación.

Pero, fiado en su valor legendario, prefiere permanecer en la ciudad; y se puso metódicamente a reunir bueyes para el abasto de su división, y a montar a ésta en caballos y mulas de refresco, para lo cual se sacaron de las caballerizas de los habitantes del pueblo, todos los animales de estimación que tenían a pesebre. Vistió de nuevo a la mayor parte de la gente, la que, descansada, bien comida y bien montada, con sus armas bien relucientes, presentaba un aspecto formidable. La situación de Acha era excepcional — dice un historiador cuyano (98): — se hallaba en medio de un país enemigo y en vísperas de ser batido por un ejército numeroso; tenía que vencer a toda costa las dificultades que su arrojo le habían creado, lanzándose al centro del enemigo con una división que apenas bastaba para formar un remedo de línea de batalla: no le quedaba ni el triste recurso de retroceder, en lo que, por otra parte, jamás pensó.

La división de vanguardia, que mandaba Acha, se componía: a) batallón "Libertad", de 250 infantes, coronel Lorenzo

(98) Larrain: *El país de Cuyo*, 197.

Alvarez; b) legión Brizuela, de 200 ginetes, coronel Crisóstomo Alvarez; c) escuadrón Paz, de 140 ginetes, coronel Francisco Alvarez; d) artillería: 2 piezas y 39 soldados, jefes Quirno y Archondo (99). El jefe del estado mayor era el comandante Igarzábal. El núcleo de las fuerzas lo formaban las compañías salteñas que Acha había conducido a través de Santiago del Estero, a las órdenes de Solá; esos soldados eran aguerridos y tiradores de primer orden; a los cívicos del norte se les llamaba "los tirolese argentinos". El único inconveniente que tenían era que, ciegamente apegados a su terruño, les repugnaba que los llevaran a guerrillar lejos de sus valles y serranías, por lo cual desertaban constantemente en grupos más o menos numerosos. Esto explica cómo Acha, que se desprendió del grueso del ejército con 900 hombres, había perdido gran número de gente cuando llegó a San Juan, y tenía escasamente 600, no pudiendo reponer las bajas, porque nadie se incorporaba a sus filas, encontrándose en una provincia hostil a los unitarios (100).

(99) B. Villafañe: *Reminiscencias*, 190. Larrain, loc. cit., difiere de ese cálculo: asigna a Acha 520 hombres, sosteniendo que el escuadrón Paz estaba reducido a 40 ginetes y la sección artillería a 30 soldados. La diferencia sería insignificante en una acción de guerra del día de hoy; pero, tratándose de la batalla de Angaco, es indispensable precisar la cifra exacta; Villafañe, como secretario en campaña del ejército unitario, es el que está bien informado, pues sus datos concuerdan con las listas de revista del E. M. de Lamadrid.

(100) Debo observar, una vez más, que utilizo completamente mis propios estudios anteriores, basados en la documentación inédita del archivo del general Pacheco. Respecto de la materia del texto, a más de mi ya citado libro de 1893 y de la serie de monografías publicadas en nuestras grandes revistas, debe tenerse, sobre todo, en cuenta dos trabajos míos anteriores: E. Q.: *La batalla de Angaco* (en *La Biblioteca*, III), y E. Q.: *El general Mariano Acha y su odisea sanjuanina* (en *La Quincena*, VI). Excusado es decir que he controlado de nuevo la documentación y he modificado no poca parte de mi relación.

El ejército de Aldao y Benavides se acercaba, sin embargo, a marchas forzadas sobre la ciudad. Acha pudo haber escapado, convergiendo hacia el poniente. La facilidad de su primer éxito lo envaneció y despreció al adversario; ávido de gloria, deseoso de borrar su vergonzosa derrota de Machigasta, tiene la soberbia de avanzar al encuentro del enemigo. Tanta era la seguridad que tenía en el triunfo, que descuida dar aviso a su jefe; no toma precaución alguna para salvar los preciosos elementos acopiados y trata de alcanzar solo los laureles de la victoria, porque la rivalidad entre Acha y Lamadrid era conocida de todo el ejército (101).

Lamadrid, al dar cuenta oficial de estos sucesos a los gobiernos amigos de las provincias, es muy parco en sus apreciaciones. Dice al respecto, que la vanguardia al mando de Acha había ocupado la capital de San Juan el día 13 y se había montado perfectamente; acababa de reunir lo necesario para auxiliar al ejército, cuando apareció en las inmediaciones de la Punta del Monte "la división del general Benavides" (102). La "legión Brizuela", al mando del comandante Crisóstomo Alvarez, había salido en persecución del coronel Oyuela — el gobernador depuesto, — que huía en ese rumbo. Al llegar a aquel punto, se encontró con una y otra fuerza reunidas: ordenó la suya inmediatamente, las atacó y arrolló en todas direcciones. Un momento después se descubrieron los polvos del ejército de Aldao, que en masa se acercaba a protegerlos. El general Acha, que con su columna seguía los pasos de Alvarez, formó su línea y esperó (103).

Generoso se ha mostrado Lamadrid en esa exposición. Acha sabía por sus bomberos los movimientos enemigos, y es obvio

(101) Paz: *Memorias póstumas*, II, 455.

(102) Benavides llevaba sólo tres escuadrones de caballería y tres compañías de infantería. Cf. Aldao a Rosas: *Catuna*, agosto 24.

(103) Circular citada. *Pocito*, agosto 28.

que, si hubiera estado resuelto a evitar el encuentro, no sólo no habría destacado la columna de Alvarez — cuyo aturdido valor era proverbial — ni la habría seguido a corta distancia. Su propósito evidente era dar batalla al ejército de Aldao y Benavides, pero escogiendo deliberadamente el lugar del encuentro, que eligió en Angaco, donde podía esperar fresco al enemigo cansado, pues, para llegar éste allí, tenía que cruzar la travesía de treinta leguas, “acaso trasnochado, sediento y rendido por las fatigas de una marcha tan larga como penosa” (104). Sin duda creyó que le sería fácil derrotar primero solamente a Benavides y confiaba en el pánico que ese hecho produciría en las fuerzas de Aldao, para no tener más tarea que sablearlas. Lo que pasó con Alvarez era que el coronel Oyuela encontró a las fuerzas de Benavides en el campo de Daniel Marco, desmontadas y carneando, rendidas de hambre y cansancio: fué imposible hacerlas abandonar los fogones improvisados y disponerlas a la pelea, antes de que estuviera encima el grueso de la tropa de Acha, quien, aprovechando aquella ventaja singular, atacó y deshizo a Benavides, cuya gente se dispersó en todas direcciones, llevando a las filas de Aldao, que se aproximaba lentamente, la noticia magnificada de la sorpresa y consiguiente derrota.

Aldao continuó avanzando, fiado en la superioridad numérica de sus fuerzas. Acha, por otra parte, ensoberbecido con el éxito parcial, creyó que triunfaría fácilmente, tanto más cuanto que había tenido tiempo de posesionarse de la mejor localidad estratégica, para esperar al enemigo. Teniendo a su frente una ancha acequia de aguas corrientes, que sirve de matriz en el sistema de irrigación que siguen en la provincia para el cultivo de los prados artificiales de alfalfa, era aquella una especie de fortaleza natural, sin otra salida al llano que una estrecha lengua de tierra, formada por el ángulo de dos de esos canales que se aproximaban en un punto dado. Allí formó Acha su línea de

(104) Larrain: *El país de Cuyo*, 198.

las tres armas, colocando su infantería y artillería a vanguardia, casi en el borde del canal principal; sus alas las componían, a derecha e izquierda, los cuerpos de caballería. A sus espaldas, a cierta distancia, estaba el río que acababa de atravesar; más cerca, los cercos y alamedas de las fincas de aquel distrito, que hoy forma parte del departamento de Angaco Norte; a la derecha, los terrenos medanosos que se extienden hasta tocar con la sierra de Pié-Palo; a la izquierda, los despuntes y cajones de la sierra de Villicum; a su frente, las alamedas y montes de árboles que se internan en la región inculta de la travesía (105). Dispuso de todo el día 15 para distribuir sus fuerzas y elegir su posición, que multiplicaba la importancia de su división y lo ponía en condiciones de resistir con fácil éxito a fuerzas diez veces superiores. Despreció, pues, a Aldao y creyó vencerle.

Pero se equivocó. La batalla a que se le provocaba y que aceptaba con toda ligereza, era un encuentro serio. Aldao, como general en jefe del "ejército combinado", había destacado a Benavides con la vanguardia para atraer a Acha e impedir su escape. Venía a la cabeza de 2200 hombres (106). Acha, imprudentemente, sólo había sacado de la ciudad 500 escasos, estando los otros esparcidos, recogiendo ganado y otros recursos.

No podía ya retroceder Acha. Viéndose tan comprometido,

(105) Larrain: *El país de Cuyo*, 199.

(106) El ejército de Aldao tenía estas divisiones: a) infantería: batallón Cazadores federales, coronel Francisco Domingo Díaz (por muerte de su jefe Espinosa), 350 hombres; batallón Auxiliares de Mendoza, comandante N. Barrera, 350 hombres; b) artillería: 4 cañones, con dotación para 30 hombres por pieza: 120 hombres; c) caballería: regimiento núm. 2, Auxiliares de los Andes, coronel Juan Antonio Benavides, 477 hombres; regimiento Milicias de San Juan, coronel José M. Oyuela, 300 hombres; regimiento Auxiliares de Mendoza, comandante N. Vera, 350 hombres; regimiento Auxiliares de San Luis, coronel Pablo Lucero, 350 hombres. Total: 2297 hombres.

se decidió a aguardar a pie firme al enemigo, suponiéndole desmoralizado por la derrota de su vanguardia (107).

En el ejército federal, Aldao, a pesar de su calidad de general en jefe, no podía resistir a los reclamos de Benavides, quien, por ser gobernador de San Juan y encontrarse en territorio de su mando, alegaba su preferente derecho al mando, con arreglo a los pactos interprovinciales en vigencia. La cuestión se transó por un avance precipitado de la división de Benavides, fuerte de 400 hombres, sin sujetarse mucho a Aldao, de modo que en realidad el ejército federal entró en acción, por eso, en dos fracciones desiguales y sin conexión entre sí, lo que le hacía perder la ventaja de su superioridad numérica y aumentaba las probabilidades de éxito de la diminuta división unitaria.

Benavides se vió atacado, precipitadamente, a las ocho de la mañana, sin haber podido practicar previos reconocimientos del terreno, ni esperar nuevas órdenes de Aldao, tanto que a las 9 a. m. la acción se había trabado, mientras que el grueso del ejército federal venía aun marchando y no pensaba en tender línea de batalla. Enfurecido Aldao, hizo alto, y dejó solo en el entrevero a su rival. A pesar de los esfuerzos de Benavides, el verse obligado a arrojar sobre aquella acequia inexpugnable, lo obligó a retroceder; a las dos horas de iniciada la acción, el triunfo unitario era visible, pues más de la mitad de la gente de Benavides había sucumbido, y la mayor parte de sus oficiales, entre ellos el coronel José Manuel Espinosa (108); a mediodía, sus cuerpos, desbandados, corrían en diversas direcciones, dejando el campo libre a Aldao.

(107) *Diccionario biográfico nacional*, I, 6. "Acha contaba con 400 y tantos soldados, poco aguerridos..." También Sarmiento: *Obras*, VII, pág. 266. Esa versión es inexacta, y he explicado ya las causas del error: Acha tenía en San Juan una división de 610 hombres.

(108) "Que tan funestos recuerdos había dejado en San Juan". Conf. Larraín, *Compendio cit.*

Había éste tenido tiempo para estudiar la posición de Acha, y observó que las fuerzas de éste no se alejaban de su base de operaciones. El lugar del combate, conocido con el nombre de "Punta del Norte", departamento Angaco Norte, está situado a siete leguas de la ciudad y toma su nombre de la entrada o punta que forman las alamedas o montes de árboles que se internan en la región inculta de la travesía (109). La acequia grande que sirve aquel departamento, tiene más de seis varas de ancho, de borde a borde; pero, siendo el espacio ocupado por el agua sólo de tres a cuatro varas, resulta, pues, un foso muy profundo, y como sus bordes tienen filas tupidas de altos álamos carolinós, se convertía, por ende, en una trinchera ideal. Aldao había observado que los infantes de Benavides, al llegar a los álamos, no tuvieron más remedio que arrojarse al suelo y hacer fuego a boca de jarro sobre el enemigo, parapetado tras del borde opuesto y protegido por los tupidos álamos. Resolvió, entonces, distribuir sus fuerzas en sentido análogo, repartiendo su caballería a los costados para tratar de flanquear al contrario, y haciendo avanzar su infantería por el centro; esto lo exponía a pérdidas enormes, por la ventaja que le daba a sus enemigos su mejor artillería, pero no tenía otro plan posible.

El ejército de Aldao hizo, pues, dicha operación y, mucho más numeroso (110), destacó 600 ginetes para envolver y flan-

(109) N. Larrain: *Compendio de historia argentina* (Buenos Aires, 1883, pág. 214).

(110) El "ejército combinado" tenía cerca de 2300 hombres: 700 de infantería y 1400 de caballería: ésta venía mal montada, con animales cansados. Carecía de buena artillería, pues los 4 cañones que traía eran anticuados y de calibre inferior al de los de Acha, de manera que no desempeñaron apreciable papel en la batalla. No era tampoco fuerza veterana, sino una reunión de milicias poco disciplinadas. La división Acha, con ser la cuarta parte de la de Aldao, tenía la triple ventaja de estar descansada, bien montada, y de su artillería excelente, sin contar con los accidentes del terreno, que la favorecieron en extremo.

quear al enemigo, pues siempre la táctica de nuestras guerras civiles fué iniciar la acción con la caballería.

Apenas estuvieron las lanzas federales cerca de la línea unitaria, las dos alas de ésta se precipitaron sobre los que cargaban, los rechazaron y regresaron a su puesto. Volvió Aldao a efectuar una carga de caballería, esta vez por ambos costados, pero, mal emplazada su artillería, no podía apagar los fuegos de los cañones unitarios, que causaban estragos en sus filas. La caballería federal fué recibida a pie firme por las lanzas unitarias, y se produjo un entrevero horrible, que duró pocos momentos, volviendo grupas los ginetes de Aldao.

Este, con bastante ojo táctico, aprovechó el momento decisivo del entrevero y la consiguiente confusión que aquello producía en el campo de batalla: ordena al coronel Díaz que adelante al paso de trote con la infantería (111) contra el centro unitario, a fin de desbaratarlo y arrebatarse los cañones, reducidos por el instante a silencio, para no herir indistintamente a amigos y adversarios.

Acha — el “Bayardo del segundo ejército libertador”, — que demostró ser un oficial experto y de una serenidad admirable, preparó al choque a su famoso batallón “Libertad”. En esos momentos “tenía en la mano una varilla, con la que aparentaba jugar con el abandono de un niño, y, con su sonrisa habitual en los labios, les señalaba el enemigo, arengando a sus soldados con estas palabras, que tienen algo de sublime: “Pícaros, ahora vais a ver!” (112).

Volvió a tronar la artillería. Sin embargo, los batallones federales avanzaron bizarramente, sufriendo la metralla a quema-

(111) La infantería de Aldao se componía: a) batallón mendocino, 350 hombres, mayor Barrera; b) batallón sanjuanino, 350 hombres, coronel Francisco D. Díaz.

(112) Diccionario biográfico nacional, I, 6. Sarmiento: El general fray Félix Aldao (Obras, VII, 267).

ropa. Recién cuando tocaban casi los cañones se trabó el combate, pero furioso y encarnizado, a arma blanca, atropellándose recíprocamente ambas fuerzas a la bayoneta. Acha en persona cargó al frente de sus infantes; fué increíble el heroísmo desplegado por ambos lados, pero una lucha desigual: cuatro contra uno.

Acha habría sucumbido, seguramente, si en el ínterin el entrevero de las caballerías no se resuelve en favor de los unitarios y vuelven los escuadrones de Alvarez abandonando la persecución de los contrarios, para apoyar el centro de su línea, acuchillando por la espalda a los soldados federales.

La derrota de la infantería de Aldao era inevitable: su jefe ordena formar cuadro, y comienza la retirada. Acha la respetó; todos estaban estenuados, y el campo sembrado de cadáveres.

Eran las dos de la tarde y se peleaba sin descanso desde temprano. Hasta entonces, Acha había aprovechado solo en parte de las ventajas que le ofrecían los accidentes del terreno, a saber: una acequia profunda y una tupida alameda. Resuelve atrincherar su infantería tras de uno de sus bordes, haciéndola tenderse en tierra y apoyar los fusiles en el mismo borde de la acequia.

Aldao estaba furioso: principiaba a perder su sangre fría. No se resignaba a que se le escapara la presa; rehace precipitadamente sus batallones y los arroja a una nueva carga, sin esperar a reunir su caballería, que se había desbandado.

Ese fué su error capital. Es indudable que si reorganiza tranquilamente sus fuerzas, Acha no estaba en estado de impedirlo y habría podido entonces ultimarle con ventaja.

Los ginetes federales, a pesar de estar algo desmoralizados y de la confusión producida por la mezcla de los diversos cuerpos, embistieron denodadamente. De nuevo se produjo un reñido entrevero, que el valor insensato de Crisóstomo Alvarez, a pesar de haber recibido una grave herida, decidió a favor de los uni-

tarios. Esta vez la persecución se inició, pero Aldao protegía sus ginetes con los batallones de fusileros de la reserva, y las descargas de éstos hicieron replegarse a las legiones de Alvarez.

El campo de batalla presentaba en esos momentos un aspecto de confusión indescriptible: ambas caballerías, montadas a la usanza criolla — vale decir, en potros chúcaros, cuyos corcovos y cuyos saltos al oír la fusilería impedían a los ginetes manejarlos con seguridad — se veían disparando en todas direcciones, con los caballos desbocados y como enloquecidos con el estampido del cañón. ¿Quién triunfaba? En vez de una batalla de la época contemporánea, parecía aquel un encuentro medioeval; las lanzas mismas resultaron ser un estorbo, y aquellos gauchos improvisados de soldados, preferían terciarlas y pelear con el machete, que se asemejaba al facón tradicional. Silbaban centenares de boleadoras destinadas a derribar los ginetes contrarios, y el lazo más de una vez arrastraba a los oficiales poco prevenidos. Al cargar, los soldados atropellaban como si no se dieran cuenta del peligro, fiando el triunfo más en el empuje de la pechada, que en lo afilado de sus chuzas. Las “fantasías” árabes eran pálidas al lado de las proezas de aquellos centauros argentinos.

Aldao perdió entonces la cabeza; ordena al famoso comandante Rodríguez que cargue por la retaguardia enemiga, pero Acha, rápido como el rayo, presiente el movimiento: hace girar súbitamente a sus infantes, y éstos fusilan a quema-ropa a los ginetes enemigos. El mismo Rodríguez fué derribado de una bala en el vientre.

La confusión era en aquellos momentos general. Ambos ejércitos se rehacen, sin embargo, y se aprestan al esfuerzo supremo. El enardecimiento de la lucha era tal, que todos parecían enloquecidos. Así, se vió a dos oficiales, enemigos personales, que militaban en filas contrarias, reconocerse e injuriarse: se apostrofan y se retan a dueló, concluyendo por tomar cada uno un fusil del primer soldado que tiene a su lado y, haciendo fuego a la vez — a través de la estrechísima acequia, — dan en el blanco

y caen ambos bañados en su propia sangre. El mayor Melchor Aldao — sobrino del “fraile” — que ve muerta o deshecha su gente con que ataca la infantería de Acha, en su rabia y desesperación por la resistencia, espolea su caballo y salta la zanja, cayendo como un rayo en medio de la infantería enemiga: tanto arrojó despierta la admiración de todos, y se oyen gritos de “no maten a ese valiente”; pero era tarde, pues caballo y caballero cayeron ensartados en las bayonetas. Trifón Mujica — oficial subalterno del batallón Libertad — formaba parte de una compañía que recibió orden de cargar sobre el enemigo que franqueaba la acequia divisoria de los combatientes: el comandante de la compañía considera temeraria la orden e inútil el sacrificio, desobedeciéndola en consecuencia; Mujica sale entonces al frente de la compañía, recuerda a los soldados la santidad de la causa por que pelean, y apostrofando con dureza a su superior inmediato, concita a sus compañeros para arrojar a los atacantes y se lanza sobre el enemigo, pereciendo casi todos. . . En un entrevero de las caballerías, el general Benavides se encuentra con el ex gobernador de Córdoba, Francisco Alvarez, y ambos se toman en una especie de duelo heroico, ante los ojos de sus propios soldados (113).

Acha ya no podía resistir: toma sus disposiciones para jugar el todo por el todo, en una carga desesperada. Ambos ejércitos peleaban con insano furor, porque sabían que no se daba cuartel.

Además de las ventajas de su soberbia posición estratégica, tenía el jefe unitario la inapreciable de su serenidad y sangre fría. “Gran figura militar poseía el general Acha — dice un contemporáneo (114); — era completamente, en su aspecto, un caba-

(113) N. Larrain: *El país de Cuyo*, 202.

(114) Hudson: *Loc. cit.*, II, 420. “Acha — agrega N. Larrain, *El país de Cuyo*, p. 196 — era, físicamente, un hombre hermoso: de elevada estatura, de simpática presencia y de una apostura verdaderamente marcial:

llero de la edad media, no solamente por su continente de rasgos enérgicos, graves y de angulares formas, si que también por la severidad y digno aspecto que característicamente revestía. Vestía una blusa azul celeste, de paño; una gorra de larga manga, sin visera, tendida a la espalda, del mismo color; un pantalón ajustado, azul; calzando sobre él botas altas de becerro, del color natural, como salen de las fábricas de curtiembre de Tucumán; espuelas de plata, de sencilla forma; llevando su larga espada al cinto; en su ligera montura, pistolerías provistas, y, a la grupa, su manta de abrigo. Su rostro de tez blanca, tostado por el sol, larga barba de un subido rubio, confundían en la imaginación de aquel que le miraba con atención y estudio, la idea del prestigio, de la admiración, del tipo que designa el valor, la grandeza de alma, y del genio que revela la cualidad escasa de saber mandar y hacerse obedecer”.

En aquellos momentos estaba transfigurado; él mismo arengó a sus estenuados soldados, diciéndoles: “Ya lo sabéis, nuestros enemigos no dan cuartel al vencido; el hombre que cae en sus manos, es en el acto degollado; muramos, pues, si fuese menester, pero muramos peleando; vamos a dar una nueva carga y que sea la última, caiga quien caiga” (115). Aldao, sin querer dar descanso a sus tropas ni restablecer su línea, inicia a su vez otra carga endiablada. A mitad de camino ambas caballerías, lanzadas a todo galope, chocan terriblemente. Aquel fué el momento crítico.

Era tal la polvareda levantada por los encuentros sucesivos de la caballería, y tan denso el humo de las descargas constantes de la fusilería y de los cañones, que no se veía a pocos pasos de distancia y se confundían los uniformes de los combatientes.

sus distinguidos modales y su esmerado trato guardaban una armonía perfecta con su gallarda figura”.

(115) B. Villafañe: *Reminiscencias*.

Añádase a esto el calor sofocante de un día de fuego y la natural embriaguez producida por la pólvora, la gritería y la lucha cuerpo a cuerpo, y se comprenderá que los jefes no pudieron darse cuenta clara de la situación respectiva.

Aldao, ya ofuscado, conduce su diezmada infantería contra la de Acha: tropieza entonces con la acequia, pero ordena a los soldados que se arrojen al suelo, para no presentar impunemente un blanco fácil; hace que se arrastren por los pastizales hasta el mismo borde de la acequia, e imitando a sus contrarios, que coloquen sus fusiles sobre el borde de su lado. La distancia que separaba a los combatientes era de seis varas escasas. Se produce entonces un combate homérico: sólo se ven por ambos lados de la ancha y profunda acequia dos hileras de fusiles que vomitan fuego, con una tenacidad pasmosa. Apenas un soldado, para asegurar la puntería, levanta un poco la cabeza, cae acribillado a balazos y rueda su cuerpo al agua, que al poco rato comienza a enrojecerse y a llenarse de cadáveres de unos y otros (116).

Pocos ejemplos registra la historia de combate semejante, a pocos metros de distancia una línea de otra.

En tal situación, claro está que el triunfo debía corresponder al que tuviera desembarazada su caballería. ¿Cómo había sido el entrevero de ésta? Los federales habían tenido que ceder al empuje de los unitarios, mandados por Crisóstomo Alvarez, quien, con una vincha sujetándole el cabello y dando espantosos alaridos, parecía poseído del diablo mismo; tal era su bravura, su intrepidez, su coraje sin nombre. Aquella táctica india electrizaba a sus huestes, pues el salvaje alarido del jefe era repetido por todos los demás, “haciendo — dice un testigo presencial — espantosa armonía con el retumbamiento del suelo bajo el casco de los caballos”, con lo que se lograba desconcertar siempre a los cuerpos de línea. Arrollando los unitarios a los otros, los

(116) Larrain: *Compendio*, 215. “Los cadáveres cegaron pronto la acequia, sirviendo de fagina para pasar de un lado a otro”.

corren, los persiguen y, cuando el desbande era ya sin remedio, se para sobre sus estribos Alvarez, y con voz estentórea ordena media vuelta. Entonces, lanza en ristre, se arrojan esos ginetes, cubiertos de sangre y polvo, sobre la infantería federal, imposibilitada de moverse, pues si evoluciona para hacer frente al ataque, tiene que levantarse y caer víctima segura de los fusiles que la abrasan a pocos pasos de distancia.

El mayor Barrera, que mandaba la infantería federal, había recibido varias heridas, pero hizo frente al ataque desigual: sólo cuando no le quedaban más que 44 soldados en las filas, rindió sus armas.

Aldao había dado la señal de la derrota, huyendo a lomo de parejero, así que vió pronunciado el desbande de sus ginetes. Todo estaba perdido.

El combate había durado siete horas, y la sangre había corrido sin descansos desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde; costó la mitad de la tropa a la división de Acha, pero cayó en su poder todo, con los bagajes y poderosos elementos del ejército enemigo. “Aquella legión de demonios que capitaneaba el salvaje Acha” — al decir de uno de los jefes federales, — había quedado diezmada: su jefe mismo había tenido que cambiar sucesivamente, por tres veces, de caballo, pues le mataban el que montaba; Acha, al pasar revista a sus tropas, apenas pudo contar 280 hombres! (117).

(117) Sus pérdidas subieron, pues, a 170 hombres, mientras que las del enemigo ascendieron a 1000: diferencia explicable por la ventaja de la acequia y por la artillería. Solá, *loc. cit.*, p. 614, avalúa las pérdidas federales en 600 muertos y 500 prisioneros, lo que es erróneo, pues éstos apenas ascendieron a 157 hombres, habiendo sucumbido los otros infantes. Agrega aquél: “de la división libertadora sólo murieron 150 hombres, entre ellos el bravo sargento mayor Cabo; capitanes Domingo Archondo y Eustaquio Argüello; ayudantes Miguel Guerra, Hermógenes Barragán, Mariano Corro y Severo Pizarro”.

La batalla de Angaco es—relativamente—la más sangrienta de nuestras guerras civiles: honra tanto a vencidos como a vencedores. Aldao la perdió por su atropello y falta de sangre fría, a pesar de su enorme superioridad numérica. Sus pérdidas fueron terribles: 1000 cadáveres y 157 infantes prisioneros. Acha perdió 170 hombres, entre ellos el sargento mayor Cabo, capitanes Archondo y Argüello, ayudantes de guerra Barragán, Corro y Pizarro. La diferencia en las pérdidas respectivas la explica la artillería unitaria, que hizo a mansalva una carnicería espantosa en las filas federales, sobre todo en su caballería, que Aldao se empeñaba en hacer cargar en columnas de a dos en fondo (118).

El desastre federal fué completo. Benavides quedó inutilizado temprano, porque la acción había sido conducida por Aldao, en su calidad de general en jefe del “ejército combinado de Cuyo” (119). Apenas vió pérdida la batalla se retiró solo, montando un excelente caballo, en dirección al oeste, para llegar al departamento del Albardón y de allí dirigirse a San Juan, cuyas casas están a dos leguas de distancia. Era Benavides un hombre alto, del-

(118) Villafañe: *Reminiscencias*, 200.

(119) El “ejército combinado de Cuyo”, se componía: a) división sanjuanina, general Benavides; b) división mendocina, general Aldao; c) división puntana, coronel Lucero. En virtud de un convenio interprovincial, el general Aldao mandaba en jefe esas fuerzas, pero Benavides alegó siempre que, en el territorio de su provincia, a él, como gobernador, le correspondía dicho mando: cierto es que era ésta la práctica corriente en casos análogos, durante nuestras guerras civiles, pero Aldao argüía con que el mando en jefe le correspondía por pacto expreso, siempre que él se encontrara en el ejército. Evidentemente, estos celos de mando influyeron en el resultado adverso de la batalla de Angaco. Por eso se ve, al pronunciarse la derrota, que el “ejército combinado” se desarticula: Aldao, con sus mendocinos, se va por un lado; Lucero, con sus puntanos, por otro; Benavides, con sus sanjuaninos, se retiraba, “echando pestes contra Aldao, por las malas disposiciones tomadas para librar la batalla”. Conf. N. Larrain: *El país de Cuyo*, 201.

gado, sumamente pálido, pero muy sereno y muy valiente; su lanza famosa, que usaba terciada, inspiraba respeto. En su retirada, al llegar a la acequia grande del Albardón, antes de pasar el puente de los Alfaros, lo atropellaron dos soldados de Acha y pretendieron tomarlo: Benavides se defendió y ultimó a ambos, quedando de ese hecho, como recuerdo, dos cruces a la orilla del camino.

Benavides sabía que podía contar con la inmensa mayoría de la población: así fué que se dirigió con increíble sangre fría a la ciudad, donde penetró tranquilamente, rodeado de un grupo de partidarios, y, esparciendo la voz de que había triunfado de Acha y venía a reasumir el mando, ordenó que el obispo Sarmiento cantara un *Tedeum* en la catedral, y echó a vuelo las campanas de los templos. Mientras tanto, organizó partidas volantes que incorporaron a sus filas a todos los hombres de armas llevar, y esa noche fué a dormir tranquilo a su propia casa, de donde no se había movido su familia. Aquella estoica audacia revelaba el desdén con que miraba a Acha y sus fuerzas, pues éstas, dueñas del campo de batalla desde las 2 p. m., a siete leguas escasas de distancia, demostraron no saber aprovechar la victoria. Más aun todavía: al día siguiente, Benavides, que conocía la inacción de Acha por los bomberos, fué a la casa de gobierno como si nada sucediera, hizo por precaución cortar las acequias que conducían el agua a la ciudad, y a la una del día desfiló tranquilamente por las calles de la población asombrada, a la cabeza de la división que acababa de improvisar en pocas horas. Hizo saber que se dirigía a su cuartel general, establecido en el Pocito!

La verdad es que Benavides no consideró en el primer momento a la acción de Angaco como una derrota. Lejos de ello, apenas llegado a la ciudad de San Juan se apresuró a escribir al gobierno de Mendoza (120): "Ayer, a las 4.30 de la tarde.

(120) Benavides al gobernador de Mendoza. San Juan, agosto 17 de 1841.

salí en persecución de la mayor parte de las caballerías enemigas, y al ponerse el sol iba regresando para el campamento, y me dicen se han dispersado las fuerzas que quedaron peleando". Y agrega a continuación: "Sería bueno que usted me mandara algún auxilio de gente, como de 400 hombres. Si pueden traer artillería, sería mejor. El enemigo no tiene ya 200 hombres, porque todos se han dispersado".

Es curioso que la batalla de Angaco produjera en Acha la primera impresión de ser una derrota, y se encontrara casi solo, con su gente dispersa; como es igualmente singular que la misma batalla produjera en Benavides la impresión de ser un triunfo, al ver desbandado el enemigo, pero que pidiera auxilio por encontrarse casi solo, a causa de haberse dispersado la gente.

Unicamente Aldao fugó, convencido de la derrota, dándolo todo por perdido, huyendo por los llanos de la Rioja en dirección a Córdoba, para buscar la incorporación del ejército de Pacheco, que venía en marcha hacia Cuyo.

Así mismo, Acha no se daba cuenta del éxito de la jornada; "a la caída de la tarde — dice un coetáneo (121), — nadie sabía lo que los demás hacían: los infantes disparaban sus fusiles al frente, cada grupo de caballería de diez, veinte o treinta hombres, con oficiales o sin ellos, cargaba en todas direcciones. El polvo empieza a disiparse al fin, y Acha sabe, no sin un poco de sorpresa, que ha vencido". Esto es lo único que explica hasta cierto punto su posterior singular inacción de más de veinticuatro horas en el campo de batalla, sin replegarse sobre la ciudad, sin mandar aviso a Lamadrid, sin adoptar medida alguna. En el fondo, se consideraba derrotado y esperaba ser nuevamente atacado a cada instante. De ahí lo cómico de su situación: vencedor, que se cree vencido; Aldao, derrotado, esparciendo el pánico en su camino; Benavides, ocupando tranquilamente la ciudad y rehaciendo una división a pocas leguas del vencedor; éste, aislado, pierde un

(121) Sarmiento: *Obras*, VII, 267.

tiempo precioso y no sabe sacar el fruto de aquella suerte inesperada.

El honor de la jornada de Angaco corresponde a la bravura del batallón salteño. Es general la creencia, y Sarmiento la ha popularizado (122), de que allí se batió el batallón "Mayo", pero esto es inexacto. El mismo Lamadrid lo ha rectificado expresamente. "Verdad es — dice (123) — que había en Angaco unos cuantos jóvenes de ese distinguido batallón "Mayo", que habían ido de oficiales en el batallón de los valientes salteños que mandaba el denodado coronel Lorenzo Alvarez, y aun habían llevado las órdenes a Acha para que apurara su regreso, como Severo Pizarro y Eduardo Holmberg; mas los Alvarez no eran del batallón "Mayo", sino del "Paz", compuesto, como aquél, de jóvenes y ciudadanos decentes, y aun jefes y oficiales cordobeses que habían emigrado conmigo, cuando la última retirada de Córdoba, y hacían el servicio de soldados. Estos fueron los que se encontraron en esa gloriosa jornada".

Nunca obtuvieron los ejércitos unitarios un triunfo más grande ni más inesperado, y cuyas consecuencias pudieron ser gravísimas para la causa federal. "La batalla de Angaco — dice un prócer argentino — es un oasis de gloria en que el ánimo puede reposarse en medio de este desierto, sembrado de errores" (124). Y el general Paz califica a Angaco de "acción gloriosa que hace el más alto honor al valor, al patriotismo y la abnegación de los que en ella se encontraron: el triunfo, sobre ser en extremo honroso por la desproporción de las fuerzas, fué completo, porque las de Aldao quedaron batidas hasta ser pulverizadas" (125).

(122) Sarmiento: General fray José Félix Aldao.

(123) Cf. Comercio del Plata. Montevideo, septiembre 2 de 1850. Art. Rectificaciones a los apuntes biográficos de Aldao.

(124) Sarmiento: El general fray Félix Aldao. Cf. Obras completas, t. VII, 268.

(125) Paz: Memorias póstumas, II, 458.

La fortuna parecía sonreír a la causa unitaria. La soberbia de Acha, al desobedecer las órdenes perentorias de Lamadrid y buscar una batalla, le había proporcionado un triunfo espléndido, tanto por sus efectos morales como por sus resultados materiales. La prudencia más elemental exigía poner en el acto a salvo lo ganado, incorporarse a Lamadrid a marchas forzadas, remontar el ejército unitario con los pertrechos arrebatados al enemigo y justificar así la primera incorrección.

Desgraciadamente, Acha se mareó. Ni siquiera comunicó a Lamadrid su triunfo. La fatalidad perseguía a las fuerzas unitarias. Acha era antipático a Lamadrid; y, por su parte, aquél le retribuía cordialmente; las rivalidades de ambos jefes esterilizaron aquella victoria imprevista. Ni Lamadrid recibió noticia alguna de ella, ni los caballos — sin los cuales el ejército apenas podía moverse — ni ganado para alimentarse (126). Acha se contentó con replegarse a San Juan a gozar con la embriaguez del triunfo, a celebrarlo y olvidarse de... las represalias.

Esta actitud de Acha es realmente inconcebible en un militar serio; se conoce que no era sino uno de tantos sableadores de las luchas civiles, sin cabeza reposada, sin verdadera disciplina y sin darse cuenta de la trascendental importancia de su papel en ese instante. Su inacción desgraciada en el campo de batalla, después de terminada ésta, puede explicarse en las primeras horas por la confusión consiguiente, que le hizo creer que era el derrotado; pero es inexplicable que se dejara estar allí

(126) Díaz: *Historia civil y militar*, 265. "Al general Lamadrid debía sucederle con Acha, lo que a Lavalle le había acontecido con el mismo Lamadrid, quien en esta ocasión se encontró a pie y sin ganados, que Acha no quiso proporcionarle. Así se ve que Acha prescinde completamente de Lamadrid, siendo su jefe de vanguardia, sin participarle ninguna de las operaciones que empeñó por su cuenta. La más absoluta anarquía había sentado sus reales entre los enemigos de Rosas, y esto contribuyó a su completo triunfo".

cerca de veinticuatro horas, sin dar señales de vida; se había contentado con mandar a la ciudad los heridos. Cuando todos esperaban que mediante partidas sueltas hubiese recogido los elementos acopiados antes, y estuviera en marcha a reunirse con Lamadrid, que venía avanzando penosamente, casi a pie, sin tener que dar de comer a su gente y cuya ruta forzosamente pasaba por el lugar del combate, Acha, en vez de avanzar, retrocede y en la tarde del 17 penetra en la ciudad y, no contento con esto, sale por el lado opuesto a situar su campamento en la Chacarilla, a dos millas del pueblo! (127). Causa estupor conducta semejante; sabía ya Acha que la población le era hostil; no podía, pues, abrigar esperanzas de remonta ni de nuevos refuerzos; le informan que acaba de retirarse Benavides, y estaba acampado en el Pó-cito... y nada, nada. Ni un aviso a Lamadrid ni un movimiento inteligente! “En vez de buscar sin pérdida de tiempo la incorporación con Lamadrid — dice un coetáneo (128) — llevándole elementos de movilidad, de que tanto carecía éste y tan abundantes en San Juan, pierde lastimosamente los frutos de su doble victoria, festejando su triunfo”. Acha había perdido la cabeza; aquel desbarajuste decidió la suerte de toda la campaña.

Más aún. Lo único que se le ocurre hacer, después de instalar

(127) Esa era una finca de propiedad de la comunidad dominica de San Juan, situada en el distrito suburbano de Trinidad, al S. de la ciudad: se divide en potreros, cercados de tapia; hacia la parte de la ciudad, hay un potrero grande: allí fué alojada la fuerza de caballería, al mando accidental del comandante Sardina, por estar en la ciudad, muy mal herido, su jefe nato el coronel Crisóstomo Alvarez; con calle por medio, que corre de E. a O., hay otro potrero menor, que ocupó la infantería, al mando del mayor Plácido Agüero, por estar su jefe, Lorenzo Alvarez, de comisión en la ciudad; por último, en la parte media de la calle están las casas de la finca, conocidas con el nombre de “El atillo de la Chacarilla”: en este lugar se hallaba Acha con su reducido E. M. Conf. N. Larrain: *El país de Cuyo*, 203.

(128) Reyes: *Loc. cit.*, pág. 109.

su campamento en la Chacarilla, es descansar tranquilamente esa noche, y al día siguiente convocar al vecindario en la plaza principal “para elegir sus representantes a la legislatura y un gobierno provisorio”. Eso era lo que le preocupaba: la farsa de una elección semejante! Como el grueso de las fuerzas estaba en la Chacarilla, en la ciudad sólo puso en el “Principal” — nombre con que era conocida la antigua casa del Cabildo (129) — una guardia de veinticinco hombres, al mando del capitán Juan Ramón Segundo Balcarce, hijo del general; y teniente Leandro Martínez, hijo igualmente del general del mismo nombre. Mientras tanto, sus comunicaciones estaban cortadas: nada sabía del grueso del ejército y descuidaba vigilar el nuevo que formaba Benavides. De ahí, pues, que el día 18 diese puerta franca a la oficialidad, que dejó el campamento para pasearse en la ciudad. Allí la invitó a un suntuoso banquete el vecino Lima, y se sentaron a la mesa a las 3 p. m., después de terminado el simulacro de elección. Todo esto parece increíble...

¿Qué hacían, entre tanto, los jefes federales?

Aldao había huído vergonzosamente, y al comunicar a Rosas su derrota, tuvo buen cuidado de atribuir toda la culpa al general Benavides. “Este — dice en su parte oficial (130), — desconociendo su deber y la obligación que le impuse, apenas descubrió a los salvajes, que habían salido en número de 800 de las tres armas, se lanzó sobre ellos, y fué puesto en completa dispersión. En estas circunstancias arribé con el resto del ejército y fué necesario, antes que entrase el desaliento en los soldados, secundar un nuevo combate. Tuve la desgracia de ser rechazado y venir a buscar mi reconcentración con el ejército unido”. Rosas se contentó con responderle de una manera diplomática, hablándole largamente de otros asuntos (131). Oribe, sin embargo, apenas

(129) Larrain: *El país de Cuyo*, 203.

(130) Aldao a Rosas. *Catuna*, agosto 24.

(131) Rosas a Aldao. *Buenos Aires*, septiembre 5.

tuvo conocimiento del descalabro, escribe a Pacheco: “repito que usted debe tomar a todos respectos, en esos destinos, las medidas que juzgue convenientes e impartir sus órdenes para que la ejecuten” (132).

Mientras esas correspondencias iban y venían, y andaba huyendo Aldao, despavorido, por los llanos riojanos, los acontecimientos se sucedían en San Juan con rapidez suma.

Benavides no era hombre de abandonar así la partida: a raíz de la derrota de Angaco, se había dirigido al gobierno de Mendoza, pidiendo auxilios (133). Estos, por una rara coincidencia, venían preventivamente en camino; Benavides los encuentra el 17, se pone a su cabeza, vuelve intrépido sobre sus pasos y se lanza sobre Acha. “Este confió demasiado en los buenos resultados de su victoria — dice un escritor unitario (134) — y conocía poco la tenacidad de Benavides, que por primera vez era vencido, y debía buscar los medios de lavar la mancha que el 16 le había caído sobre su reputación militar”.

Las fuerzas que había logrado reunir Benavides eran 700 hombres, inclusive 100 infantes y cuatro piezas de artillería (135).

(132) Oribe a Pacheco. **Capilla de la Guardia, agosto 30.**

(133) Benavides al gobernador y capitán general de Mendoza. **San Juan, agosto 17.** El gobernador León Correas expidió una proclama al pueblo, al despachar el auxilio pedido. Conf. Hoja suelta de mi colección (proviene del archivo Calderón, ex-gobernador de San Luis). Había salido ya de Mendoza el coronel José Santos Ramírez, con 300 hombres, de los cuales sólo 70 eran infantes; llevaba además dos piezas de artillería; después de la proclama fué enviado otro coronel, Gorgón Ramírez, con 100 hombres, pero este refuerzo llegó a San Juan después de haberse rendido la plaza.

(134) Larrain: **Compendio cit.** Cuido de citar esta fuente, por ser sanjuanino el autor.

(135) Benavides, en efecto, había reunido 400 reclutas y dispersos, en el departamento de Desamparados; marchó con ellos al S., buscando la incorporación de las fuerzas mendocinas: el 17, a la noche, tropieza,

Acha "reposaba en esa fatal confianza que nunca debiera dar la victoria" (136). El momento que eligió Benavides fué decisivo; la caballería unitaria se encontraba dispersa en la ciudad; la mayor parte de la infantería, con el general Acha, estaba a trece cuadras de la plaza, entregada al placer de carnear una hacienda gorda que se acababa de traer. Sólo el comandante Lorenzo Alvarez, con una treintena de hombres, montaba la guardia en la ciudad. No había avanzadas, ni se había tomado la más elemental precaución de guerra.

La brillante oficialidad de Acha estaba sentada a la mesa del opíparo banquete con que la obsequiaba el vecino Lima, que se prolongó desmesuradamente, porque las calles de la ciudad estaban inhospitalarias, gracias al fuerte huracán del zonda, así llamado "por desembocar con toda impetuosidad espantosos torbellinos de tierra y arena, que obscurecen el sol y remolinean a manera de mangas por la quebrada del Zonda, que forman, entre muchas otras, los cordones exteriores de los Andes, sobre la hoya del abundoso río de San Juan, que nace en la misma cordillera; el fenómeno, con toda su fuerza, ostentaba ese día sus espesos nubarrones de un polvo cargado de greda calcinada y gruesa arena" (137).

en la Rinconada del Pocito, con los 300 hombres, de las tres armas, que venía trayendo el coronel José Santos Ramírez. J. S. Ramírez al ministro general de Mendoza. **Pocito, agosto 17 de 1841.** En esa comunicación, Ramírez da cifras distintas a las aducidas por mí en el texto, respecto de la batalla de Angaco; pero las mías se basan en documentos oficiales y particulares, contenidos en el archivo del general Pacheco, y controladas con las referencias unitarias más fidedignas. Conf. Hudson, *loc. cit.*; Villafañe, *loc. cit.* y Larrain, *loc. cit.*

(136) Circular de Lamadrid. **Pocito, agosto 28.**

(137) El viento zonda es muy general en agosto: su carácter borrasco y su impetuosidad levanta grandes nubes de tierra, que producen una nube artificial en pleno día, y arranca árboles de raíz y derriba casas que no tengan sus cimientos muy fuertes: los habitantes se

El campamento unitario, a cargo casi de sargentos, estaba a dos leguas de la ciudad, y a cinco escasas estaba el federal, situado en el Pocito. De las quintas de este lugar acostumbran ir y venir a la ciudad; el día del banquete un peón avisó, al sentarse a la mesa los invitados, que había dejado a Benavides en marcha sobre la ciudad. Nadie lo creyó, y el banquete continuó con grande algazara. Como a la hora, una mujer venida de aquel punto, pide entrar y comunica que Benavides corre a atacar el campo unitario. Tampoco fué creída; las libaciones eran ya tan abundantes, que a nadie se le ocurrió ni averiguar siquiera el grado de exactitud de aquellas denuncias... “Media hora faltaría para que el sol ocultara los elevados picos de nuestras montañas andinas — refiere un testigo ocular (138), — y varios tiros de fusil se dejaron oír, después de cañón, a la distancia hacia el sur, y se calculó luego, por todos los que los oían, que debían ser en la Chacarilla, en el acantonamiento de la división Acha. Salimos en el acto a los balcones de la casa de Cortínez. Muy luego vimos a los jefes y oficiales del E. M. subir a caballo a la puerta de la casa de Lima, y partir a gran galope en dirección a la Chacarilla, y al comandante Lorenzo Alvarez, capitán Juan Ramón Balcarce, teniente Leandro Martínez y otros oficiales, pasearse con agitación al frente del Cabildo. A pocos instantes, los piquetes de infantería que guarnecían otros puntos, llegaron al Principal y entonces, a pie, aquel valiente jefe marchó a su frente en la misma dirección. Algunos minutos más y el fuego de fusilería y cañón aumentaba y parecía que se aproximaba...”

Eso es lo que explica el por qué, al acercarse Benavides, en la tarde del día 18, la sorpresa fué tan absoluta. El impetuoso viento zonda que levantaba nubes de tierra, impedía a los uni-

encierran bajo llave, sin salir durante la borrasca, que produce una temperatura sofocante, sin embargo de venir de la región de las nieves. Conf. N. Larrain: *El país de Cuyo*, 205.

(138) Hudson: *Loc. cit.*, II, 432.

tarios darse cuenta del ataque de los federales, que cayeron sobre ellos a mansalva, produciendo un pánico y una confusión irresistibles (139). El campamento unitario, en efecto, estaba situado en los potreros alfalfados de la Chacarilla, los cuales, como todas las fincas de las provincias andinas, están cercados de muros de piedra. Benavides — experto conocedor del suelo y sabiendo, por sus fieles bomberos, que la oficialidad estaba de banquete en el pueblo y que Acha, con sus principales ayudantes, dormía en el caserío de la finca, después de haber carneado, mientras que los soldados también se habían entregado al descanso, churrasqueando en los fogones y con la caballada suelta en los alfalfares — aprovechó los densos torbellinos de tierra del huracán para llegar sin ser sentido a las tapias del citado potrero, abrir una ancha brecha en uno de sus ángulos y penetrar con su infantería y caballería, esparciendo la confusión y la muerte sobre la descuidada vanguardia. “Eran las 3 p. m. — dice un escritor cuyano (140) — cuando las tapias de los potreros comenzaron a coronarse de soldados, haciendo un fuego mortífero contra los desprevenidos infantes de Acha, mientras éstos corrían a tomar sus armas empabellonadas: los prisioneros aprovechaban el momento para pasarse a los suyos, tomando parte en seguida en la lucha a sable y bayoneta, que se trabó en el potrero cuerpo a cuerpo; después de la matanza, en una lucha desesperada y en que los soldados quedaban materialmente clavados por las bayonetas contra las tapias, los asaltantes salieron a la calle, repasando las paredes y dejando el campo sembrado de muertos y heridos. Las tropas de la defensa se hallaban al mando del capitán Máximo Vieira; la fuerza de caballería — que al mando de Sardina se hallaba en el potrero contiguo — fué completamente cortada, por lo que, después de las pérdidas sufridas, se reconcentró sobre la ciudad, buscando

(139) J. A. Pérez Cotapos a Aldao. **Mendoza, agosto 30.**

(140) Larrain: **El país de Cuyo, 207.**

el auxilio del piquete que estaba en el Principal: pero éste había sido batido". El pánico fué terrible: Benavides se había apoderado de los cañones y dirigía sus fuegos a los que venían de la ciudad. El desastre no tenía remedio. La lucha fué, sin embargo, atroz; se peleó cuerpo a cuerpo, pero sin organización, en grupos aislados. La matanza fué terrible, pereciendo los jefes más distinguidos; y, a las ocho de la noche, desbandada totalmente la caballería unitaria, perdida la esperanza de rehacerse la infantería, Acha — herido, con la cabeza vendada y su barba llena de sangre coagulada — se abrió paso sobre la ciudad con 100 hombres, única fuerza organizada que le quedaba de su brillante división (141): con esos 60 infantes y 40 ginetes desmontados — última reliquia de la vanguardia del ejército libertador — se dirigieron a la ciudad, junto con Acha, los oficiales Vieira, Agüero y Martínez, resueltos a abrirse paso a través de los enemigos; al llegar al puente del "Tapón" — donde desemboca una calle que viene de la plaza, — una lluvia de balas de fusil y tarros de metralla cayó sobre la pequeña columna, que perdió 28 hombres, siendo Acha herido nuevamente de refilón por una bala en el lado izquierdo de la cabeza, y muy gravemente en una pierna el mayor Vieira: no obstante, la columna avanzó, el puente fué tomado y muertos los que lo guarnecían, apoderándose de la pieza de artillería, que sirvió de ambulancia de Vieira, y Acha siguió a la cabeza de sus diezmadadas fuerzas, teniendo que pelear en todo el trayecto de diez cuadras que recorrió hasta llegar a la plaza... (142). Como se ve, tal desastre demuestra una

(141) Larrain: *Compendio*, 246. Los partes de la época lo hacen retirarse con 200 hombres y dos piezas de artillería. Hay en esto un error, porque las listas de revista del día 17 dan a la fuerza de Acha un efectivo de 280 hombres, y de éstos quedó buena parte en la ciudad, cuidando los heridos; descontando los muertos en la sorpresa del campamento, se ve que apenas pudo haberse retirado con un centenar de hombres.

(142) Larrain: *El país de Cuyo*, 207.

vez más la absoluta falta de disciplina y organización seria en las fuerzas de Acha: del punto de vista militar, es inexcusable esa actitud (143).

A pesar de la sorpresa, las fuerzas de Acha estaban ventajosamente situadas, ocupando las alturas y las posiciones estratégicas, donde tenía colocada una pieza. La tropa de Benavides cargó con denuedo, desplegando la infantería en tiradores. Al mismo tiempo, la policía montada mendocina, que mandaba el comandante Victoriano Domínguez, sableaba la caballería unitaria, dispersándola hasta las afueras de la ciudad.

En el entrevero pudieron libertarse casi todos los oficiales federales que tenía prisioneros Acha, y que guardaba entre su escolta. Como el ataque de Benavides tuvo lugar cuando aún estaban los unitarios entregados a las libaciones después de una copiosa comida, muchos soldados y oficiales estaban ébrios; a eso se debió que algunos de los prisioneros, como don Melchor Aldao Carpe, murieran peleando entre la gente de Acha. El chileno Rodríguez, brazo derecho de Aldao, que había caído prisionero en la batalla anterior, gracias a su herida en el vientre, pudo salvar, aún cuando no le habían extraído todavía la bala (144).

(143) Es verdad que Acha — conf. Larrain: *El país de Cuyo*, 205 — había confiado en una avanzada o partida descubridora, que mandó el escuadrón General Paz sobre el camino de Mendoza, la que volvió trayendo el parte "sin novedad": no se había movido de un lugar cercano, llamado Los Barriales... ¡Qué disciplina! Pero no es esto solo: a las 2 p. m. un niño leñador trae a la Chacarilla el terrible anuncio de que Benavides estaba próximo, con gente de Mendoza, pero Acha desatiende su dicho, a causa del reciente parte de la partida exploradora.

(144) Fué más feliz en esta ocasión que poco tiempo después, cuando en 1844 fué tomado otra vez prisionero por una partida de unitarios, incorporados a las tribus de Baigorria: herido de un balazo en la garganta, maniatado, pudo escapar gracias a un compatriota, y, desesperado por la fiebre y el dolor que le causaba la bala que se había alojado junto a la nuca, se dió con el puñal y a tientas un peligroso tajo, y corriendo

El epílogo de Angaco tomaba tintes trágicos. La defensa era punto menos que imposible; sin embargo, aún titubeó Acha en mandar aviso a Lamadrid, cuyo avance conocía y cuya proximidad era evidente...

No había perdido tiempo Benavides; formado exclusivamente en las guerras civiles, sabía que las bandas adventicias no se reponen de una sorpresa militar.

Los 300 mendocinos que, al mando del coronel Ramírez, encontró en camino, le habían servido de núcleo para organizar 400 dispersos del ejército derrotado. Comprendió el error fatal de Acha, quien, en vez de haberse dirigido apresuradamente al encuentro de Lamadrid, estaba en la ciudad entregado a fiestas y comilonas, so color de dar descanso a la tropa. Para Acha, la presencia de Benavides fué como un rayo en día sereno; lo tomó sin la menor precaución, infatuado en su triunfo y creyendo amilanados a sus contrarios (145).

Dos días había perdido ya desde que triunfara en Angaco, y antes de las cuarenta y ocho horas era sorprendido y deshecho totalmente por el enemigo, que suponía huyendo despavorido.

La presa estaba segura esta vez. Benavides era hombre sereno, y no podía contar Acha con las ventajas que la furia ciega de Aldao le había proporcionado. Las fuerzas sitiadoras ocuparon las cuatro tradicionales calles anchas que circundaban la vieja

con fuerza la mano de adelante para atrás: "Allá va esa moledera", dijo, viendo saltar por el pavimento una ensangrentada bala de onza, que llevaba aun adherido un pedazo de gordura de su robusto cuello. (V. Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado*, 124).

(145) Benavides — conf. N. Larrain: *El país de Cuyo*, 205 — se ocupó, desde luego, en dar un golpe de mano para lavar la mancha que en Angaco había caído sobre su reputación militar: era la primera vez que el caudillo sanjuanino había sido derrotado, y las condiciones en que este hecho se produjera, le llenaban de vergüenza, no para ocultarla en Mendoza, como creía Acha, sino para intentar una sorpresa que le rehabilitase.

ciudad: la alameda al este, y las otras tres al norte, sur y oeste; además, ocuparon la calle Buenos Aires, en cuya esquina con la de Tucumán, en el rincón conocido por "puente de piedra", situaron dos piezas de artillería que enfilaban el edificio de la Matriz, centro y corazón de la desesperada defensa de Acha. El cerco de la ciudad fué metódicamente organizado, pasando el día 19 en escaramuzas y guerrillas.

Uno de estos encuentros fué particularmente sensible a los unitarios, porque perdieron dos oficiales distinguidos: Balcarce y Martínez, hijos de generales de la independencia.

Habiendo quedado cortados los cantones en la tarde de la retirada, los oficiales Holmberg y Burgoa pudieron escapar, y se reunieron al comandante Igarzábal y los oficiales Gordillo y Díaz Vélez, que se extraviaron en la Chacarilla, y, como estaban bien montados, ese mismo día 19 de agosto, a las 3 p. m., pudieron incorporarse a Lamadrid, cuyo ejército venía en marcha sobre San Juan. La llegada de esos oficiales al ejército unitario fué dramática; un testigo ocular ha conservado la impresión de terrible sorpresa que causara (146). "Lo curioso es que aquella tarde — dice el secretario militar de Lamadrid, — marchábamos a pie al frente de la columna el general y yo, llevando de la brida nuestros caballos. De vez en cuando oíamos a nuestra espalda gritos como este: "¡Hambre! ¡Hambre! ¡Empanadas, arroz con leche, ricos matambres, carne con cuero!" Evocabanse esas imágenes y otras semejantes, como quien insultara al dolor con marcado despecho. Confieso que mi alma iba traspasada y que llegué a temer apareciera de repente una especie de sálvese quien pueda! El general caminaba silencioso y triste. Quise saber lo que por él pasaba, y me aventuré a dirigirle estas palabras: "¿Dónde estaba usted, general, cuando se dió la batalla de Ayacucho?" Después de un momento, que se prolongó demasiado, me contestó: "Déjeme por ahora; estoy componiendo una vida-

(146) Villafañe: *Reminiscencias*, 195.

lita!"... Al oír esta salida, se me ocurrió un extraño pensamiento: ¿es el general o soy yo quien está loco? Cuando uno de los oficiales al servicio de nuestras partidas avanzadas, se presentó: pidió al general le escuchara una palabra aparte. "¿Qué ocurre?" dijo Lamadrid. A lo que contestó: "La división que partió con el general Acha ha desaparecido". "¿Ha desaparecido?" "Sí, señor: se han salvado apenas treinta o cuarenta hombres, que he hecho detener en la vanguardia..." Lamadrid siguió componiendo su vidalita: pronto se verá qué medidas urgentes adoptó en presencia de esta noticia.

En el ínterin, seguían incorporándose a Benavides las partidas dispersas de los derrotados de Angaco: el coronel Lucero, con la división puntana — los "Auxiliares de San Luis" — llegó esa noche, y se dispuso un ataque general para el siguiente día. Las fuerzas unitarias resultaron triunfantes, gracias a su artillería, colocada en la plaza y que enfilaba las calles, causando estragos en la caballería federal. Benavides no podía hacer uso eficaz de la suya, por haber perdido una pieza el 18 y por habersele torcido otra; no le quedaban más que dos, que economizaba como último recurso.

Acha había organizado vigorosamente la defensa. Además del cuadro de infantería que con él se retiró de la "Chacarilla", contaba con los restos del "Libertad", una de cuyas compañías, al mando de Lorenzo Alvarez, había quedado organizada para patrullar la ciudad, cuidar la artillería y guardar los numerosos prisioneros de Angaco. Logró además montar un escuadrón que puso a las órdenes del ex gobernador de Córdoba, José F. Alvarez. El heroico Crisóstomo Alvarez estaba en cama, imposibilitado de moverse, pues su herida en el talón, recibida en Angaco, lo ponía fuera de combate; su falta en aquellos momentos equivalía a un regimiento entero, pues por razón de ser algo alocado — basta ver su retrato, con aquellos bigotes imposibles, "a la bárbara", — era de una bravura insensata y contagiosa.

El combate del 19 costó sensibles pérdidas a Acha. Como

Benavides estrechase más y más el cerco, los comandantes Lorenzo y Francisco Alvarez — encargados en la ciudad de redactar el parte de la batalla de Angaco — corrieron con algunos oficiales y el piquete del Principal, en auxilio de las patrullas avanzadas; una fuerza enemiga les cerró el paso, ocasionándoles algunas pérdidas e hiriendo al teniente Leandro Martínez, que cayó moribundo en tierra, no sin suplicar a su jefe que no lo abandonara en plena calle: “Lorenzo Alvarez — le contesta — no abandona a los valientes”; y, uniendo el hecho a la palabra, marcha con el herido a cuestas... (147). Los dos Alvarez sucumbieron denodadamente; al rechazar una carga, la persecución los hizo doblar una calle por la cual avanzaba un pelotón de infantería federal, llevando un cañón con la mecha encendida; el ex gobernador Alvarez dió entonces orden a sus soldados — era un piquete de diez y siete hombres — de ocupar ambas aceras y correr, bayoneta calada, sobre el enemigo; en cuanto a él y al comandante Lorenzo Alvarez, que iba a su lado, no quisieron abandonar el centro de la calle y, corriendo espada en mano, iban exhortando a los suyos. “A punto de llegar sobre la fuerza que les saliera al paso, partió un cañonazo a metralla, que derribó a ambos jefes: Lorenzo tuvo tiempo todavía para arrancarse la gorra que llevaba y arrojarla al aire gritando: ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!” (148).

Además, durante el entrevero, fué imposible mantener la custodia del último resto de la infantería de Aldao, prisionera de Angaco: el resultado fué que, viéndose libre, corrió aquélla a engrosar las filas de Benavides.

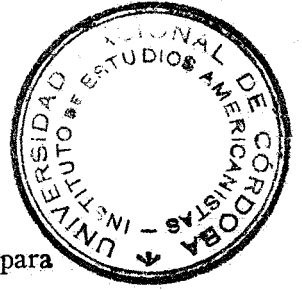
Cuando Benavides iba a iniciar el ataque del día 20, recordando que su familia había quedado en la ciudad, en la casa situada a corta distancia de la iglesia catedral, temió por su suerte en el combate, pues era imposible evitar que sus tropas hicie-

(147) Larrain: *El país de Cuyo*, 208.

(148) V. Villafañe: *Reminiscencias*, loc. cit.

ran fuego sobre la casa y, además, nadie le aseguraba que los mismos sitiados no quisieran intimidarlo haciendo correr a su familia especial riesgo. Por eso, en la mañana del 20, y desde la calle ancha del sud, donde se encontraba con sus tropas, dirige una curiosa intimación a Acha: digo “curiosa”, porque lo llama “comandante de las fuerzas disidentes, *semisalvaje*”. En ella le decía: “El infrascripto se halla en el deber de intimar a Vd. rendición de armas a discreción, proponiéndole por garantía salvarle la vida lo mismo que a sus oficiales y tropa, bien entendido que si no se verifica hasta la noche del día de mañana, se hará Vd. indigno de toda consideración y deferencia, pues se halla decididamente resuelto a descargar sobre su cabeza todo el rigor de las armas federales hasta dejarlo reducido a escombros, con la miserable fuerza que lo acompaña; no abuse Vd. de hallarse situado en el centro del pueblo para no acceder a lo que se le propone, porque nada respetará el infrascripto si su obstinación trata de sacrificar más víctimas”. Al mismo tiempo que le remitía esa nota oficial, le escribía particularmente, dirigiéndose esta vez al “señor general”: “Al usar la política de girar a Vd. la adjunta nota, no tiene más objeto que corresponder a las consideraciones que ha dispensado a mi familia, pues si no fuese agradecido omitiría tocar este medio, en obsequio suyo”. Acha, sin titubear, contesta la nota oficial en estos términos: principia —respondiendo así al calificativo de “semisalvaje”— por dirigirse al “jefe de las fuerzas de los esclavos”, y agrega: “el que firma ha recibido la carta de Vd., fecha 20, y tiene el gusto de contestarla diciéndole que puede Vd. disponer su ataque a la hora que guste, seguro que las fuerzas de mi mando no se rinden”; y en cuanto a la carta particular, lo hace en estos términos, que le honran en alto grado: “en favor de su familia no he tenido de hacer nada; quisiera que su señora me hubiese ocupado en algo, pues los jefes del ejército libertador no toman jamás venganza contra las familias de los que se manifiestan enemigos”.

Nada, pues, había que hacer. El combate tuvo lugar ese



día 20, con el resultado que acaba de verse: sólo quedaba para Acha, en caso que Lamadrid no lo socorriese, sucumbir.

Ahora bien; el día antes — 19 de agosto — se habían incorporado al ejército de Lamadrid el comandante Igarzábal, con los dispersos de la sorpresa de la Chacarilla, de modo que el caudillo unitario sabía perfectamente cuál era la crítica situación de Acha. Se encontraba a dos pasos de San Juan: cierto es que sus elementos de movilidad eran malos, debido a la incuria misma de Acha, pero es inexplicable la lentitud de las marchas del que en otra época era legendario por la rapidez inconcebible con que caía sobre el enemigo. Y en este caso se trataba de salvar su vanguardia!

El día 21, Benavides tuvo noticias de la aproximación de Lamadrid, que había destacado al comandante Sardina hasta la Punta del Monte en observación; era, pues, necesario vencer antes, o, de lo contrario, retirarse nuevamente derrotado. El caudillo sanjuanino sabía que le quedaban a Acha escasamente 100 hombres, pero estaban en posiciones casi inexpugnables, reconcentrados en la plaza principal, dominando con sus cañones las calles de acceso, y fortificados en cantones en las azoteas de los edificios más altos: en el Cabildo y en la torre de la iglesia Matriz.

Durante todo ese día, los ataques se sucedieron constantemente, y con igual constancia era rechazado Benavides. "Acha, establecido su principal cantón, con solo infantería, en las torres y techos de la catedral, punto elevado y dominante en el ángulo NO. de la plaza, respondía a los fuegos que le hacían los de afuera desde la torre de San Agustín, a menos de una cuadra en línea diagonal. El cañón enemigo, a bala rasa, tiraba sobre los piquetes que defendían las cuatro bocacalles de la plaza. Aun se conservan en las murallas exteriores de la casa de policía, las señales que dejaban en ella, pasando de través, esos proyectiles. Acha se sostenía con valor, vigilando en persona, solo, día y noche, sin descanso, uno tras otro, cada uno de los puntos de

su defensa, ocurriendo denodado a donde era mayor el peligro, y donde un asalto podría lograr con buen éxito el enemigo" (149). Benavides lograba, sin embargo, hacer numerosas bajas a los defensores de la plaza, mientras sus filas aumentaban continuamente con la incorporación de los dispersos de la batalla. La situación habría podido prolongarse más, y dar tiempo a Lamadrid para llegar y obligar a levantar el sitio. Pero era visible que disminuían las municiones de los sitiados: las descargas eran más intermitentes; los víveres mismos empezaban a escasear. Además, la situación de Acha era desesperada: su centenar de hombres estaba exhausto, no tenía ya fuerza alguna de caballería, no podía soñar en intentar salida alguna de la plaza. El caso era perdido: se sostenían los sitiados únicamente en la esperanza del deseado avance de Lamadrid.

Acha ignoraba que sus dispersos se habían incorporado a Lamadrid, y que éste tuvo noticia de la sorpresa del 18, a las 3 p. m. del 19. Creía que ignoraba su crítica situación y se decidió a enviarle un aviso desesperado. Un joven Aguilar se prestó a servirle de mensajero, y Acha le dió estas palabras como credencial: "Me sostengo. Acha". El día 21, a la tarde, salió Aguilar de la plaza sitiada, y Lamadrid confiesa haber recibido el aviso el 22 por la noche!

El 22 logró Benavides dominar el fuego de algunos cantones; poco a poco la fuerza unitaria tuvo que replegarse, los federales pudieron posesionarse de varias azoteas que barrían la plaza. No tuvo Acha más remedio, previó un consejo de guerra con el mayor Agüero, capitán Viera y teniente Martínez, que reconcentrar sus fuerzas en las torres de la Catedral.

Se acercaba el principio del fin. Ya se oía el estampido del cañón de Lamadrid, que anunciaba su llegada, e incitaba a los sobrevivientes de esa "semana negra", a perseverar una hora más. Por fin, el mayor Gallardo, a la cabeza de 24 infantes, y el te-

(149) Hudson: *Loc. cit.*, 436.

niente Moreno, con 40 ginetes, penetran en la plaza y se apoderan de los cañones unitarios, que Acha no tuvo tiempo de clavar. Benavides le hace intimar rendición por medio del coronel Ramírez (150), pero ante la contestación soberbia del jefe unitario, hizo enfilear los cañones contra la iglesia y principió a derribar la torre.

Habría sido entonces insensatez el no rendirse. Acha levantó la bandera de parlamento; pero al oficial que le pedía su espada, dijo: "Vuelva Vd. donde está su superior y dígame de mi parte que si Mariano Acha ha sido vencido, en la derrota no ha perdido ni su rango ni su dignidad, y que su espada no será entregada sino a su igual" (151). La capitulación fué, pues, hecha con el coronel Ramírez, pero, defiriendo al pedido del vencido, vino Benavides en persona, subió a la torre, donde se hallaba Acha, recibió su espada, lo tomó del brazo y lo condujo a su propia casa. La familia de Benavides, en efecto, no se había movido de la ciudad durante estos acontecimientos y había sido respetada por Acha. Este quedó preso en la propia casa del vencedor. Junto con el general Acha cayeron prisioneros el coronel Crisóstomo Alvarez — postrado en cama, — los comandantes Ciriaco Lamadrid, el hijo mimado del caudillo militar, y Rufino Ortega, padre del actual general del mismo nombre. Además, el mayor Plácido Agüero, 6 capitanes, 4 ayudantes, 3 tenientes, 3 alféreces, Manuel J. Díaz y cerca de 100 hombres de tropa, de las tres armas (152).

(150) Ramírez al gobernador y capitán general de Mendoza. Suburbios de la ciudad de San Juan, agosto 21. Ya el día anterior se le había intimado rendición a Acha, pero infructuosamente.

(151) Larrain: Compendio cit. Cf. Saldías: Historia de la Confederación, III, 302.

(152) Los jefes y oficiales prisioneros fueron: general Mariano Acha, comandante Rufino Ortega, mayores Plácido Agüero y Ciriaco Lamadrid; seis capitanes, cuatro ayudantes, tres tenientes, tres alféreces y Manuel

El general Lamadrid, en la circular a los gobernadores de provincia, fechada en "El Pocito", en agosto 28, explica así esos sucesos: "El día 18 a la tarde, aquel pequeño círculo de gigantes, fué de repente invadido por una división que llegaba de Mendoza, en protección de Aldao. El general Benavides la había encontrado en su fuga, y volvió con ella sobre sus incautos vencedores... El 23 arribó el ejército a la "Punta del Monte", estenuado de fatiga, a pie, hambriento y abrasado de una sed inaguantable. Durante tres días había soportado una marcha precipitada, sin comer, sin beber, pues se habían consumido ya hasta los pocos burros y mulas destinados a aplacar el hambre algunos días. El 24 estuvieron a orillas de la capital, se presentaron algunos escuadrones enemigos, que desaparecieron al primer amago. A mediodía atravesamos por medio de una ciudad desierta; el enemigo había castigado severamente a los ciudadanos que, en el día del triunfo, no supieron contener su alegría".

Tal fué la acción de San Juan, perdida por Acha, debido a su incalificable falta de disciplina y a los celos personales con Lamadrid. Como jefe subalterno, la conducta de Acha no tiene nombre, y el general Paz (153), no encuentra motes bastantes para calificarla.

Pero... ¿y Lamadrid? Los hechos lo acusan de una manera tremenda. "Serían las tres de la tarde del 19 — dice el mismo (154), — cuando se me presentó el comandante Igarzábal, de

J. Frías. Los jefes y oficiales que murieron eran: jefes, Lorenzo Alvarez, Francisco Alvarez, Eustaquio Argüello y N. Cobos; oficiales: Domingo Archondo, N. Juárez, Leandro Grimau, Leandro Martínez, Hermógenes Barragán, N. Deheza, Manuel Guerra, José Bernales, Mariano Corro y Pedro Pérez. Conf. Larrain: *El país de Cuyo*, 209.

(153) *Memorias póstumas*, II, 469.

(154) Lamadrid: *Memorias*, I. Al contestar al caudillo unitario las acusaciones que le dirigiera Paz, dijo (*Observaciones sobre las Memorias póstumas*. Buenos Aires, 1855, pág. 395): "Acha tuvo la imprudencia de

la vanguardia, con al noticia de haber sido sorprendido Acha el 18". Luego, pues, resulta que Lamadrid estaba a menos de veinticuatro horas de donde se encontraba Acha. "Ordené — agrega — al coronel Sardina que se adelantara hacia la "Punta del Monte" para observar los movimientos del enemigo... Había disparado un cañonazo con la pieza de a 8, bien atacada, para que sirviese de aviso al general Acha de nuestra aproximación". Eso pasó en la noche del 20, de modo que había perdido ya un día y medio desde que recibió el aviso de la sorpresa. Más todavía. Lamadrid agrega: "Formé en cuadro al pequeño ejército y le hice ver por una proclama el riesgo que había en llegar de noche a la aguada de "Punta del Monte", cuando no distaba más que siete leguas de San Juan y podíamos ser sorprendidos como Acha... Después de esto acampé, y a las nueve de la noche (día 21) mandé disparar otro cañonazo, bien atacado, con la pieza de a 8, para que supieran los sitiados de nuestra aproximación".

Se ve, pues, que la lentitud de los movimientos de Lamadrid es realmente inexplicable; se le desconoce con tanta prudencia, con tanta proclama y consultas a la tropa, cuando a siete leguas escasas todavía se defendía heroicamente Acha, con los restos de su vanguardia. Recibe en ese momento el billete diciendo: "Me sostengo. Acha"; ¿y qué hace entonces? Oigámonle: "Ama-

meterse a la plaza". La "Comisión Argentina de Chile", al contestar los partes de Lamadrid, se contentó con lamentar "la nunca bien sentida pérdida del magnánimo Acha". Larrain: *El país de Cuyo*, 206, dice: "Todas las probabilidades fallaron: el Grouchy de los vivacs argentinos (Lamadrid) no debía llegar a San Juan hasta el día 24, mientras el valiente Blücher (Benavides) se aproximaba...: la destrucción de la vanguardia, obra exclusiva de la lentitud del general en jefe del ejército, trajo el desaliento de todos, no por la disminución numérica de los 520 bravos, sino por el abatimiento moral que ocasionó la pérdida del famoso Acha, que solo valía por un ejército".

recido el 22, nos pusimos en marcha; fuimos a acampar en una hermosa casa que había, como a las ocho de la mañana; la tropa se ocupó en comer zópallos, que había en abundancia, y cuantas gallinas se encontraban en las casas que estaban abandonadas. y como a las diez se proporcionaron tres animales vacunos y algunas ovejas, que se distribuyeron en proporción, habiendo largado antes a comer las caballadas”. Sorprende esa tranquila narración; a un par de leguas se batía desesperadamente su vanguardia, y era posible, con un pequeño esfuerzo, caer sobre el enemigo, salvar aquella fuerza y obtener un señalado triunfo: y Lamadrid prefiere instalarse en una hermosa casa, hace desbandar la tropa para que corretée gallinas, y largue la caballada...

El heroísmo de Acha era, pues, inútil; su pérdida estaba decretada. Con razón la conducta de Lamadrid ha sido juzgada severamente hasta por los partidarios de su causa. “No soy capaz de sospechar que quisiese dejarlo sacrificar — dice el general Paz, — porque ni cabe eso en los honrosos sentimientos que le supongo, ni tampoco cabía en los intereses de todos, y particularmente de él mismo...” Decididamente, la fatalidad ponía a Lamadrid en duros trances; en noviembre del año anterior, por no haber esperado unas horas más en Romero, al ejército de Lavalle, fué causa de que éste diese y perdiese totalmente la famosa batalla del Quebracho Herrado, que comprometió la revolución; antes de un año, el no haber apurado su marcha algunas horas, obligó a Acha a rendirse con los restos de las mejores tropas del ejército unitario. Oribe llamaba socarrónamente a Lamadrid “general de vidalitas”; era, por lo menos, un “libertador” algo singular, pues, como los *condottieri* de los tiempos medios italianos, parecía preferir se perdiera la causa que representaba, cuando la casualidad no le deparaba el papel prominente.

Verdad es que la inmensa mayoría de los jefes militares de nuestra guerra civil eran simples capitanes de grupos, sin más conocimiento de la estrategia o de la táctica que el rudi-

mentario del entrévero cuerpo a cuerpo, o de la viveza gaucha para sorprender al contrario o dejar burlado al perseguidor; eran sableadores de compañía, muy valientes, sin duda, pero que se promovían recíprocamente a jefes, coroneles y generales, sin sujeción a regla alguna, pruebas de competencia, o a mérito de condiciones adecuadas. Cada provincia daba grados militares; cada caudillo de un motín cualquiera los confería a sus parciales. Más aun: si se investiga el origen del generalato de muchos de ellos, se cae en cuenta de que proviene del concenso general, y nada más... ¿Qué de extraño, entonces, que las campañas de la época no hayan obedecido a plan más estratégico, y se observe la singular apatía de Lamadrid por sostener a Acha, es decir, por salvar la vanguardia victoriosa? Hay que estudiar aquellos episodios *cum grano salis*, reduciéndolos a sus prosaicas proporciones.

El vencedor de San Juan era un hombre generoso. Hasta sus mismos enemigos lo han reconocido: su carácter era bondadoso, dúctil. Durante su larga dominación en San Juan. “la provincia — dice un unitario (155) — no fué ensangrentada, y sirvió de refugio en muchos casos; había paz y tranquilidad”. Los recuerdos que se conservan de Benavides son tan gratos, que contrastan con las épocas “civilizadas” posteriores, como la de Sarmiento, que fué una plaga para San Juan, por las atrocidades de la fuerza de línea, y de esa trilogía de sangre que se llama Linares en San Juan, Islas en San Luis y Sandes en Mendoza. Benavides jamás cometió ni toleró tales excesos. Más aun: en plena guerra civil, uno de los jefes de la “coalición del norte” no podía menos de hacerle justicia, en carta que las necesidades de la lucha le obligaron a escribir: “Ha conservado Vd. en tranquilidad esa provincia — le decía (156); — respetó Vd. a los

(155) Tadeo Rojo: *El doctor Rawson ante la tiranía* (Buenos Aires, 1878, pág. 11).

(156) M. Solá a N. Benavides. *Salta*, julio 20 de 1840.

hombres y sus propiedades, y siempre ha trabajado Vd. por el adelanto de su industria, escuchando la opinión de sus compatriotas; jamás la ha encadenado, y el convencimiento que tengo de estos hechos... ¿por qué no se lo he de expresar con franqueza, desde que lo juzgo hombre de bien?”

Nada tiene de extraño que concediera a los rendidos la capitulación con garantía de la vida (157) y que mereciera estas palabras en una comunicación oficial del mismo Lamadrid: “El general Acha, el capitán Ciriaco Lamadrid, que fué el último en deponer su espada, y algunos otros oficiales, existen hoy prisioneros en poder del señor Benavides; este general los trata hasta hoy con una generosidad no acostumbrada” (158).

Por otra parte, no hay que olvidar que Benavides no era más que un jefe divisionario del “ejército de Cuyo”, que mandaba en jefe el general Aldao. ¿Tenía facultades suficientes para otorgar capitulaciones a los enemigos, o contaba de antemano con la aquiescencia de su superior jerárquico? Es dudoso lo

(157) He publicado por vez primera el verdadero parte de Benavides. Cf. E. Q.: *La decapitación de Acha* (en *Revista Nacional*, t. XVIII). *La Gaceta Mercantil*, de octubre 21 de 1841, publicó un parte anterior: fueron tres los mandados durante el sitio. Saldías: *Historia de la Confederación*, III, 303, cae en el mismo error: el parte publicado en la *Gaceta* es de agosto 20, mientras duraba el sitio, y la capitulación tuvo lugar el 22. El texto definitivo se encuentra en el archivo Pacheco, vol. *Notas y documentos*, 1841, foja 116; en él dice Benavides: “Me ha sido preciso darle garantía de salvarle la vida para conseguir su reducción, la que se ha verificado con toda la plana mayor”. El *Diccionario biográfico nacional* (loc. cit.) pretende que Rosas adulteró osadamente el parte que Benavides le pasó y “en el que constaba la capitulación”. No hay tal: lo único que hubo fué la supresión de una frase, no en el parte de Benavides, sino en el de Ramírez; éste decía: “todo está en nuestro poder, pero perdonadas y garantidas sus vidas los vencidos”. José Santos Ramírez al gobernador Juan Isidro Maza. San Juan, agosto 22. El texto verdadero lo he publicado en *La decapitación de Acha*, loc. cit.

(158) Circular cit. (Hoja suelta de mi colección).

primero y no es creíble lo segundo, porque justamente la batalla de Angaco fué una prueba evidente de la rivalidad militar de superior y subalterno, y de la falta de armonía entre los dos jefes, habiendo Aldao quedado furioso con Benavides, lo que éste no ignoraba. Desde luego, pues, la capitulación por él otorgada entraba en la categoría de un simple ardid de guerra, urdido por terminar la acción, pues se aproximaba Lamadrid, sin ulterior responsabilidad para él, desde que tendría que someter lo actuado a la aprobación resolutoria de Aldao, quien obraría como lo considerara mejor; por eso su primer medida fué, como se verá, remitir los prisioneros importantes directamente a Aldao.

¿Podía acaso ignorar que Aldao, despechado por su reciente y vergonzosa derrota, irritado con la conducta demasiado autónoma de su subalterno, dejaría de aprovechar la oportunidad de vengarse de su vencedor y, a la vez, desautorizar a su segundo, desconociendo la capitulación y disponiendo de los prisioneros como rendidos a discreción? Era difícil que Benavides pudiese abrigar esa duda: tan es así, que remitió a Aldao sólo parte de sus prisioneros (Acha y otros), prefirió dejar en San Juan los que más estimaba (Crisóstomo Alvarez, Vieira y otros) y conservó consigo algunos que deseaba salvar (Ciriaco Lamadrid y otros).

¿Cómo fué apreciada esa actitud por su jefe inmediato, Aldao, y por el jefe supremo de la confederación, Rosas? Oportunamente se verá cuál fué la actitud de Aldao; en cuanto a Rosas, no ocultó su desaprobación desde el primer instante.

A Rosas esa capitulación inusitada le pareció impolítica, sobre todo después de la reciente conducta de Lavalle, a raíz de la toma de Santa Fe, en octubre de 1840, cuando no quiso respetar la capitulación otorgada al general Garzón y otros defensores de la plaza, rendidos por el general Iriarte (159).

(159) Conf. Iriarte: **Asalto y toma de la ciudad de Santa Fe** (fragmento de las **Memorias inéditas del general Iriarte**, publicado en **La Biblioteca**, IV). Atribuye la salvación de los prisioneros a que era orien-

El caso de la rendición de Acha, en San Juan, presenta singulares analogías con el de la de Garzón, en Santa Fe. Al éste (Garzón) en el asalto y toma de la ciudad (Santa Fe) lo rinde un comandante (Díaz) y el jefe del sitio (Iriarte) confirma la capitulación, pero el general en jefe del ejército invasor (Lavalle) desconoce las facultades de su subalterno para otorgar condiciones y reclama su derecho para tratar a los prisioneros como rendidos a discreción; al otro (Acha), en el ataque y toma de la ciudad (San Juan) lo rinde un coronel (Ramírez) y el jefe del sitio (Benavides) confirma la capitulación... ¿Cuál tenía que ser la actitud del jefe del ejército cuyano (Aldao) en presencia del hecho? ¿Desconocería la facultad de su subalterno para otorgar condiciones, y trataría a los prisioneros como rendidos a discreción?

Las prácticas de aquella guerra eran terribles. El mismo general Paz acostumbraba fusilar los prisioneros cuando éstos habían sido activos cooperadores del enemigo" (160). Ciertamente es que tal ha sido la práctica nefasta de nuestras guerras civiles, antes y después de Caseros... Hay que tener en cuenta que la misma singularidad del triunfo de Angaco — la única victoria brillante de la revolución, — hacía doblemente peligrosa la personalidad de Acha, por el prestigio de que la aureola popular lo rodeaba. Por otra parte, en aquella lucha sin cuartel, unos y otros sabían que su destino era, si no triunfaban o morían en

tal Garzón, y se temió la venganza de Rivera. Coincide con el hecho de la orden de fusilamiento, pero lo explica de otra manera, Rodríguez del Fresno: *Ataque y toma de la ciudad de San Fe, episodio de la guerra civil de 1840* (Revista del Paraná, I, 7). Todas estas autoridades son estrictamente unitarias, actoras en los mismos sucesos, y por lo tanto, irrecusables: el hecho, es pues, evidente. Véase mi art. *La batalla de Quebracho Herrado* (Quincena, t. IV, pág. 76). Cf. Pelliza: *La dictadura de Rosas*, pág. 204.

(160) Paz: *Memorias póstumas*, III, 339. Caso del fusilamiento del coronel Benítez, después de la toma de Mercedes.

el campo de batalla, cumplir el reto fatídico del prócer unitario, Salvador María del Carril: “una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos”. De ahí que el mismo Acha, al intimar a Oyuela la rendición de San Juan, le escribiera: “la guerra, si se dispara un solo tiro después de recibir ésta (intimación), es declarada por mí a muerte”. Guerra a muerte, era sólo el grito que por doquier se oía (161).

“Las consideraciones por lo que se les pueda haber ofrecido — decía Rosas, al saber la capitulación (162), — sólo pueden tener lugar cuando haya como cumplirlas, sin ningún perjuicio, ni remoto, de nuestra santa causa, tanto más cuanto ellos proceden peor que los salvajes, y que cuando se rindieron ya lo estaban por necesidad obligados”. Sabía, además, que los unitarios no tenían escrúpulos en faltar a su palabra de honor de militares, y que aprovechaban las ventajas de las capitulaciones para fugar en primera oportunidad y tomar las armas de nuevo contra el gobierno, como lo había hecho el general Paz, sin el menor inconveniente.

Indudablemente, Rosas no podía mirar con ojos simpáticos a Acha, causante inmediato de la tragedia de Navarro, trece años antes, cuando, siendo oficial del cuerpo que escoltaba a Dorrego, sublevó los soldados, traicionó a sus jefes y entregó maniatado al ilustre mártir, para que se cometiera el funesto error de sacrificarlo. De ahí habían nacido las guerras civiles que ensangrentaban a la confederación, y era natural que al gobierno

(161) Sólo existía aquella simpática y caballeresca costumbre, por ambos bandos respetada, a saber: que si, estando en capilla un prisionero, se presentaba su novia y solicitaba su libertad para casarse incontinenti con él, se le concedía, previo compromiso de honor de no tomar parte en la lucha. A esa novelesca tradición debió su vida el coronel J. Segundo Roca, en Tucumán, poco antes del 40; por tan hidalga práctica mereció salvar la suya más de un jefe que después ha hecho brillante carrera.

(162) Rosas a Pacheco. Buenos Aires, septiembre 16.

no le pareciera un prisionero común el amotinado de 1828. Por consideraciones a Benavides se contentó con no publicar el parte oficial que menciona la capitulación, y sólo se permitió hacer suprimir esa cláusula en el oficio del coronel Ramírez (163).

Ante la aproximación de Lamadrid, resuelve Benavides replegarse sobre Mendoza (164), comunicando a Oribe que debía "evitar una batalla campal, que por varios motivos sería peligrosa" (165). En carta a Pacheco, es más explícito: "el haberme reconcentrado en Mendoza con la división de mi mando, desamparando a San Juan, ha tenido por objeto evitar una batalla campal, restituir mi tropa a su antigua moral, aglomerar todos los elementos de guerra con que deba contar y, más que todo, ponerme de acuerdo para obrar a un mismo tiempo y lograr la empresa de no dar escape a Madrid" (166).

Benavides, cuya gente estaba acobardada, no juzgó prudente llevar consigo, en su retirada, todos los prisioneros; conservó los de tropa para aumentar sus filas y resolvió, como he dicho, dividir los prisioneros "de calidad" en tres grupos: a los que más estimación le merecieron — como Crisóstomo Alvarez y otros valientes, todos heridos, — los dejó en la ciudad, para que los recuperara Lamadrid; a los más comprometidos, como Acha y los principales jefes, no tuvo más remedio que mandarlos a su superior jerárquico en el mando del ejército, Aldao; a los que le fueron más simpáticos, como Ciriaco Lamadrid y otros, conservó a su lado, cubriéndolos de su protección.

(163) E. Q.: La decapitación de Acha. Cf., además, E. Q.: La guerra civil argentina (Revista del Club Militar, t. I).

(164) Llevaba 800 hombres de tropa y 100 prisioneros; el 29 de agosto, a las 3 p. m., entró en Mendoza: "La gente está desmoralizada y sin un jefe ni oficiales buenos de infantería, pocas municiones". Cf. Pérez Cotapos a Aldao. Mendoza, agosto 30.

(165) Benavides a Oribe. San Juan, agosto 24.

(166) Benavides a Pacheco. Mendoza, agosto 29.

— III —

Remitió, pues, la plana mayor rendida, pero con una escolta reducida, mandada por el comandante Fonfrías, a fin de que la entregase a Aldao, como general en jefe del ejército de Cuyo, del cual él no era sino segundo. Lamadrid conoció esa medida, que Crisóstomo Alvarez interpretaba en el sentido de que era un medio indirecto que ofrecía Benavides para que los rescatara por medio de un hábil y rápido golpe de mano, ya que tenía tropas especiales para eso, como los llaneros del Chacho. No supo el caudillo unitario aprovechar esa oportunidad providencial; cuando ordenó la persecución de la comitiva fué tarde, y fué tan débilmente obedecido, que Fonfrías tuvo tiempo para entregar los desgraciados prisioneros (167).

El general Lamadrid entró a San Juan el día 24; encontró allí la familia de Benavides y la tomó prisionera de guerra, en calidad de rehenes, haciendo que la señora escribiera una carta a su marido, para que entregara a Acha y el hijo de Lamadrid, en cambio de su familia (168).

Sin embargo, Benavides le había dejado al famoso Crisóstomo Alvarez—el heroico sobrino de Lamadrid,—porque su grave herida hacía peligrosa su marcha con los otros prisioneros (169).

(167) "Lamadrid — dice Larrain, *El país de Cuyo*, 210, — demoró aun tres días en San Juan, limitándose en todo ese tiempo sólo a mandar al comandante Peñaloza, con la mira de rescatar los prisioneros, que llevaban una marcha anticipada de dos días". El Chacho fué despachado a última hora, pues de lo contrario, dada la rapidez usual de sus marchas y su maravilloso conocimiento del terreno que pisaba, habría podido fácilmente copar al comandante Juan Frías — conocido popularmente por Fonfrías, — que llevaba los prisioneros al campamento de Aldao. Pero Lamadrid, tranquilo respecto de la suerte de su hijo Ciriaco, que quedó con Benavides, pareció no preocuparse mayormente de Acha y sus acompañantes...

(168) Lamadrid: *Memorias*, II, 257.

(169) Crisóstomo Alvarez, herido en Angaco, y Máximo Vieira, a su vez herido en la Chacarilla, se hallaban postrados en cama en casa de

Junto con él quedaron también todos los heridos de Angaco y de Chacarilla, confiados a la custodia y cuidado de las principales familias sanjuaninas: entre ellos se encontraba el capitán Urquiza, el teniente Elordi y otros.

Aquella generosidad del vencedor de la víspera, permitió al ejército de Lamadrid presenciar el espectáculo de que los heridos se hicieran sacar a las puertas de la calle en sillas o catres, para saludar a sus compañeros de armas, lo que dió origen a escenas conmovedoras, como la del coronel Salvadores con Crisóstomo Alvarez (170). Lamadrid, al día siguiente, destacó al comandante Baldomero Sotelo, con el escuadrón "Julio", y sólo mucho después al famoso Chacho, con su inseparable Baltar, en persecución de Benavides, para hostilizarlo y recuperar los prisioneros (171).

Desde el día 24 al 27 permaneció Lamadrid en la ciudad remontando su ejército, haciendo requisición de caballos, mulas

Vicente Lima, el mismo vecino que diera el fatídico banquete a la oficialidad unitaria el día de la sorpresa de Benavides: se había pensado en conducirlos a Mendoza y hasta se envió un carrito para eso, cuando Vieira, hablando con la esposa de Benavides, Telesfora Borrego, sobre la volubilidad de la suerte de las armas y aproximación del ejército de Lamadrid, que podría ejercer venganzas e intentar persecuciones, especialmente contra la familia de Benavides, logró interesar a la señora en su favor y, mediante su intervención, quedaron en San Juan, comprometiéndose éstos a ser la salvaguardia de la familia de Benavides. Conf. N. Larrain: *El país de Cuyo*, 210, quien agrega: "Lamadrid, cubriendo de vergüenza la palabra empeñada de Vieira y Alvarez, tomó presos a la suegra, esposa e hijos de Benavides".

(170) Hudson: *Recuerdos*, II, 140.

(171) Lamadrid escribió a Benavides proponiéndole el canje de su familia presa, por los prisioneros del día 22: esa negociación quizá explica la demora en despachar las fuerzas del Chacho. Pero Benavides contestó que "no canjeaba prisioneros de guerra por mujeres y niños inocentes". Conf. Larrain: *El país de Cuyo*, 211.

y bueyes, y reorganizando su fuerza. Hizo que una comisión militar, compuesta del coronel Rojas, mayores Esquiñigo y Quirno, recogiera del vecindario, como contribución de guerra, sendos miles de pesos plata. Porque es curioso observar que, amigos y adversarios, pesaban despiadadamente sobre las poblaciones inermes; los gobiernos constituídos tenían su presupuesto y contribuciones, con las cuales mantenían sus ejércitos y sufragaban los gastos de guerra; los revolucionarios no tenían más recursos que las exacciones que imponían a los vecinos y vivían de la población civil, a la manera de las bandas mercenarias que inundaron la Alemania durante “la guerra de los treinta años”, cuando bastaba que un Wallenstein cualquiera alzara su pendón, para que se agruparan todos los que tenían espíritu aventurero o nada ya que perder, fiando su paga o su adelanto al asalto de cualquier población, más o menos rica. La situación de las provincias argentinas fué análoga: gubernistas y “libertadores” constituyeron una plaga sin rival, de cuyo azote apenas se concibe cómo pudo reaccionar el país. Lamadrid no tenía más remedio que seguir el ejemplo del famoso rival de Gustavo Adolfo: de algo tenía que vivir su ejército.

Una vez que el ejército estuvo bien montado, bien equipado y bien repuesto, emprendió Lamadrid su marcha a Mendoza, llevando consigo a la desgraciada familia de Benavides, como botín de guerra, y creyendo tener con ella un arma que paralizara la acción enemiga (172). Repetía así, en 1841, con la familia de Benavides, lo que había hecho veinte años antes con la de Quiroga, como si las señoras pudiesen ser consideradas “prisioneras de guerra” y ser equiparadas a soldados, tomados con las armas en la mano y en el campo de batalla...

(172) Conf. Lamadrid: *Memorias*, II, 257. “Continuamos la marcha para Mendoza — dice — llevando la familia de Benavides, y se despachó un chasque avisándolo que llevaba su familia, con el solo objeto de que mis prisioneros no fueran entregados a Rosas”.

Aquella indigna acción de Lamadrid no contribuyó poco a desacreditar su causa ante los mismos correligionarios. “Un grave error de que se hizo culpable entonces el general Lamadrid — dice uno de éstos, testigo presencial (173), — fué el de tomar prisionera de guerra a la señora del general Benavides, doña Telesfora Borrego de Benavides, de las distinguidas familias de San Juan, llevándola consigo en la guardia de prevención del cuartel general, en calidad de tal prisionera. Extraño era, efectivamente, tan indigno procedimiento contra una débil mujer, contra la respetable esposa, cargada de hijos, de un general, no obstante ser enemigo en activa guerra; comprometiendo a la anciana madre, que no quería abandonarla, a sufrir los sinsabores e incomodidades y aceleradas marchas de su ejército, en rápido movimiento, y tanto más injustificable hacíase esa conducta en el general Lamadrid, cuanto que el sexo débil está fuera de todas las terribles consecuencias y penalidades del estado de guerra, debiendo, al contrario, ser respetado y amparado en tales conflictos. ¿Podía creer, por otra parte, el general Lamadrid que llegaría a obligar a un general de honor a abandonar prisioneros de importancia, que le había tomado en leal combate, como el general Acha, su mismo hijo Ciriaco, en cambio de libertar a su esposa de ese sonrojo, de esos sinsabores? Hagámosle justicia al general Benavides en la nobleza y firmeza con que, en este caso, supo mantener su carácter de hombre y de militar, dependiendo de un superior a él, y aún sin eso. . .”

Sobre todo, esa conducta de Lamadrid contrastaba crudamente con la observada por Acha durante el tiempo en que, dueño de la situación, había tenido en su poder a la familia de Benavides; recuérdese que en las cartas cambiadas con éste el día 20, Acha le dice noblemente: “En favor de su familia no he tenido que hacer nada siquiera; quisiera que su señora me hubiese ocupado en algo, pues los jefes del ejército libertador

(173) D. Hudson: *Recuerdos*, II, 140.

no toman jamás venganza contra las familias de los que se manifiestan sus enemigos..." ¡Huelgan los comentarios!

El contraste de la conducta de Benavides y Lamadrid, en 1841, ha escapado a Sarmiento, cuando aduce argumentos para asentar su brillante antítesis de la "civilización y la barbarie", en nuestras luchas civiles.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Pacheco adelantaba sus marchas, con las precauciones del general que no quiere comprometer el éxito formal de la jornada.

Al emprender el paso de "la travesía" en dirección a los Valdes del Milagro, ordena a Flores cubra los caminos hasta Chepes. El Chacho estaba el 12 de agosto en el Carrizal, Lamadrid en Nobeque y Acha en marcha a San Juan. Las noticias eran contradictorias: de repente daban al Chacho reuniendo llaneros en Chepes, Alvarez ya en Valle Fértil y el gobernador unitario de la Rioja, don Ciriaco Bustamante, en la Hedionda de Abajo (174). Otras veces, Baltar aparecía en Tama y Lamadrid en Mascasin, siendo su intención dar allí batalla a Pacheco (175). Por fin, en agosto 17, llega Pacheco al otro lado de la travesía. En el acto ordena la reconcentración de las partidas sueltas en Chepes (176). El terreno que se pisaba era un desierto, pues las partidas unitarias, al replegarse sobre la ciudad de la Rioja e internarse en dirección a San Juan, dejaban los pueblos sin un hombre, arreando por delante a las familias con haciendas y todo (177). A medida que avanzaba Pacheco se retiraban el Chacho y Lamadrid. El 17 recibe aquél aviso de que Lamadrid iba al frente de 2000 hombres y diez piezas de artillería; que ya se había desprendido Acha con 600 soldados y

(174) Pacheco a Oribe. Serrezuela, agosto 14 de 1841.

(175) Pacheco a Oribe. Valdes de Nabor, agosto 15 de 1841.

(176) Pacheco a Flores. Valdes del Milagro, agosto 18 de 1841.

(177) Llanos a Flores. Saladillo, agosto 15.

ocho piezas. Lamadrid se hallaba en aquel momento en los "Pagayos" (178).

En Catuna, Pacheco tuvo que demorar la marcha hasta tanto se abrían caminos en las serranías y montes. No teniendo noticias de Aldao, le escribió para conocer su situación (179). El 21, por último, logra partir de Catuna, dejando asegurada su comunicación con Oribe, por Valdes del Milagro, Pichana, Soto y Cruz del Eje. Desde el Saladillo se dirige al gobernador federal de la Rioja, J. M. Figueroa, y le ordena ocupe la ciudad (180). El coronel Flores le comunica el rumor de la batalla de Angaco — que entonces llamaron encuentro del "Albardón", — pero Pacheco tiene dificultad en creerlo, sospechando fuera una noticia unitaria (181). El hecho, sin embargo, era demasiado cierto y vino a confirmarlo el ministro de Aldao en persona (182).

La resolución que tomó Pacheco fué instantánea: dirigirse a marchas forzadas a Mendoza. En el acto escribe al gobernador

(178) Pacheco a Oribe. **La Estancia, agosto 17.**

(179) Pacheco a Aldao. **Catuna, agosto 19 de 1841.**

(180) Pacheco a Figueroa. **Saladillo, agosto 22 de 1841.**

(181) La primera noticia de la derrota de Aldao en el Albardón, la tuvo Pacheco del comandante Lucas Llanos (Llanos a Pacheco: **Chepes, agosto 21 de 1841**) y del coronel José María Flores (Flores a Pacheco: **Agua Colorada, agosto 21 de 1841**).

(182) La primera noticia cierta de la derrota de Aldao la tuvo Pacheco del doctor Cuesta, el cual arribó a Catuna el 22 de agosto, a la una del día, cayendo al campamento del coronel Flores y pidiéndole que le enviara al general Pacheco para "comunicarle asuntos de la mayor importancia". (Arch. cit., vol. **Notas, 1841, p. 118**). Lo manda buscar en el acto Pacheco, con una nota en que se expresaba "vehementes deseos de oírle". Como ambos campamentos estaban cerca, pocas horas después escribe Pacheco a Oribe la carta siguiente, que da todos los detalles: **Saladillo, agosto 22 de 1841**. — Mi distinguido general y amigo: Son las cinco de la tarde y se me presenta el señor doctor don Celedonio de la Cuesta, haciéndome relación de un funesto suceso de armas que ha destruído el ejército al mando del señor general Aldao, la cual se

de San Luis que le reuna caballos; al comandante de fronteras, Guiñazú, le ordena lo mismo, y les dice: “que el contraste sufrido por Aldao, no tendría ninguna influencia en el buen éxito de la campaña, pero que era necesario que todos los federales, y especialmente los gobiernos confederados, se prestasen a dar la cooperación que pudiesen para conseguir los buenos resultados que se esperaban” (183).

En efecto, Aldao, que después de la derrota de Angaco había andado a salto de mata por los llanos de la Rioja, teniendo co-

contiene en los siguientes términos: Que el día 16 del corriente arribó el ejército de Cuyo a la Punta del Monte, habiendo esa noche destinado al general don Nazario Benavides con una división de caballería escogida para que se aproximase hasta las goteras del pueblo San Juan, con el objeto de descubrir la posición que ocupaba el salvaje Acha, y con la obligación de no comprometer ningún combate, sino de guerrillarlo mientras se concentraban todas las fuerzas, se les daba descanso y se remontaban las caballerías. Que el general Benavides, sin atender esta orden, luego que descubrió a los salvajes y sin atender a la posición inexpugnable que tenían, se lanzó sobre ellos y lo destruyeron completamente. Que con esta noticia el general Aldao, con el resto del ejército, que estaba mal comido y sin dormir, empeñó un nuevo combate en la misma posición que ocupaban los salvajes, y después de un ataque reñido, donde más bien pelearon las infanterías, fué también destruído, de tal modo, que ha venido a recalar dicho general a Catuna con sólo diez hombres. Los salvajes han tomado todas las cargas de municiones y de armas, que en gran cantidad contaba el ejército de Cuyo, y lo que más es, se han hecho de brillantes caballadas. La tropa, por estar enteramente a pie, en su mayor número debe haber caído prisionera. Mi resolución es marchar a la Punta de San Luis, porque es el único camino que se me ofrece ahora para las provincias de Cuyo, pues si marchase directamente a San Juan, me expondría al mismo contraste por las mismas causas. De V. afmo. amigo y S. S. — Angel Pacheco.

(183) Pacheco al gobernador delegado de San Luis, don Santiago Funes. Ambil, agosto 23 (loc. cit.). Pacheco a Guiñazú. Ambil, agosto 23 (loc. cit.).

nocimiento de los triunfos de Benavides (184), se adelanta a marchas forzadas en dirección a Mendoza, evitando la previa incorporación con Pacheco, apesar de que no tenía a sus órdenes sino una pequeña y desordenada montonera (185). Aldao venía

(184) Para demostrar cómo se ha escrito la historia de nuestras guerras civiles, me bastará citar este hecho. Un escritor chileno que ha escrito la vida de Aldao con documentos recogidos en Mendoza, incurre en las mayores inexactitudes. Así, respecto de la derrota de Angaco, dice que "después de triunfar sobre Brizuela, Aldao y Benavides se dirigieron a la Rioja para estorbar el paso a Lamadrid, que se acercaba con una fuerte división, pero enredados en el camino con Acha y en lo más recio del combate, Aldao abandona a su aliado, le dejó solo en el campo de Angaco, entregado a sus propias fuerzas, regresando él con su tropa a Mendoza, sin haber causa que justificara este proceder." (El general don Frai José Félix Aldao, por Robustiano Vera — Santiago de Chile, 1889, pág. 64).

(185) La razón de la conducta de Aldao se explica por la siguiente carta, cuyo texto auténtico dice (fol. 233, vol. Correspondencia, 1831 — Archivo Pacheco): "Señor don Félix Aldao: Mendoza, agosto 30 de 1841. — Compañero querido: Sin haber sabido nada de Vd. desde el suceso del 16 en San Juan, hoy, a las cinco de la mañana, recibí su carta de Vd. desde la Olla. Vd. calculará cómo habremos estado y el gusto que habré tenido, pero a las dos horas hemos tenido noticia que Madrid viene sobre Mendoza y que estará en estas inmediaciones dentro de cuatro días. Luego que se supo la noticia de su aproximación de Vd. a San Juan, salió de aquí el coronel Ramírez en su auxilio, con 300 hombres; el 18 supimos la batalla del 16, en que uno y otro ejército quedó destruído por la dispersión de los sanjuaninos y puntanos, y que Benavides se retiraba al Pocito con la gente que pudo reunir el 17. Ramírez llegó al Pocito el 17 a la noche, llevando dos piezas de artillería, 70 infantes y el resto de la caballería, con el sargento González y 16 hombres que se le incorporaron. El 18 emprendió Benavides un ataque sobre la Chacarilla, donde estaba Acha, favorecido de un viento zonda, logrando desalojarlo, y acuchillándole don Victoriano Domínguez con la partida de policía toda la caballería enemiga, y por haber llegado la noche se retiró Benavides al Pocito y los enemigos a la plaza de San Juan, con sólo 200

furioso: "su cobarde fuga del campo de Angaco — ha dicho con

infantes y dos piezas de artillería. El 19 marchó Benavides sobre la plaza, a sitiar a los enemigos, y el 22, a las diez del día, logró rendir a Acha con 100 infantes que le quedaban vivos y 21 oficiales prisioneros. Teniendo noticia de la aproximación de Lamadrid a San Juan, determinó retirarse para ésta, a donde llegó ayer a las tres de la tarde, con 800 hombres y 100 prisioneros. Debe Vd. calcular que esta gente está desmoralizada, y sin un jefe ni oficiales buenos de infantería, ni artilleros y pocas municiones. Se está tratando de darle una batalla en Jocolí o en el río de Luján; no sé lo que acordará el general Benavides. El Chacho anda por las lagunas y puede venirse al Retamo. Yo creo que si Vd. viniese con 500 hombres de infantería y 500 de caballería y bastantes municiones, serían concluidos los enemigos, pero era preciso volase como el rayo. Aquí hay cinco piezas de artillería; las demás están en San Carlos y todo lo que vino de la Rioja. Todos nuestros oficiales prisioneros que tenía Acha se libertaron en la Chacarilla. A Rodríguez lo hirieron en la barriga y no le han podido sacar la bala. Morales y Alvarez quedaron heridos en San Juan. Han muerto en combate: Espinosa, don Melchor Aldao, Carpe, peleando en la Chacarilla en favor de los enemigos, estando borracho. El mayor Barrera, con dos heridas leves, está aquí y fué el último que se rindió con 44 infantes que le quedaban el 16. El mayor Gallardo, mandando la infantería, con el teniente Montero que mandaba 40 de caballería, fueron los primeros que entraron a la plaza de San Juan el 22. Gorgón Ramírez, con 100 hombres del Valle, fué a San Juan y llegó a las dos horas de haberse rendido la plaza. Acabo de hacerle un propio a don Baltasar para que venga con la caballada a llevar la familia; si se puede irá para San Luis, y de no marchará para el sur y obraremos según lo permitan las circunstancias, porque antes no ha sido posible resolverse nada; ya Vd. calculará cómo habremos estado, pero hasta ahora, felizmente, no tiene novedad ninguna su familia. Celebro hayan salvado todos los que lo han acompañado, principalmente mi amigo don Bernardino. Sólo nos queda el consuelo de que Vd. vendrá volando, para salvarnos de los males que amenazan esta provincia. Yo pienso marcharme mañana con Genoveva para el sur, porque Madrid trae prisionera a la mujer de Benavides, reclamando a Acha. Compadre, pienso que no hay tiempo para más, y deseando venga Vd. pronto, mándeme como a su más amante compadre, que desea darle un abrazo pronto. — José Antonio Pérez Cotapos." — La primera noticia que tuvo Aldao

razón Sarmiento (186), — lo colocaba en una posición despreciable; el prestigio militar en Cuyo había pasado entero a Benavides”.

Pero, como con arreglo al zarandeado tratado cuadrilátero — base angular del mecanismo interno de la confederación, — cada gobernador de provincia era, dentro de la jurisdicción de ésta, el jefe militar supremo y a su mando debían subordinarse las fuerzas nacionales que por cualquier razón se encontraran en su territorio, Aldao sólo deseaba entrar a su provincia para reclamar ese privilegio. Así, apenas incorporado casualmente a la división de Flores, en Catuna, se apresura a escribir a Rosas, dándole cuenta de su derrota, que atribuye por completo a Benavides (187).

El general Pacheco, que conocía la decadencia a que la continua embriaguez y la lujuria habían reducido a su antiguo compañero de armas de los “granaderos a caballo” — de la guerra de la independencia, — tenía que desplegar una diplomacia extraordinaria para conciliar esas susceptibilidades, con el éxito de la lucha con Lamadrid. Así, apenas supo que Aldao estaba refugiado en el campamento de Flores, a dos horas del Saladillo, donde Pacheco se encontraba, se apresuró a escribirle (188), a

de la sorpresa de Benavides a Acha, la recibió por un chasque del comandante don José Ignacio Ortiz que le escribió, Mascasín, a 24 de agosto: “El comandante que firma pone en su conocimiento que serían como las once de este día que han arribado como cinco derrotados de la gente de Acha, y dicen que en el lugar de Chacarilla, donde llaman la Legua, saliendo como para el Rincón Cercado, lo han sorprendido y los rodearon, y mandó Acha echar pie a tierra a éstos y salieron en fuga...” (Original, archivo Pacheco).

(186) Obras, t. VII, p. 268.

(187) Véase el texto del parte en E. Q.: Lamadrid y Pacheco: última campaña de Cuyo (loc. cit.).

(188) Pacheco a Aldao. Ambil, agosto 23 de 1841.

lo que contestó en el acto aquél (189). Pacheco le invita a pasar al cuartel general, pero Aldao se excusa (190). Desde ese momento, Aldao quedó al habla con Pacheco e incorporado de hecho, con carácter secundario, al ejército (191).

Pacheco apresuró entonces, si cabe, sus marchas forzadas. “Como la celeridad de mis marchas — dice en comunicación a Rosas — estaba en razón de seis cuabras por hora, por las dificultades de los desfiladeros montuosos y escabrosos de este país, que es preciso allanar y abrir con trabajadores, para facilitar el paso a las carretas y artillería, he abandonado las primeras, cargando a lomo las municiones, la mayor parte en animales chúcaros, y aunque mi caballería, en la mayor parte, va tirando sus caballos, yo me adelanto a Mendoza por territorio de la punta de San Luis, en donde tengo la esperanza de montarla, para llegar cuanto antes a la mano con los salvajes e impedir su reunión con los indios del sur” (192).

Ahora bien, la primera noticia del triunfo de San Juan la recibió el general Pacheco en Ulape, el 30 de agosto (193). Pacheco hace marchar en dirección a Mendoza al coronel Flores (194), con especiales recomendaciones (195). Aldao se contenta, días después, con responder: “Obraré según convenga, sin comprometer una batalla” (196).

Se apresura a informar a Aldao del auxilio enviado a Benavides, y agrega: “Creo que sería conveniente que nos viéramos

(189) Aldao a Pacheco. Catuna, agosto 23 de 1841.

(190) Aldao a Pacheco. Catuna, agosto 24 de 1841.

(191) Pacheco a Aldao. Agua de la Piedra, agosto 24 de 1841.

(192) Pacheco a Rosas. Sierra de Ulape, agosto 30 de 1841.

(193) Pacheco a Oribe. Ulape, agosto 30 de 1841.

(194) Pacheco a Benavides. Bagual, agosto 31 de 1841.

(195) Pacheco a Flores. Bagual, agosto 31 de 1841.

(196) Aldao a Pacheco. Cuartel General, en la Escondida, septiembre 4 de 1841.

cuando llegue a la altura en que Vd. se encuentra, para acordar y ejecutar lo que más convenga" (197) En esa misma fecha Pacheco se dirige a Oribe, trasmitiéndole la noticia del triunfo de San Juan (198), y diciéndole: "Alargo las marchas, pero la artillería me embaraza mucho, porque ha sido preciso allanar y abrir a hacha todo el camino, hasta donde nos encontramos". Al mismo tiempo contesta a Benavides, felicitándole por su triunfo (199).

El general Aldao —entonado con la división Flores, que pretendía considerar como tropa suya, — al recibir comunicaciones de Mendoza (200), escribe a Pacheco... pidiéndole refuerzos, y dándole a entender que tomaba la ofensiva para decidir la campaña. Pacheco entonces le pide otra entrevista, Aldao la esquiva nuevamente; se ve, pues, que obraba con doblez y con un propósito fijo (201). Alarmado Pacheco con esta actitud y temeroso de alguna imprudencia de Aldao, le contesta al día siguiente que el coronel Flores, con su división, tiene orden de estar a las suyas, pero que se permite observarle que no será conveniente dar una batalla sin todas las probabilidades de un buen suceso, principalmente cuando esta división va a corta distancia (202). Todavía le agrega al día después, que las divisio-

(197) Conf. Pacheco a Aldao. En marcha, agosto 31 de 1841.

(198) Pacheco a Oribe. Bagual, agosto 31 de 1841.

(199) Benavides había sido alcanzado por los pliegos que le envió Pacheco en Mendoza, y contestó desde allí a 29 de agosto, dándole cuenta de "los sucesos de armas que han tenido lugar el 18 y 22 del corriente, felices y favorables a nuestra causa, porque ellos han dado el plausible resultado de la completa destrucción de Acha, tomándole prisionero con toda su plana mayor".

(200) Montero a Aldao. Mendoza, agosto 30 de 1841.

(201) Aldao a Pacheco. Cuartel General, en marcha, septiembre 3 de 1841.

(202) Pacheco a Aldao. En la travesía de los valles de Arce a las Chacarillas, septiembre 3 de 1841.

nes de los coroneles Costa y Flores tienen orden de obedecer las suyas, pero que debe siempre considerarlas como la vanguardia del ejército (203). Aldao se contenta con avisar a Benavides que no comprometa una batalla en ningún sentido (204).

He entrado en estos detalles para demostrar que Aldao marchaba con parte del ejército, que estaba en diaria comunicación con Pacheco, con quien no quería reunirse, y que daba órdenes directas como gobernador de la provincia y jefe superior. Ello demuestra, además, el profundo error en que se ha incurrido cuando se dice: "hay que notar que Aldao, en seguida de su derrota en San Juan, se retiró a Olta y de aquí a San Francisco, en los llanos, donde permaneció hasta los primeros días de septiembre" (205). Se acaba de ver que Aldao, desde el día 22 de agosto, se había incorporado en Catuna a la división Flores, haciendo alarde de ejercer el mando superior y hasta tratando mal a los jefes (206).

(203) Pacheco a Aldao. En marcha, en la represa de Ontiveros, septiembre 4 de 1841.

(204) Aldao a Pacheco. Cuartel General, en la Escondida, septiembre 5 de 1841.

(205) Saldías: *Historia de la Confederación*, t. III, pág. 304.

(206) Efectivamente, el coronel Flores, después de aguantar las impertinencias de las borracheras de Aldao, al fin tuvo que escribir esta significativa carta al general Pacheco: "Mi distinguido general: Hallándome enfermo bastante y no pudiendo dar gusto al señor general Aldao, a pesar de mis buenos deseos para conducirme y servir en la presente guerra, convencido que le tiene la mayor prevención a mi división y considerando que el único modo de cortar este mal es separarme del mando de la división, me he dado por enfermo y se halla al frente de ella el teniente don Julián Ciriaco Sosa. Yo espero que Vd. me debe considerar un jefe patriota, federal y amigo de don Juan Manuel de Rosas, y que estoy resuelto a sacrificarme por mi patria y mi gobierno, pero también me es imposible sufrir ninguna clase de vejación cuando no doy motivo, porque en este caso denigraría el carácter que revisto, por cuya razón espero que V. S. me permita separarme de este destino..."

Como Pacheco pidiera repetidas veces a Aldao (207) baqueanos e indicaciones sobre la ruta a seguir, concibió éste el temerario proyecto de encaminar el grueso del ejército, con el general Pacheco a la cabeza, en dirección a San Juan, mientras él marchaba rápidamente sobre Mendoza con la división Flores, el batallón Costa y las demás fuerzas que sucesivamente había pedido al general. Su prestigio militar en Cuyo había sido piñoteado en la derrota de Angaco, mientras que el de Benavides se había afirmado con el triunfo de San Juan. Aldao estaba furioso y deseaba reconquistar su predominio. Se lisonjeó, pues, de realizarlo desviando a Pacheco del camino que traía Lamadrid y proponiéndose deshacer el ejército unitario.

¿Que hacían, entre tanto, Benavides y Lamadrid?

No había podido el primero celebrar su triunfo sobre Acha, porque la vanguardia de Lamadrid penetraba ya en los suburbios de San Juan. Consideró más prudente no comprometer el éxito obtenido, y resolvió retirarse en dirección a Mendoza (208).

Lamadrid sale recién el 28 de agosto de San Juan; en el camino sabe que Benavides había remitido los prisioneros con una escolta de 50 hombres, en dirección al Desaguadero, a donde se dirigía Aldao, a la cabeza de la vanguardia del ejército de Pacheco. Era casi una nueva insinuación de Benavides a Lamadrid

Carta original fechada en el Desaguadero, a 10 de septiembre. — Vol. cit., archivo Pacheco. Antes de eso, el coronel don Jerónimo Costa, puesto a las órdenes de Aldao (ver *ut supra*), escribía al general Pacheco de Los tres Pozos, septiembre 4: "Tendré un verdadero pesar si me separo de V. S. y de mis camaradas". (Vol. cit., archivo Pacheco, f. 256).

(207) Casi no hay nota de Pacheco a Aldao, desde que se puso en comunicación con él, que no diga que se sirva indicar el camino que debe llevar.

(208) Benavides a Oribe. Cuartel General, Cañada Honda, agosto 26 de 1841.

para que éste destacara una columna ligera y arrebatara los prisioneros a su débil escolta; así lo comprende aquél y ordena entonces al coronel Peñaloza (a) el Chacho, que realice la empresa, al frente de sus llaneros, pero... le desobedecieron sus jefes (209). Llegado a Mendoza, se apodera del gobierno y vuelve a enviar al coronel Baltar, con la división Peñaloza, en procura de los prisioneros. Aunque no desobedeció expresamente la referida orden, Baltar entretuvo el tiempo, de modo que su ejecución no produjo el efecto deseado (210). Recién en septiembre 7 dió Baltar alcance a las cortas fuerzas de Benavides, y les tomó las carretas, caballadas y ganado vacuno... sin lograr rescatar los prisioneros!

El general Lamadrid hace alarde de estas pequeñas ventajas, abultándolas de intento, en una comunicación dirigida al cacique indio Baigorria, que debía sublevarse y entrar talando y matando por las fronteras de Mendoza y San Luis, a fin de cooperar a la acción de las fuerzas unitarias y estrechar entre dos enemigos

(209) "Se me presentó el ciudadano Policarpo Torres, de Mendoza, y me dió noticia de haber despachado ya Benavides a todos los prisioneros, engrillados, para el Desaguadero, con una escolta de 50 hombres, la que conducía igualmente los cañones en carretas y un número crecido de caballada... Llamé al coronel Peñaloza y el de la misma clase graduado don Joaquín Baltar, para que marchen esa misma noche con su división, que era la mejor montada, y fuesen a amanecer en el Retamo, para rescatar los prisioneros y tomar los cañones y las caballadas. El coronel Baltar manifestó los peligros a que nos exponíamos desprendiendo aquella división; yo conocí que el temor era lo que hacía producirse de aquel modo, y la división no marchó y perdimos un golpe certero que nos habría restituído todos nuestros prisioneros y puesto tal vez a Benavides en nuestras manos, pues al siguiente día, cuando debió llegar mi fuerza al Retamo, los prisioneros no habían pasado de ese punto, y Benavides estaba todavía en Mendoza, es decir, doce leguas distante de aquel punto." (Lamadrid: *Memorias*, ed. cit., II, 258).

(210) Paz: *Memorias*, ed. cit., II, 475.

al ejército de la confederación. “Conviene, pues — le dice el jefe unitario al cacique indio (211), — que Vd. los hostilice por la espalda, esto es si ellos vienen para esta parte; de lo contrario, puede Vd. venirse al Retamo, donde tendré el gusto de darle un abrazo y mandar parte de sus fuerzas así a San Luis o al punto que Vd. crea más ventajoso y oportuno”. Esa invitación al saqueo quedó afortunadamente sin efecto, porque dicha comunicación fué interceptada.

El general Benavides, en su actitud de Fabio Cunctator—retirándose recién cuando la vanguardia de Lamadrid pisaba los talones de su retaguardia, pero tratando de arrear por delante todo elemento de movilidad y de guerra, — no hacía sino obedecer instrucciones de Pacheco.

Este, desde que le anunció el envío en su auxilio de la división Flores, le recomendaba no comprometer acción alguna. Lo mismo le repitió Aldao en su carácter de jefe nominal del “ejército combinado”. Igual propósito tuvo el mismo Benavides desde un principio, como se lo comunicó a Oribe. Y al mismo Pacheco, al evacuar Mendoza, le dice: “La conducta que Vd. me demarca debo observar con el enemigo, para evitar un encuentro hasta que nos reunamos, la he desplegado exactamente” (212).

Es de notar que las fuerzas de Benavides iban en una desorganización inexplicable, desertando grupos enteros y en verdadero desbande (213). El general Paz, en sus *Memorias*, no acierta

(211) Lamadrid a Baigorria: Cuartel General, en Mendoza, septiembre 10 de 1841.

(212) Benavides a Pacheco. Las Rosas, septiembre 5 de 1841.

(213) Ya desde el día siguiente del triunfo de San Juan sucedía esto, pues Benavides, en su comunicación fecha agosto 26 dirigida a Oribe, desde la Cañada Honda, le dice: “. . . me ha parecido prudente retirarme a la parte de Mendoza, en cuyo tránsito me encuentro en este punto; Madrid queda ocupando la Chacarilla. No he querido empeñar una acción campal por ser menos tropa la mía que la del enemigo, y estar bastante desmoralizada y cobarde, como anuncié a Vd. en mi anterior”.

a explicar la poca eficacia de la expedición confiada a Baltar: “Su morosidad — dice — fué efecto de su excesiva prudencia. Me parece fuera de duda que, empleando Baltar un poco de más actividad y persiguiendo a Benavides con más vigor, pudo sacarse mejor partido, tomándole caballos y prisioneros, y desorganizando enteramente los restos que lo seguían” (214).

¿Qué hacía entre tanto el general Lamadrid en Mendoza? El 3 de septiembre se encontró a las puertas de la ciudad (215), habiéndola previamente desocupado el gobernador delegado Mazza, quien delegó el mando en don José María Reyna, confiando que, por las conexiones de éste con los unitarios, se evitarían mayores desastres. El gobernador Reyna se apresuró a saludar y reconocer a Lamadrid, pero esto no impidió que éste tirara sobre la marcha un decreto, destituyendo a dicho respetable ciudadano, “a pesar de que merece las más altas consideraciones por sus virtudes”. Lamadrid convoca, pues, los ciudadanos a concurrir a la iglesia matriz el mismo día, 4 de septiembre, a la una, a fin de que elijan gobernador. El resultado era de preverse... fué elegido en tal carácter el mismo Lamadrid.

Pero éste, al recibir la comunicación de estilo, contestó: “Nada veo con relación a los límites que debe reconocer la autoridad accidental que el pueblo constituye. Las circunstancias son extraordinarias, la provincia carece de una asamblea representativa, que no se puede por ahora organizar; carece de todo: sólo hay ruinas que levantar, monumentos odiosos que destruir. Por consiguiente, para que el gobierno provisorio pueda expedirse libremente en los casos difíciles que ocurrirán, necesita conocer la naturaleza del poder que se le confiere y la esfera que debe circunscribir sus actos”. Esta excitación del jefe victorioso a que se le confirieran las facultades extraordinarias y la suma del

(214) Memorias, t. II, pág. 476.

(215) J. Isidro Mazza a Aldao. San José de Corocorto, septiembre 3 de 1841.

poder público, que tanto habían criticado los unitarios en Rosas, es gráfica. Por supuesto, ¿quién iba a resistir? Los libertadores, que encabezaban sus proclamas con el pomposo lema de “¡libertad, constitución y muerte”, y las cerraban con el de “Dios, Patria y Libertad”, lo primero que hacían, apenas dominaban una situación, era exigir, sin necesidad alguna, exactamente las mismas facultades con las que caracterizaban de tiranía al gobierno combatido! Volvió a reunirse el pueblo soberano, y se le contestó a Lamadrid que “ha acordado de un modo canónico conferirle facultades omnímodas, a fin de salvar al país de las circunstancias afligentes que le rodean”.

¿Cuál fué el uso que hizo Lamadrid de esas facultades extraordinarias?

Nombra su ministro general a don Benjamín Villafañe, y comisario de guerra a don Jerónimo Villanueva. En el acto dió un bando, ordenando la entrega de los bienes de todos los enemigos políticos, debiendo las personas que tuviesen a su cargo dichos intereses, presentarlos dentro de las veinticuatro horas, so pena de perder a su turno todos sus bienes y ser castigadas “con una severidad inflexible”, incurriendo en igual pena el que no delatare a los infractores. Como se ve, es el mismo sistema que tanto criticaban: Aldao y Lamadrid proceden, como gobernantes, de igual manera, empleando iguales medios y hasta con idéntica fraseología. Ordena igualmente se levanten “listas de clasificación”, anotando a los federales o a los prófugos; establece minuciosamente registros en todas las casas y propiedades de los clasificados, so color de recoger el armamento oculto. La pena a los infractores era la de la época: confiscación de todos los bienes y servicio militar en los cuerpos de línea. En seguida ordena se incorporen al ejército todos los hombres de 15 años a 50, estableciendo que el que no concurra será reputado enemigo y, por ende, se incluirá en los “clasificados”, con la respectiva confiscación de bienes, etc.

Decididamente, el pueblo mendocino no ganaba para sustos:

colorados y celestes, eran un mismo fraile con distintas alforjas. Los "libertadores" no tenían casi sino borrar la firma de los decretos de la época del terror y suscribirlos, sin variar coma; ¡esa era la "libertad" que implantaba el partido unitario, apenas alcanzaba a gobernar una provincia argentina!

Pero Lamadrid fué más allá. No contento con el arsenal de Aldao, lo superó, creando una especie de "consejo de los diez", bajo el nombre de tribunal militar. Su jurisdicción fué sencilla: "para que entienda y decida definitivamente en todos los negocios que, por su naturaleza, sean incompatibles con las inmensas atenciones que rodean al ministerio en las presentes circunstancias". Dicho tribunal se compuso del comandante Fernando Rojas, como presidente, y los comandantes Simeón Dávila y Vicente Herquíñigo, como vocales, actuando como secretario el capitán Gregorio J. Quirno. Más adelante, Lamadrid agregó como vocales civiles a don José María Alvarez y don Eusebio Blanco, siendo después Alvarez reemplazado por don Tomás Ignacio Santa Ana. Como ayudantes del tribunal, fueron nombrados el capitán J. M. Pizarro, el sargento mayor Rafael Mereles, el teniente primero Juan A. García y el subteniente Ciriaco Díaz Vélez. Este tribunal desplegó una actividad terrible: instalado en septiembre 6, el día 7 requiere copia de todo decreto o bando, se adjudica una guardia militar, organiza un cuadro de ayudantes y a las pocas horas choca con el estado mayor, quien se resiste a su jurisdicción invasora; no había concluido el primer día de su instalación y ya dictó dos sentencias, condenando a muerte a dos ciudadanos; al día siguiente prosigue sus trabajos, haciendo ejecutar a diez y siete más; como se ve, las tablas de sangre mendocinas se inauguraban bien. Ese mismo día 8, se ocupó el tribunal de hacer efectiva la confiscación de los bienes de los que no tuviesen patente limpia de unitarios, y asegura al ministro "que pondrá todo su conato en hacer que las disposiciones superiores sobre confiscación de bienes no sean ilusorias, y ordena hacer efectivas listas de contribuciones forzosas a recaer en todo federal." Añade que,

firme en esa resolución de hacer cumplir a todo trance los decretos y disposiciones del gobierno, precisa ya en el momento poder contar con doce barras de grillos.

El ministro Villafañe señaló el día 12 de septiembre, a las cuatro, para que los "clasificados" obblaran las contribuciones, permitiéndoles tan solo entregar parte de su valor en caballos o efectos. Las confiscaciones llovieron como diluvio sobre toda persona rica o tibia; ni los curas se escaparon. Asimismo, Lamadrid no obtenía abundante dinero ni los artículos que necesitaba. El 14 de septiembre prorroga por otras cuarenta y ocho horas el término para pagar la primera contribución de guerra, y llena una segunda lista de "clasificados", admitiendo animales en pago hasta la mitad de la cuota fijada. Como casi todos los vecinos pudientes estuviesen prófugos, el tribunal militar se arrojó sobre sus señoras, y sin respetar sexos, hizo poner grillos a las damas más respetables de Mendoza, como a la señorita hija de don Agustín Videla.

¿A qué seguir? Aquel tribunal marcial oía y resolvía sobre el tambor, a la menor denuncia; la sentencia era: "condena a la pena de 400 azotes, estirados sobre un burro, debiendo recibir 100 en cada uno de los ángulos de la plaza pública el día de mañana, y se le destina a los cuerpos de infantería de línea por el tiempo que dure la presente guerra". Otras veces, cuando eran muchos los acusados e influyentes los delatores, la sentencia era "que se sorteen y uno de ellos sufra la pena de muerte, y los restantes presencien la ejecución, que deberá ser en la plaza el día de mañana, y en seguida sufran 200 azotes". Las sentencias de palos y azotes eran moneda corriente, y los sentenciados a muerte eran pasados por las armas en la plaza pública.

No es de extrañar, pues, que con semejantes procedimientos, "Mendoza, como San Juan, ofrecía el aspecto de un pueblo desolado". Tal lo ha confesado medio siglo después el entonces ministro de Lamadrid, Villafañe, agregando: "nadie se atrevía a acercársenos".

El ejército de Pacheco se aproximaba. Lamadrid, al conocer el fracaso de la expedición Peñaloza-Baltar sobre Benavides, para recuperar a Acha, y su regreso desde el Retamo, comprendió que el momento decisivo se acercaba. Delega el mando de gobernador de Mendoza en don Antonio Soloaga, en calidad de delegado, y don A. Luis de Beruti como ministro general, siendo el primero sustituido más tarde por don M. Torres de Larrambla. Con aparente tranquilidad ordena la concentración de sus divisiones: la del coronel Salvadores y comandante Acuña, que estaban al sur, y que le trajeron varias piezas de artillería, tomadas en San Carlos; la del coronel Avalos, enviado en auxilio del gobernador Burgoa, en San Juan, depuesto por Atencio.

Elige cuidadosamente el terreno del encuentro, y el 20 se sitúa en los potreros de Hidalgo. Acababa de comunicar a la "Comisión Argentina de Chile" estas elocuentes palabras: "Nuestra vanguardia ha desaparecido, pero su sombra vive aun y nos precede como un presentimiento afortunado". Su ejército había aumentado considerablemente, con los prisioneros desertores de Benavides, con los destinados al servicio y con voluntarios; había repuesto su armamento, estaba descansado y con gran refuerzo de artillería. Eso justifica la jactancia de Lamadrid y que dijera: "Tengo 3000 soldados que ansían por combatir. Nuestro tren tiene veinte piezas de artillería. Desearía que todo el poder del tirano se reuniese en este momento y viniese a Mendoza, para concluir de un golpe con todos esos cobardes. Si esto no sucede, yo iré a buscarlos muy pronto".

El lenguaje era altivo; el general Lamadrid se daba cuenta de la trascendencia de aquel momento histórico. Había organizado todos sus elementos; sus tropas estaban descansadas, bien equipadas, municionadas y montadas. El tiempo no le había faltado para prepararlo todo, a fin de inclinar de su lado las probabilidades del triunfo. La casualidad le permitía escoger el campo de batalla y tomar con tranquilidad sus medidas. Estaba satis-

— 132 —

fecho: "Desearía que todo el poder del tirano viniese a Mendoza, para concluir con él de un golpe".

¡Y bien! Sus votos fueron oídos... El ejército federal se acercaba.

Se llega aquí al nexo del problema histórico estudiado. El 15 de septiembre, Acha fué fusilado y decapitado. Al día siguiente, 16, Pacheco comunicaba el hecho a Rosas, desde su campamento del Desaguadero. Y desde entonces los unitarios le atribuyeron el hecho y viene constantemente repitiéndose el persistente *venticello*, que ahora acaba de renovar el historiador Gez. Es, pues, menester analizar críticamente las piezas del proceso: tal será el objeto de la segunda y última parte de este estudio.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires, agosto 30 de 1916.
